

*Deseo que cada lector pueda recibir y
asimilar inspiración, ánimo y fortalecimiento
espiritual, del ejemplo de los próceres de
antaño que hemos considerado.*



***Cosas
Nuevas
y Cosas Viejas,***
cribadas y seleccionadas.

- PRIMERA PARTE -

Ricardo Hussey



Cosas
Nuevas
y Cosas Viejas,
cribadas y seleccionadas,



- PRIMERA PARTE -

Ricardo Hussey

Cosas Nuevas y Cosas Viejas.
Ricardo Hussey
1ª Edición - Febrero 2012

Imprime: *Eben Ezer Artes Gráficas*
www.imprentaebenezer.com
Diseño y Maquetación: *Adrián Fonseca*

Distribuido por
Manuel Roselló. Librería la Pesca Milagrosa.
c/ Pintor Zariñena, 5 Bajo - 46003 Valencia.
Teléfono: 96 391 59 90 - 616 343 996

Depósito Legal: SE 1022-2012

I.S.B.N.: 978-84-938770-2-6

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa del autor, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Sobre el Autor.

Introducción.

Capítulo 1.- *Moisés, un grande entre los grandes.*

Capítulo 2.- *Del nadir al zenit.*

Capítulo 3.- *Más sobre Moisés.*

Capítulo 4.- *Gedeón, el derribador de árboles.*

Capítulo 5.- *La gran noche de su vida.*

Capítulo 6.- *Das Jotas de gran valía.*

Capítulo 7.- *Eliás Tisbita, el gran profeta.-*

Capítulo 8.- *Eliseo, el digno sucesor.*

Capítulo 9.- *Jehú, el guerrero titánico, y Jonadab, hijo de Recab.-*

Capítulo 10.- *Nabucodonosor, Belsasar y el triple galardón.*

Capítulo 11.- *Hageo, el regreso para edificar la casa de Dios.*

Capítulo 12.- *Hageo (2) La gloria de la nueva casa.*

Capítulo 13.- *Malaquías, el mensajero fiel.*

Capítulo 14.- *Simón Pedro (1) Antes de Pentecostés.*

Capítulo 15.- *Simón Pedro (2) a partir de Pentecostés.*

SOBRE EL AUTOR

Ricardo Hussey nació en Buenos Aires en 1927. Se convirtió al Señor a la edad de 15 años y poco después de concluir el servicio militar, ingresó en el Centro de Enseñanza Bíblica de la Unión Misionera Neotestamentaria en Temperley, al Sur de la ciudad de Buenos Aires, donde cursó estudios de 1949 a 1951. Fue allí donde conoció a la que iba a ser su esposa, Sylvia Meyler Charles, con quien contrajo matrimonio en 1958.

Muy poco después se trasladó con ella a Inglaterra, y por 13 años fue funcionario de la entonces empresa estatal Aerolíneas Argentinas, en Londres primero, y posteriormente en Manchester. Durante este período nacieron 4 de sus 5 hijos.

Paralelamente a su trabajo seglar, durante 18 meses fue pastor laico de una asamblea Elim, en el condado de Kent, y a poco de ser trasladado por su empresa a Manchester, pasó a ser miembro del presbiterio de una iglesia en Liverpool, en la cual el Señor derramó ricas bendiciones, y de la cual salieron posteriormente siervos y siervas hacia otras partes del Reino Unido y a muchos otros países también.

En Mayo de 1971 pasó a servir al Señor a tiempo pleno, habiendo renunciado a su cargo en Aerolíneas Argentinas. Desde entonces ha servido al Señor junto con su esposa Sylvia, liderando una comunidad de fe y de vida en el Norte de Gales por casi 7 años, y como misionero en España por poco más de 10 años, y en la Argentina por 5 años.

Actualmente y desde Octubre de 1994, reside con su esposa en Reading, cerca de Londres, estando integrado en el "Earley

Christian Fellowship”, en el cual forma parte del equipo ministerial y es además anciano consultivo. Es también consejero de la iglesia de habla hispana C.E.L. (Congregación de Evangélicos de Londres.)

A menudo acompañado por su esposa, ha estado realizando por unos buenos años viajes ministeriales, mayormente a España, donde él y ella son bien conocidos en muchas iglesias por casi todo el país, incluyendo las de los hermanos gitanos de Filadelfia. También realizan en pequeña medida visitas ministeriales dentro del Reino Unido, y en el pasado lo han hecho asimismo con regularidad cada año a Irlanda del Sur y Chipre.

Juan Torres, misionero de la Cruzada Mundial de Evangelización, lo conoce desde hace unos 35 años. En una ocasión, al presentarlo en una iglesia de Valencia donde no era bien conocido, lo hizo diciendo de él que muchos siervos de Dios de la actualidad en España han sido formados o enriquecidos por su ministerio.

Éste es su décimo libro, constando la lista de los nueve anteriores en la solapa de la contraportada. También tiene en preparación otros más, y si el Señor tarda en Su segunda venida y le prolonga la vida y las fuerzas, abriga la esperanza de poder publicarlos en un futuro no muy lejano.

Reading, Enero de 2012.-

INTRODUCCIÓN

Hemos tomado estas palabras del Señor en Mateo 13:52, referidas a todo escriba docto en el reino de los cielos, como un título apropiado para éste, nuestro décimo libro.

Apropiado, porque en el mismo van precisamente cosas nuevas y también cosas viejas, que hemos ido acumulando con el correr de los años.

Asimismo, hemos añadido los adjetivos *cribadas* y *seleccionadas*, recordando el uso feliz que de los mismos hizo el entrañable hermano, consiervo y amigo Alberto Araujo hace más de diez años, en su aportación en la parte introductoria de nuestra primera obra - "Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto."

En esa oportunidad él se refería a cosas que se nos había oído compartir oralmente, y que a través de ese primer libro se presentaban y ofrecían por escrito - *cribadas* y *seleccionadas* - según él lo afirmó.

Hoy, transcurrida más de una década, por la gracia de Dios seguimos en la brecha, y con ansias de seguir compartiendo cosas nuevas y cosas viejas, de éstas que son imperecederas y llevan el sello distintivo de lo celestial.

Al ofrecer ahora nuestro décimo libro, no podemos menos que agradecerle al Señor, tierna y temblorosamente, por habernos prolongado la vida y las fuerzas hasta el día de hoy, para ver cristalizado tan caro anhelo.

El lector notará que ésta es la primera parte de las dos

que, Dios mediante, compondrán esta obra. La misma está centrada mayormente en personalidades célebres de las Escrituras, de cuyas trayectorias se desprenden principios y verdades suculentos y de mucha inspiración. Es decir que constituye una galería de próceres y personajes célebres de antaño.

La segunda parte, en cambio, contendrá exposiciones temáticas, muchas de ellas, aunque no todas, compartidas oralmente con anterioridad y que igualmente encajan dentro del rubro de Cosas Nuevas y Cosas Viejas.

Al igual que nuestros libros anteriores, se ha de ofrecer a un precio muy módico, que lo ha de poner prácticamente al alcance de todo bolsillo. Asimismo, lo recaudado de la venta del mismo, irá exclusivamente para la publicación del siguiente libro, si el Señor así lo permite, o bien para el apoyo de Su obra en distintas partes.

Concluimos esta parte añadiendo nuestro deseo y oración de que, nuestro buen Señor, quiera tener a bien premiar este nuevo esfuerzo, haciéndolo de bendición sobre cuantos lo lean.

I

Moisés, un grande entre los grandes.

La figura de Moisés aparece en las Escrituras a poco de iniciarse el libro del Éxodo, y su trayectoria se extiende hasta el cierre del Pentateuco, al llegar a su fin el libro de Deuteronomio, unos ciento veinte años después.

Aun cuando fue el mediador de un pacto inferior al actual de la gracia en que nos encontramos, sus cualidades y virtudes como varón ejemplar, lo colocan dentro de la galería de los próceres de antaño como *un grande entre los grandes*.

Criado en las cortes de Faraón, rodeado de todas las tentaciones y los placeres del pecado, y con todas las posibilidades y perspectivas de brillar y descollar en ese mundo tan lleno de seducciones y falsos atractivos - con todo eso, decimos - no deja de ser un milagro asombroso que su ser entero se haya preservado intacto en medio de todo ello, para quedar así sin mancha y en total disponibilidad para su Dios para un llamamiento sagrado y santo - un destino mucho más alto, para el cual el Señor lo tenía señalado desde un principio.

Dos incidentes acaecidos cuando contaba cuarenta años, lo muestran en su carácter como alguien totalmente indicado e idóneo para la magna tarea que la providencia divina le tenía asignada.

El primero de ellos fue cuando defendió a uno de sus hermanos hebreos, golpeado por un egipcio, y al día siguiente, a otro hebreo maltratado por uno de sus propios hermanos.

El segundo fue algo más tarde, estando ya en tierra de Madián tras haber huido de Egipto. Las siete hijas del sacerdote de Madián intentaban abreviar las ovejas de su padre, y al ser echadas por los pastores de la zona, Moisés las defendió y él mismo les dio de beber.

Ambas ocasiones lo señalan como un defensor de los débiles y oprimidos, como un indicativo pequeño pero veraz de la gran misión que había de cumplir más tarde, la de liberar a una nación entera del cruel yugo faraónico.

De los siguientes cuarenta años de su vida no es mucho lo que se nos dice en el relato bíblico. El sacerdote de Madián, llamado Reuel y también Jetro, le dio por esposa a Séfora, una de sus hijas, de la cual le nació un hijo, al que llamó Gersón, sintiéndose como verdadero forastero en esa tierra.

Durante esa larga etapa lo único más que sabemos es que estuvo al cuidado de las ovejas de su suegro, una humilde ocupación, en la que sin duda se desempeñó muy fielmente.

Al cabo de muchos años, cuando ya contaba ochenta, atravesando el desierto en busca de pasto para el rebaño, llegó a Horeb, monte de Dios.

Allí, inesperadamente, tuvo una experiencia crucial y gloriosa, como resultado de la cual muy pronto iba a dejar esas tierras para regresar a Egipto, y acometer la formidable tarea a que el Señor lo llamaba.

La asombrosa visión del Ángel de Jehová, que se le apreció en una llama de fuego que ardía en medio de una zarza sin que la misma se consumiese, era en realidad otro indicativo, y más preciso que los dos anteriores, de lo que iba a acontecer en el resto de su vida.

En efecto: la llama de la santidad y la causa de Dios iba a arder y arder, en lo que figurativamente, podríamos llamar

la zarza de su vida. Ese arder de la llama iba a ser tan intenso que la zarza tendría que haber quedado totalmente consumida, pero, no obstante, iba a permanecer fresca e intacta.

Tal lo que le sucedió en los siguientes cuarenta años de su vida. Esa llama pasó a arder en los primeros cuarenta días, y otra vez en otros cuarenta días de ayuno, revelación, y comunión, como así también intercesión, en la cumbre del monte; igualmente en las muchas luchas, rebeliones y desobediencias del pueblo que una vez tras otra le tocó enfrentar, y en otras múltiples vicisitudes y crisis. No obstante, al final de su carrera, se iba a decir de él que sus ojos nunca se oscurecieron, y que no había perdido su vigor.

Todo un milagro de la gracia divina, que como en tantos otros casos, y de las maneras más diversas, toma en Sus manos la vida frágil de un varón o una mujer, haciéndole pasar por la fragua de la prueba y el dolor, y lo saca intacto, y como un vaso escogido para una obra de valor y alcance eterno.

Esto nos hace pensar en Dios como el herrero sabio y hábil de una canción alusiva que aprendimos en la niñez. Si bien la citamos ya en una obra anterior, volvemos a hacerlo aquí por prestarse tan bien a lo que estamos diciendo.

¡Pan pin! Mueven los fuelles un sano trajín;
¡Pin pan! Rojas de fuego las fraguas están;
Y el hierro suena, y el hierro siente,
Y si a la fragua se entrega luego,
El hierro sale todo de fuego,
Como una fuerza pura y ardiente.

Sin duda, el hierro suena y el hierro siente; sin embargo, no puede sino entregarse igualmente a la fragua, sabiendo que ése es su verdadero y único destino, y que, a la postre, ha de salir forjado de la forma particular e ideal que el

Herrero Eterno se había propuesto. Y lejos de salir en el estado en el que estaba, frío e inerte, lo iba a hacer como una fuerza pura, viva y ardiente.

Su llamamiento.

Moisés no fue por cierto uno de los que toman la iniciativa para presentarse como voluntario. Fue el Señor quien tomó la iniciativa, y la verdad es que le costó persuadir y convencerlo que aceptase el llamamiento.

Evidentemente, lo que tiene que haber pesado para que Moisés se mostrase tan reacio, debe haber sido la magnitud formidable de lo que el Señor le proponía: liberar a una nación entera de la esclavitud en que se encontraba, con todas sus vastas implicaciones, siendo la principal el tener que enfrentar al cruel y poderoso rey Faraón.

Llama la atención que una de las objeciones que presentó Moisés, fue que era tardo en el hablar y torpe de lengua. Su hermano Aarón era el polo opuesto – uno que hablaba bien.

Nótese sin embargo, que, a la hora de la verdad, Moisés resultó fiel en todo, mientras que Aarón tuvo aberraciones lamentables, si bien más tarde, gracias a la intervención y la tutela de Moisés, a su tiempo dio la talla y tuvo un final digno, como veremos en detalle más adelante.

En cuanto al problema de Moisés con el hablar, fue algo que muy pronto quedó superado. Al leer el relato de las plagas que se nos da en Éxodo, más de una vez hemos celebrado con deleite la forma en que el tardo en el hablar y torpe de lengua se dirige a Faraón.

Al proponerle éste que fueran los israelitas con sus mujeres y niños, pero que dejaran a sus ovejas y vacas, le respondió:

“Nuestros ganados también irán con nosotros; no quedará ni una pezuña; porque de ellos hemos de tomar para servir a Jehová.” (Éxodo 10: 24 y 26)

Y en el siguiente encuentro, en Éxodo 11: 6-8, leemos:

“Y habrá gran clamor por toda la tierra de Egipto, cual nunca hubo y jamás habrá.”

“Pero contra todos los hijos de Israel, desde el hombre hasta la bestia, ni un perro moverá la lengua, para que sepáis que Jehová hace diferencia entre los egipcios y los israelitas.”

“Y descenderán a mí todos éstos tus siervos, e inclinados delante de mí dirán: Vete, tú y todo el pueblo que está debajo de ti, y después de esto yo saldré. Y salió muy enojado de la presencia de Faraón.”

Nos recreamos sobremanera viendo semejante transformación – la forma en que ahora se despacha ante Faraón, sin la menor vacilación y sin ambages ni rodeos, lleno de confianza y dominando totalmente la situación.

Más tarde, ese hablar suyo se iba a elevar a maravillosas alturas de sabiduría y entendimiento, reflejadas especialmente en el libro de Deuteronomio, cuando se acercaba al final de su trayectoria en plena veteranía y madurez.

Todo esto constituye una demostración más de las maravillas que nuestro Dios puede forjar valiéndose de vasos débiles – de los que no tienen, y no son, y nada pueden de por sí.

Finalmente, no se nos debe quedar en el tintero acotar que, generalmente, el que es por naturaleza muy locuaz o de mucho hablar, no es el más indicado para los fines del reino de Dios.

El largo relato en que, bajo la inspiración del Señor, Moisés es el protagonista principal, se extiende, como ya dijimos, desde el principio del libro del Éxodo hasta el final de Deuteronomio.

Muchas de sus páginas se encuentran salpicadas con incidencias y vicisitudes de las más variadas, en las cuales

resaltan la gran fidelidad, humildad, altruismo, firmeza, abnegación y demás virtudes de este varón tan sobresaliente.

El resto del capítulo lo destinamos a desgranar una de sus muchas incidencias, que se nos narra en Números 12, acaecida, por lo que podemos deducir, en el segundo año desde la salida de Egipto.

Tal vez el lector esté bien familiarizado con el contenido del capítulo; de lo contrario, hará muy bien en leerlo – es muy breve – para ubicarse debidamente y poder seguimos en el comentario que hacemos.

En forma esquematizada, lo presentamos a través del prisma de cuatro personajes, a saber, Aarón, Moisés, María y el Eterno Jehová.

Aarón.- A esta altura, contaba con unos 85 años de edad y lo podemos ver, figurativamente hablando, como un cristiano sin mayores raíces propias.

En efecto: mientras se hallaba en la presencia de Moisés, bajo la guía y la influencia de él, hacía las cosas como correspondía.

No obstante, cuando Moisés no estaba presente, era arrastrado por otros para el mal.

Tal el caso lamentable y casi increíble de que se nos da cuenta en Éxodo 32. Él, llamado a ser el primer sumo sacerdote del Dios Altísimo, se denigra horrorosamente al caer en la bajeza de dar forma con un buril a un becerro de oro y proclamar con el resto del pueblo:

“Israel, éstos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto.” (Éxodo 32:4-5)

En el caso de Números 12 en que estamos, quien lo influenció para mal fue su hermana María, que era mayor que él. Los dos se pusieron a hablar contra Moisés, a raíz de que había tomado para sí una mujer cusita, es decir, etíope.

Antes de seguir con el relato, nos detenemos para

dedicar unos párrafos a la necesidad de que cada creyente busque arraigarse sólida y profundamente en su vida espiritual.

Pablo pedía esto a favor de los efesios y lo anhelaba también para los colosenses:

"...a fin de que, arraigados y cimentados en amor..."
(Efesios 3:17)

"Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe." (Colosenses 2:6-7)

Se trata de que, por la búsqueda asidua y sincera del Señor en la oración, por alimentarse a diario y con avidez de Su palabra, y por la obediencia práctica en la vida cotidiana, y también por Su trato personal con cada uno, las raíces de la vida interior penetren profundamente.

Así, por así decirlo, se podrán extraer de las mismas entrañas de Cristo y de la palabra de verdad, sales minerales y ricas sustancias, que habrán de nutrir y fortalecer en todo orden y sentido.

Uno también se nutrirá, desde luego, de la comunión con los verdaderos hermanos en la fe, y de los ministerios que Él ponga a su disposición. Sin embargo, no se habrá de depender primordialmente de ellos, sino de una relación personal con el Señor mismo, que será así correcta, sana y robusta.

Como ya anticipamos - más adelante - concretamente en el capítulo siguiente - hemos de ver cómo, a la postre, Aarón dio la talla y llegó a un final muy digno.

No obstante, queden los párrafos precedentes como una importante exhortación a cada lector, a no quedarse en una situación de carencia de raíces propias en su vida espiritual.

Moisés.- De este varón tan ejemplar resaltan en este breve capítulo varias preciosas cualidades, de las cuales tomamos dos.

Su humildad.-

“Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra.” (Números 12:3)

¡Qué descripción sorprendentemente maravillosa!

Después de la forma portentosa en que, bajo el poder de Dios, alzando su vara hizo abrirse el Mar Rojo, y después de tantos otros prodigios y milagros grandiosos, cualquier hombre normal reaccionaría fuerte y ásperamente contra María y Aarón.

“¿Cómo os atrevéis a hablar en contra mío de esa forma?”

“¿No sabéis que soy el ungido de Jehová – que si no fuera por mí todavía estaríais todos bajo la tiranía y las garras de Faraón?”

Sin embargo, no hay nada de esa naturaleza, y en cambio, un silencio total de su parte.

Notemos que en otras ocasiones, cuando la fidelidad al Señor y la obediencia a Sus mandatos eran lo que estaba en juego, por cierto que abría su boca bien grande para reprender y corregir al pueblo.

En este caso, se trataba de su persona y de su buen nombre, y no sólo con gran mansedumbre, sino también con una buena dosis de sabiduría, prefirió callar.

¿Por qué?

Porque si se hubiera puesto a abogar su propia causa, proclamando sus virtudes y sus razones, sería en un sentido relegar al Señor – que después de todo era Quien lo había puesto en ese cargo que tenía – a un segundo plano, quedando, casi diríamos, como espectador.

Y como tal, diría: “Pues bien, mi siervo, como veo que te defiendes tan bien, me doy cuenta de que no necesitas de mí. Adelante entonces, lleva tú la causa.”

La sabiduría de Moisés estribaba en que el sabía muy bien que el Señor abogararía su causa mucho mejor que él mismo, y lo más sensato era dejar las cosas en Sus manos.

¡Cuánto nos enseña todo esto!

Muchas veces, cuando somos incomprendidos, criticados o aun calumniados, la reacción normal y corriente es defender nuestra causa y proclamar nuestra propia justicia.

Nos resulta difícil callar y dejar que el Señor, a su tiempo, ponga las cosas en su debido lugar y nos justifique ante los demás.

Pero la verdad es que Él lo hace mucho mejor que nosotros; es más, a menudo intentándolo hacer nosotros mismos, sólo se complican y empeoran las cosas. Lo más atinado y prudente es callar como lo hizo Moisés.

En este caso particular, el Señor no tardó en tomar cartas en el asunto, y por cierto que puso las cosas en su debido lugar de la manera más clara y categórica.

Antes de pasar a examinar cómo lo hizo, recojamos este ejemplo de Moisés, que coincide tan bien con la exhortación que nos hace Jesús a que aprendamos de Él, el Cordero de Dios, manso y humilde de corazón. (Mateo 11:29)

Ello no sólo nos traerá descanso para nuestras almas, sino que nos mantendrá en un lugar seguro, donde los zarpazos del enemigo que tanto golpean a los altivos y arrogantes, no nos alcanzarán.

Su fidelidad.-

“No así a mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa.” (12:7)

¡Qué testimonio del Señor sobre Su amado siervo!

Sepamos que Dios no nos tira con flores, ni se excede en elogios para quedar bien con nadie. A veces se puede decir que alguien es fiel, pero con reservas, sabiendo que en algunos aspectos deja que desear.

No así nuestro Dios; cuando dijo de Moisés que era fiel en toda Su casa, lo dijo porque era total y absoluta verdad.

Nada de horas de darse al ocio, ni dejar tareas incumplidas; nada de quedarse con pereza en la tienda, cuando había que escalar el monte, subir a las alturas y entendedérselas con Dios; ni tampoco de agradecer a nadie con una sonrisa falsa, guiñar el ojo engañosamente, o contar cuentos de mal gusto, ni malgastar el tiempo, ni dejar de reprender la desobediencia o el pecado. Nada tampoco de olvidarse de cosas importantes, o de postergar con diplomacia sus decisiones para evitarse disgustos o enfrentamientos.

En fin, y en suma, un varón que por su dignidad y su estricta fidelidad imponía el respeto del pueblo de Israel, bien que en algunas encrucijadas cruciales, hombres como Coré, Datán, Abiram, Janes, Jambres y otros, le resistieron o se le opusieron con contumaz rebeldía.

En eso, anduvo por el mismo camino que el Señor Jesús muchos años más tarde - el camino de todo auténtico siervo del Señor, que se resume con ser amado y honrado por los fieles que aman al Señor de verdad, y ser desconsiderado, rechazado y aun odiado por los que llevan el mal arraigado en sus entrañas.

Que sepamos reconocer, amar y honrar a los que son de la estirpe de la fidelidad y el honor, y que a la vez procuremos, con la gracia divina, emularlos, para así ser también nosotros fieles exponentes de esas grandes virtudes.

María.- Como ya dijimos, era hermana mayor de Aarón y Moisés. Como niña, había sido usada providencialmente para que Moisés, en sus primeros meses, no fuese muerto y, en cambio, fuera criado por su propia madre.

Siendo ya mayor de edad se la reconocía como profetisa. Después del cruce del Mar Rojo y el exterminio total de Faraón y sus huestes al quedar sumergidos en las aguas, tomó un pandero y danzó, seguida por todas las mujeres,

aclamando al Señor que, en ello, se había engrandecido en extremo. (Éxodo 15: 20-21)

No obstante, en esta situación posterior que nos ocupa su actuación no fue nada buena. Si bien Aarón la acompañaba en su hablar contra Moisés, sin duda ella era la cabecilla, como lo demuestra a las claras el hecho de que a ella se la nombra en primer lugar - (ver 12:1) - y sobre todo porque sobre ella recayó el castigo divino al quedar leprosa.

Ahora bien, ante este juicio de Dios, Aarón reconoció el pecado de ambos - el de él y el de ella - diciendo "*locamente hemos actuado.*"

Por cierto que locamente no era ninguna exageración.

En Deuteronomio 9:18-20 tenemos una aportación muy importante sobre el particular.

"Y me postré delante de Jehová como antes, cuarenta días y cuarenta noches; no comí pan ni bebí agua... Porque temí a causa del furor y de la ira con que Jehová estaba enojado contra vosotros para destruirlos. Pero Jehová me escuchó aun esta vez. Contra Aarón también se enojó Jehová en gran manera para destruirlo; y también oré por Aarón en aquel entonces."

Esto nos hace entender que la ira santa del Señor contra Aarón era tal, que estaba dispuesto a eliminarlo y constituir a otro como sumo sacerdote en lugar suyo.

Fue entonces que la intervención de Moisés, intercediendo a su favor como sólo saben hacerlo los verdaderamente grandes, logró que fuese absuelto.

Sobre esto volveremos con mayores detalles en el capítulo siguiente, pero digamos ahora que el hecho de que Aarón siguiese aún en pie y como sumo sacerdote, se debía a la maravillosa intercesión de Moisés en ése, su segundo ayuno de cuarenta días.

No debemos pensar por eso que la misericordia de Moisés era mayor que la del Señor. Por una parte, Jehová, como el Dios Judicial - absolutamente justo y santo - no

podía menos que sentir una ira santa contra Aarón por semejante y vergonzosa infidelidad.

No obstante, el otro aspecto de Su carácter de Dios grande en misericordia, se manifestó a través de Moisés en la intercesión que hizo a su favor por el Espíritu Santo que reposaba sobre él, la cual a la postre prevaleció para que Aarón fuese absuelto y no fuese quitado del sumo sacerdocio.

Ignorante de todo ello, Aarón había osado unirse a María en una crítica y murmuración contra él totalmente desatinada, no sabiendo que era precisamente la persona que le había salvado la vida y preservado el honor de seguir en el sumo sacerdocio.

Por cierto que había sido una locura descabellada y a ultranza.

¡Cuántas veces tenemos algo parecido o semejante en jóvenes adolescentes rebeldes, que se rodean de malas compañías, caen en problemas resultantes de su mal vivir, y para colmo desprecian a sus padres, como si fueran anticuados, torpes e ignorantes!

Y en todo eso, no saben que es gracias a los ruegos, las súplicas y las lágrimas de esos padres, que la misericordia de Dios aún los sigue y persigue, buscando librarlos de los horrores de la perdición eterna.

Continuando, Aarón entonces le rogó a Moisés a favor de ella para que no quedase en esa triste y lastimosa condición de leprosa.

De inmediato Moisés clamó a Jehová, diciendo:

"Te ruego, oh Dios, que la sanes ahora." (12:13)

Vemos en esto una gran nobleza de su parte, ya que sin dar la menor señal de rencor por lo que ella acababa de hacer, pide que sea sanada inmediatamente – ahora.

La respuesta que recibió del Señor fue negativa. Nada de sanarla en seguida; en cambio, debía permanecer fuera del campamento, aislada como leprosa, por nada menos que siete días, es decir, una semana entera.

A primera vista, podría pensarse que en esto Moisés se mostraba más misericordioso que el Señor, Quien, con Su respuesta, daba la impresión de ser muy estricto y severo.

No obstante, no creemos nada infundado afirmar que, de haber sido sanada de inmediato, le habría resultado perjudicial, y no para su bien.

Lo más probable es que, al poquísimos tiempo, siendo profetisa, ella se presentase ante todo el pueblo proclamando entusiasmada y efusiva su sanidad.

“Ya me veis, con la piel como si fuera de una niña recién nacida; es un milagro estupendo el que he experimentado.”

Y tampoco creemos aventurado decir que, muy probablemente, después de no mucho, volvería a hacer de las suyas con su lengua, porque esa lepra de su cuerpo era sintomática de otra lepra – la de su alma.

Esos siete días, apartada totalmente del campamento, viendo al pueblo a la distancia, y oyendo el bullicio del hablar de ellos, se le habrán hecho largos, muy largos.

Por supuesto que le habrán dado la oportunidad de reflexionar sobre lo sucedido, al encontrarse separada de todos como una leprosa desdichada, para caer en la cuenta de su gravísima falta y arrepentirse de verdad.

También nos atrevemos a decir que una vez que regresó al campamento, no volvió nunca más a abrir su boca con murmuración o crítica.

Es por eso que sostenemos que el amor del Señor quedó aquí demostrado como más sabio y mayor que el de Moisés, bien que de parte de éste había tanta bondad y buena disposición para con ella.

Todavía queda algo muy significativo y conmovedor por cierto.

“Así María fue echada del campamento siete días; y el pueblo no pasó adelante hasta que se reunió María con ellos.” (12:15)

La nube de la presencia de Dios se había apartado de

ellos por la ira santa contra María y Aarón, pero, sin embargo, ahora no se levantaba para dar la señal de partida.

Una nación entera, de más de un millón, contando mujeres y niños, tal vez estarían impacientes por reiniciar la marcha, pero la nube no se levantaba ni se movía.

Vemos así como el Señor tuvo a todo ese pueblo detenido, sin permitirle dar un solo paso hacia delante para reiniciar la marcha, por una semana entera.

¿Por qué?

Porque de haberlo hecho, el alma de María habría quedado sola, desamparada y perdida para siempre. Y eso, el amor y la misericordia inmensa del Señor jamás lo podían permitir.

En conclusión, vemos que el amor divino no sólo es más sabio que el de Moisés - y de cualquier otro ser humano - sino que, al mismo tiempo, era y es sumamente tierno y misericordioso - muchísimo más de lo que jamás nos podamos imaginar.

2

Del nadir al zenit.

En este segundo, capítulo contemplaremos a Moisés en un rol en el cual no se le suele ver, a saber, el del maestro o discipulador que toma bajo su tutela a uno que ha fallado lamentablemente, y con paciencia, severidad, autoridad, perseverancia y un cúmulo más de virtudes, lo restaura, levanta y confirma, para llevarlo finalmente a un final muy digno y satisfactorio.

Ése que había fallado lamentablemente era su propio hermano Aarón, de tres años de edad más que él, y al cual él constituyó, por mandato divino, como el primer sumo sacerdote de Israel.

En esto podemos ir viendo una sombra o figura de Jesucristo, nuestro Maestro y Discipulador por excelencia, a la par que identificarnos a nosotros mismos en alguna manera con Aarón.

En efecto, no todos hemos dado la talla desde un principio, antes bien, en etapas tempranas hemos cometido torpezas, y sido aprendices lentos y a veces hasta desobedientes y rebeldes.

Sin embargo, la pericia, sabiduría y gracia del Maestro han sabido perseverar con nosotros, hasta llevarnos a ese lugar digno que Él tenía como meta para nuestras vidas desde un principio.

Ya hemos puntualizado la forma decepcionante y lamentable en que Aarón se condujo, tanto en lo del becerro de oro, como en el confabularse con su hermana María para hablar en contra de Moisés.

También vimos que fue, merced a la estupenda intercesión de este último, que no fue eliminado del sacerdocio y destruido por la ira santa del Señor.

Ahora pasamos a considerar cómo esa intercesión de Moisés a su favor, tan noble y maravillosa, no fue lo único que hizo al respecto.

Leyendo minuciosamente, y a veces entre líneas, en los capítulos 14 al 20 de Números descubrimos la trama de una labor escalonada y progresiva, en la cual Aarón pasa a su debido tiempo a ser aprobado primero, para seguir desde ese lugar escalando posiciones y llegar a ser un siervo digno y distinguido, y alcanzar a la postre un final encumbrado y glorioso para él - el zenit que consta en el título.

¿Cómo acometió Moisés esa tarea tan laboriosa?

Creemos que debe haber arrancado de su intercesión, cuando estuvo en el monte santo por segunda vez, ayunando y no bebiendo por cuarenta días.

Allí, al implorar con las súplicas más profundas a favor de Aarón, nos atrevemos a afirmar, y creemos que con buen fundamento, que habrá hecho más que eso.

Quien sabe algo de lo que es la verdadera intercesión, será consciente de que quien se entrega a ella, de hecho tiene que ponerse en disponibilidad ante Dios, para involucrarse de alguna manera práctica y real para que se pueda alcanzar la respuesta divina. En otras palabras, ser el medio, o bien un medio, a través del cual el Señor pueda obrar para el logro de lo que se está pidiendo y buscando en esa intercesión.

Así lo imaginamos a Moisés en la cima del monte, ofreciéndose incondicionalmente para tomar bajo su tutela a Aarón, y ayudarlo por la gracia divina para restaurarlo,

levantarlo y fortalecerlo, hasta llevarlo hasta ese nivel responsable y digno que debía ostentar como sumo sacerdote del Dios Altísimo.

No nos cabe duda de que en esa labor él usó de muchos consejos y exhortaciones, como así también de algunas reprensiones, todo ello con el fin de corregirlo y afirmarlo.

No obstante, sabemos que para que una persona verdaderamente se arraigue y ande con firmeza en la vida espiritual, hay un factor que más que necesario es imprescindible e insustituible.

Muchos años más tarde, Juan el Bautista pronunció esta sabia y muy acertada sentencia

“No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo.” (Juan 3:27)

¿Y cómo lo podrá recibir del cielo – nos preguntamos – sino conectándose con el cielo en directa y exclusiva, derramando su alma ante el Eterno, y abriéndose de par en par con el mayor ahínco, para recibir así lo que sólo desde el cielo se le puede dar?

Eso había sido, y era, en gran parte, la vida de Moisés. Aquí van algunas de las muchas Escrituras que lo atestiguan:

“Y Moisés subió a Dios; y Jehová lo llamó desde el monte...” (Éxodo 19:3)

“Y llamó Jehová a Moisés a la cumbre del monte, y Moisés subió.” (Éxodo 19:20)

“Entonces el pueblo estuvo a lo lejos, y Moisés se acercó a la oscuridad en la cual estaba Dios.” (Éxodo 20:21)

“Entonces Jehová dijo a Moisés: Sube a mí al monte y espera allá...” (Éxodo 24:12)

“...y Moisés subió al monte de Dios.” (Éxodo 24:13)

“Entonces Moisés subió al monte, y una nube cubrió el monte.” (Éxodo 24:15)

Pero ahora, un tiempo más tarde, en los capítulos 14 al 20

de Números, tenemos cuatro citas en que vemos a Moisés, no precisamente subiendo al monte, sino postrándose ante el Señor, pero con una importante diferencia: ahora lo hace acompañado de Aarón.

Seguramente que comprendió que la verdadera clave para restaurarlo y afianzarlo plenamente, estaba en llevarlo a ese lugar tan agraciado y bendito en el que él mismo se había situado y desenvuelto en tantas ocasiones.

Tomemos una por una esas cuatro ocasiones, y veamos el progreso ordenado y escalonado que se va desarrollando.

“Entonces Moisés y Aarón se postraron sobre sus rostros.” (Números 14:5)

Es como si Moisés lo tomara de la mano, para llevarlo a ese lugar que sabía que era el único.

“Y ellos (Moisés y Aarón) se postraron sobre sus rostros y dijeron: Dios, Dios de los espíritus de toda carne...” (16:22)

Aquí notamos una diferencia: los dos hacen oír su voz en intercesión. En la primera ocasión, aunque no se lo consigna expresamente, seguramente que Moisés alzó su voz en plegarias y súplicas.

Antes de eso, su hermano Aarón lo había oído hablar muchas veces y de muchas maneras, enseñando, aconsejando, exhortando, reprendiendo, pero nunca de la forma en que lo estaba haciendo ahora, postrado solemnemente ante el Eterno.

De su voz se desprenderían esas vibraciones potentes, esos acentos tocantes y vibrantes, propios de aquéllos cuyo corazón y cuya alma están de veras impregnados del Espíritu Eterno.

El oír esa voz, cual nunca había oído antes, lo tiene que haber impactado profundamente a Aarón, encendiendo en su pecho un deseo y un anhelo muy grandes de poder hablar, orar y suplicar así, de esa forma que nunca había conocido antes.

Y así, en esta segunda ocasión, su boca no puede quedar cerrada, como un mero oyente, asintiendo a lo que Moisés decía. Él también hace oír su voz en ruegos e intercesión. Porque esa voz, con sus muchas otras virtudes, tiene la de ser altamente contagiosa a corazones anhelantes, que no la copian ni imitan exteriormente, sino que la absorben en su fuero más íntimo, y se reproduce así en ellos de forma viva y real.

“Y ellos se postraron sobre sus rostros.” (16:45b)

Ésta es la tercera; otra situación crítica, a la que sólo pueden responder con lo que saben que es el único camino y la única opción: postrarse ante el Altísimo y clamar ante Él.

Volveremos sobre esta coyuntura particular más adelante, pero antes de hacerlo, pasamos a la cuarta ocasión.

“Y se fueron Moisés y Aarón de delante de la congregación a la puerta del tabernáculo de reunión, y se postraron sobre sus rostros; y la gloria de Jehová apareció sobre ellos.” (Números 20:6)

Aquí tenemos la feliz y bendita culminación. Cuando uno, llevado con cuerdas de amor por el Espíritu Eterno, se postra con instancia día a día ante el Señor y derrama su alma ante Él a raudales, pasa lo que aquí les pasó a Moisés y Aarón: de una forma u otra, la gloria del Dios Altísimo se les manifiesta.

Uno de los muchos resultados de eso será que, por así decirlo, uno quede estropeado o anulado para todo lo demás en la vida. Esa luz deslumbrante, esa gloria sin par, eso celestial y sin igual que se le ha manifestado, se convierte en un imán irresistible que hace que toda luz inferior, y toda alternativa terrenal queden a un lado, totalmente desplazadas y relegadas, como cosas comparativamente carentes de sentido o valor.

Bien podemos hacernos eco de un himno de antaño:
“Que vea Tu faz, un resplandor de encanto divinal,
Pues otro amor no encontraré, que al Tuyo sea igual.
Luz inferior ha de menguar, ninguna gloria habrá;
Toda hermosura terrenal su gracia perderá.”

Confiamos en que el lector tendrá la suficiente sensibilidad espiritual para poder acompañarnos en todo esto. Por cierto que no se trata de un misticismo utópico, sino de la fuerza vital del amor divino, que toca las fibras más íntimas del ser.

Al hacerlo, nos motiva y espolea a que le sirvamos a Él en la arena práctica de la vida, pero impulsados no por un frío sentido del deber, sino con los sentimientos de amor y gratitud más tiernos y nobles.

Ahora volvemos a la tercera ocasión, sobre la cual hay mucho importante que comentar.

“Y ellos se postraron sobre sus rostros. Y dijo Moisés a Aarón: Toma el incensario, y pon en él fuego del altar, y sobre él pon incienso, y vé pronto a la congregación, y haz expiación por ellos...”

“Entonces tomó Aarón el incensario, como Moisés dijo, y corrió en medio de la congregación; y he aquí que la mortandad había comenzado en el pueblo; y él puso incienso, e hizo expiación por el pueblo; y se puso entre los muertos y los vivos; y cesó la mortandad.” (Números 16:45b-48)

Alguien nos señaló hace unos años, y con mucho acierto, que una de las muestras de que un siervo en formación ha de resultar idóneo, es que no haya que decirle las cosas dos veces.

Mejor que eso aun, es que le brote espontáneamente, sin que haya ninguna necesidad de decírselo. Y, todavía mejor que eso, es que no sólo sepa bien lo que tiene que hacer, sino que lo haga corriendo.

Eso último es lo que vemos en Aarón en esta oportunidad tan significativa, y no podemos menos que señalar la evidente muestra de progreso y mejoría de su parte, que se pone de manifiesto en todo este dramático episodio.

Del mismo, no se nos debe quedar en el tintero acotar que, al ponerse él entre los vivos y los muertos y así cesar la mortandad, pasa a representar una sombra o figura de nuestro amado Señor, que en el escenario del Calvario hizo la expiación, única y perfecta, que ha hecho que la mortandad eterna que se cernía sobre nosotros, quedase totalmente anulada y desapareciese por completo.

La aprobación divina.-

A partir de este punto nos encontramos, con mucho beneplácito, con que Aarón pasa a contar decididamente con la aprobación divina.

En el capítulo 17 que sigue, vemos cómo el Señor dispone que se pongan en el tabernáculo de reunión doce varas, cada una correspondiente a una de las doce tribus de Israel, con el nombre de Aarón escrito en la de la tribu de Leví.

A la mañana siguiente, al entrar Moisés en el tabernáculo del testimonio, se encuentra con que la vara de Aarón había reverdecido, y echado flores y arrojado renuevos y producido almendras.

Las otras once son devueltas a sus respectivos dueños peladas, como testimonio elocuente e incuestionable: no debían volver nunca a quejarse y ser rebeldes en cuanto a Aarón y su cargo como sumo sacerdote, pues Quien lo había llamado y ubicado en ese cargo era el Señor mismo, y ningún otro.

En la vida congregacional, algunas veces se da el caso de una o más personas, en estado de rebeldía y con quejas y críticas del pastor o cuerpo directivo.

Cuando éste o éstos han sido verdaderamente plantados por el Señor y sido fieles en sus labores, a su debido tiempo Él se hace cargo de certificarlo claramente, mostrando, por una parte, el buen fruto con que son premiados.

Por la otra parte, la carencia del mismo por parte de los rebeldes y quejosos, pone las cosas en su debido lugar, y se sabe a ciencia cierta y para el bien de todos, quién o quiénes disponen del aval del Señor, y quiénes no disponen de él.

Otro punto de sumo interés en este pasaje tan aleccionador, es el fruto particular que apareció en la vara de Aarón: almendras.

Como sabemos, el almendro es el árbol que primero florece y da fruto. (Ver Jeremías 1:11-12)

Algunas veces, un siervo, después de perseverar, luchando fielmente por un buen tiempo, todavía no ha llegado a cosechar ningún fruto sólido, sano y duradero. ¡Cómo suspira porque llegue ese momento tan deseado en que lo ha de empezar a ver!

¡Y qué satisfacción grande, cuando, por fin, empiezan a aparecer esas almendras primerizas, como prenda elocuente de que ahora el Señor aprueba sus esfuerzos y labores - y como anticipo, además, de otros frutos aun mejores que irán viniendo!

Si te encuentras en una situación semejante, persevera fielmente, amado hermano, y cobra buen ánimo, pues el Señor es fiel galardonador de quienes le aman y sirven con perseverancia, ahínco y nobleza.

Sigamos mirando el progreso lógico y escalonado de Aarón.

“Habló Jehová a Moisés, diciendo...” (Números 5:1, 6:1, 8:1 y 9:1)

“También Jehová habló a Moisés, diciendo...” (5:11)

Hemos consignado estas citas, todas ellas anteriores al tiempo del relato en que estamos, para poner de relieve cómo, hasta esta etapa, el Señor, salvo contadísimas

ocasiones, sólo le hablaba a Moisés.

Pero ahora, inmediatamente después del sello aprobatorio de la vara que reverdeció, se nos presenta una agradable y significativa sorpresa:

"Jehová dijo a Aarón..." (18:1)

"Dijo más Jehová a Aarón..." (18:8)

"Y Jehová dijo a Aarón..." (18:20)

Aquí llegamos a un punto importantísimo. Aarón, a quien antes el Señor prácticamente no le hablaba, ahora le habla con fluidez y de una forma totalmente distinta.

Siempre representa un hito importante para un siervo en formación, que su relación con el Señor le permita oír claramente de Él, aun cuando debemos dejar un cierto margen de falibilidad, propia de lo que somos, seres finitos que a veces podemos errar.

Como dijimos, aquí el Señor no sólo le habla directamente a Aarón, sino que lo hace de una manera nueva, como nunca le había hablado antes.

"Y a tus hermanos también, la tribu de Leví, la tribu de tu padre, haz que se acerquen a ti y se junten contigo, y te servirán; y tú y tus hijos contigo serviréis delante del tabernáculo del testimonio."

"Y guardarán lo que tú ordenes, y el cargo de todo el tabernáculo." (18:2-3)

Como vemos, el Señor ahora le confiere honra y autoridad. Mas eso no es todo; le sigue hablando extensamente, de lo cual citamos lo siguiente:

"De aceite, de mosto y de trigo, todo lo más escogido, las primicias de ello, que presentarán a Jehová, para ti las he dado." (18:12)

En Su amorosa providencia le reserva lo más escogido - ¡lo mejor de lo mejor!

Como sumo sacerdote, restaurado y dignificado ¡no puede haber para él nada menos!

Pero todavía hay más:

“Y Jehová dijo a Aarón: De la tierra de ellos, no tendrás heredad, ni entre ellos tendrás parte. Yo soy tu parte y tu heredad en medio de los hijos de Israel.” (18:20)

Era como decirle: los demás todos tendrán sus granjas, o sus empresas, con las consiguientes ganancias y prosperidad. Tú en cambio no tendrás nada de eso – Yo soy tu parte y tú heredad.

¡Dichosa parte y dichosa heredad! Teniéndolo a Él se lo tiene todo.

Bien podemos hacernos eco aquí de las palabras de David en el Salmo 16: 5-6:

“Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa; Tú sustentas mi suerte. Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos, y es hermosa la heredad que me ha tocado.”

Pensar que un tiempo atrás, el Señor estaba enojado con Aarón en gran manera para destruirlo. Ahora, en cambio, le habla con acentos de entrañable bondad y solicitud, abriéndole todo Su tesoro y dándosele a sí mismo como el don máximo e inefable.

Sin duda, esto constituye un reflejo – pálido, pero igualmente digno, de lo que Jesús ha obtenido para nosotros.

La maldición y la ira santa de Dios pesaban sobre nuestras vidas, pero con Su gran obra expiatoria y Su eficaz intercesión, ha logrado que seamos partícipes de los más excelsos bienes y de las honras más benditas.

“Y habló Jehová a Moisés, diciendo...” (18:25)

Aquí se interrumpe el hilo del hablar de Dios a Aarón, pues ahora no le habla a él, sino a Moisés.

¿Qué ha pasado? ¿Habrá tenido Aarón una recaída?

Nada de eso. En su rol dignísimo de sumo sacerdote, que se da por entero al servicio de las cosas sagradas del santuario, no podía salir a trabajar para ganarse el pan, ni

mucho menos disponer que lo hiciera su esposa en lugar suyo.

Por lo tanto, se hace necesaria una provisión acorde con su dignidad y su altísimo cargo, y en los versículos siguientes se nos dice cómo se iba a disponer de ella.

Los levitas, que recibían el diezmo de todas las demás tribus, debían a su vez diezmar esos diezmos y entregar lo resultante – el diezmo de los diezmos – al sacerdote Aarón. (18:26 y 28)

Habría sido de mal gusto, y algo totalmente fuera de lugar, que Aarón les dijese eso a los levitas:-

“Tenéis que traerme todos los diezmos de vuestros diezmos a mí.” – y con toda propiedad y fina sabiduría, en este punto Jehová no le habla a Aarón para disponer que así sea, sino a Moisés.

¡Cuán preciosos y cuán sabios son los caminos del Señor!

Él llama a un siervo para que, dejando toda labor material, se dé de lleno al servicio santo. Sabe bien que ese siervo y su esposa e hijos necesitarán un sostén material y económico digno y generoso, y así, Él mismo dispone que no le falte nada en absoluto, liberándolo así de toda preocupación al respecto.

El siervo no ha de enredarse gestionando o reclamando nada para sí; sólo tendrá que cumplir fielmente la labor que se le ha encomendado. El Amo que lo ha llamado se encargará de que nada le falte, antes bien, que a menudo le sobre, para que él también, a su vez, pueda dar generosamente a otros.

Nos complace poder atestiguar que ésta ha sido nuestra dichosa experiencia, en las cuatro décadas de nuestra modesta labor sirviendo al Señor a tiempo pleno.

La muerte en la cumbre.-

Ahora llegamos a la puntada final, al clímax dichoso y

bendito, representado por el zenit que hemos puesto en el título del capítulo.

“Toma a Aarón y a Eleazar su hijo, y hazlos subir al Monte de Hor.”

“Y Moisés desnudó a Aarón de sus vestiduras, y se las vistió a Eleazar su hijo; y Aarón murió allí en la cumbre del monte, y Moisés y Eleazar descendieron del monte.”
(Números 20: 25 y 28)

Se puede llegar al fin de la vida en el llano de la mediocridad, o peor aun, en los lugares bajos – casualmente llamados *depresiones* en geografía – con pena y sin gloria, lamentando los malos recuerdos, los desengaños y los fracasos, tanto propios como ajenos.

Pero también se puede hacerlo remontando muy por encima de todo ello, a las alturas, a las cimas en que se respira oxígeno puro, exento de toda contaminación, y donde todo se ve y todo se siente desde una perspectiva distinta.

Nada se lamenta allí; en cambio, hay la más tierna gratitud por todo lo bueno que se ha vivido y experimentado.

Aunque el sendero también se ha ido jalonando aquí y allá con disgustos, tormentas, errores y fallos, por ellos también se alberga una profunda gratitud. La mano divina se ha encargado de trocarlo todo de malo en bueno, en completo acuerdo con la preciosa sentencia que nos da Pablo en Romanos 8:28, en el sentido de que a los que a Dios aman todas las cosas les ayudan a bien.

De manera que no se cuenta nada como malo o negativo, ni como error, fracaso o pérdida de tiempo; la pericia del Maestro ha sabido aprovecharlo todo para bien, y para el alto fin que Él mismo se había propuesto.

Moisés estaba encaminado firmemente hacia ese dichoso fin, con el agregado, a su avanzada edad, de mantener su vigor y conservar la visión clara y límpida. A él ningún ser

humano lo condujo al mismo, sino que fue llevado por el mismo Señor.

Pero aquí vemos, por los versículos que hemos consignado más arriba, la forma en que, por mandato de Dios, lo lleva a Aarón a un fin semejante al que le aguardaba a él, como preciosa culminación de su intercesión y tutela, que tuvo que comenzar en el nadir de tan deplorables bajezas.

Así murió Aarón – en la cumbre, como sumo sacerdote plenamente restaurado, aprobado y dignificado por el Altísimo, y depositario de todo el bendito bien de la más rica provisión divina, y del más alto honor.

Con todo, aun hay más. Esas vestiduras sacerdotales que llevó para honra y hermosura, no quedaron guardadas en una vitrina como reliquia recordatoria. Por el contrario, se las vistieron a su hijo Eleazar para que él las siguiese llevando, para perpetuar así la distinción y el alto honor que ellas representan.

Es lo que solemos llamar el relevo, es decir el tomar la antorcha que han dejado nuestros predecesores, para mantener la llama bien en alto.

En el Salmo 45: 16 tenemos esta promesa:

“En lugar de tus padres serán tus hijos, a quienes harás príncipes en toda la tierra.”

En el caso de Aarón, el traspaso fue a uno de sus hijos – Eleazar, como hemos visto – y que por cierto fue un digno sucesor.

No obstante, como ya hemos puntualizado en alguna obra anterior, en el régimen nuevo de la gracia, una de las muchas cosas mejores y mayores es que se pasa del singular al plural.

Muchos auténticos siervos, a través de la historia han tenido, a su debido tiempo, que prescindir de su padre, o sus padres, que los tutelaron en el Señor, ya sea por acabar él o ellos su/sus carrera/s, o por traslado a otras tierras.

Siguiendo su trayectoria, al madurar ellos también han engendrado hijos e hijas espirituales, y por la gracia de Dios, muchos de ellos de buen calibre, los cuales han sido puestos así como verdaderos príncipes de Dios sobre la tierra.

¡Cuán largo alcance, y de qué gloriosas repercusiones resulta así el sagrado y sublime llamamiento celestial!

En cuanto a los que toman la antorcha para hacer el relevo, notemos que para recibir la investidura, Eleazar también tuvo que subir al monte., acompañando a Moisés y Aarón.

Nunca la podría haber recibido de haber permanecido en el llano, con el resto del campamento. Se recibe una gracia del predecesor, pero el esfuerzo y el sacrificio también deben estar bien presentes en cada sucesor.

Por último, fallecido Aarón, Israel le hizo duelo por treinta días. (20:29) Verdad es que en la nueva dispensación en que estamos, estrictamente no solemos hacer duelo como generalmente se hacía, y como los inconversos lo hacen hasta el día de hoy.

Pablo nos insta a no entristecernos *“como los otros que no tienen esperanza.”* (1ª. Tesalonicenses 4:13)

No obstante, es bueno que se recuerde con honor y gratitud a aquéllos que han dejado una estela de bendición con su trayectoria limpia y ejemplar.

¡Cuánto mejor es eso, que llegar a un triste fin, como Joram, el hijo de Josafat, rey de Judá, que por su reinado tan cruel y malvado murió con enfermedad muy penosa, y *“sin que lo desearan más.”* (2ª. Crónicas 21:19-20)

El final encumbrado de Aarón hizo que se le recordase con sumo respeto y reverencia. Aunque de otra forma, y en distinta manera, que la gracia de Dios nos lleve a todos a ese dichoso fin, en que podamos dejar en los que nos siguen detrás, huellas indelebles de bonhomía y honor celestial,

En conclusión, ¡de qué nadir tan bajo y vergonzoso, a qué zenit augusto y glorioso!

3

Más sobre Moisés.

En este capítulo, que será más breve que los dos anteriores, tocaremos otros cuatro puntos importantes de la vida y el carácter de Moisés.

El varón altamente agraciado.-

“Vé, y diles: Volveos a vuestras tiendas. Y tú quédate aquí conmigo.” (Deuteronomio 5: 30-31)

La manifestación poderosísima de la presencia de Dios en el Monte Sinaí infundió tal temor al pueblo, que le rogaron a Moisés que él solo se las entendiese con el Señor y les transmitiese a ellos cuanto le decía. Querían que a ellos se les permitiese estar a un lado, sin tener que estar en la presencia temible y terrible de semejante Dios.

Sin querer ahondar demasiado en esta parte, agregamos que al Señor le agradó que tuvieran semejante temor, y expresó el gran deseo de que lo temiesen de verdad, obediéndole y guardando Sus preceptos cumplidamente.

No obstante, Él sabía que ese temor era como un reflejo del estado de sus corazones; en realidad, no anhelaban estar delante del Señor, y se inclinaban más bien por estar en lo normal y corriente de la vida del campamento en que estaban.

Así, en los versículos que hemos puesto más arriba, el Señor trazó una divisoria muy clara entre ellos y Moisés. Ellos debían ir a sus tiendas, según el deseo de sus corazones, mientras él debía quedarse junto a Dios.

“Y tú, quédate aquí conmigo.”

¡Qué palabras! ¡Que invitación!

¡Qué llamamiento, tan impregnado del más hondo y entrañable contenido!

Eran como las palabras tiernas y entrañables de un padre a un hijo muy especial – muy querido.

Al mismo tiempo, era una invitación a ocupar el lugar más privilegiado a que pueda aspirar un ser humano. Y era también un llamamiento sagrado y santo a darle la espalda a lo terrenal y transitorio, para estar junto a Él, la fuente de todo bien, y abrazar de lleno a Su lado lo celestial e imperecedero.

Por cierto que Moisés estuvo mucho allí, junto a su Dios. Los primeros cuarenta días de ayuno, seguidos de otros cuarenta, y las muchas ocasiones en que respondió al llamado *“Sube a mí al monte”* lo atestiguan plenamente.

De ese estar tanto a Su lado, sin duda que hubo muchas derivaciones importantes y preciosas. De algunas de ellas se nos da cuenta en el relato, mientras que otras brotan de deducciones y conclusiones razonables y bien fundadas.

Entre las primeras, podemos citar el minucioso patrón del tabernáculo y todo su mobiliario, que nos brinda un simbolismo amplio y enriquecedor de muchos aspectos de la vida espiritual.

También es digno de mención el hecho de que la piel de su rostro resplandecía después que hubo hablado con Dios. (Éxodo 34:28-35)

Esa gloria era la del antiguo pacto, inferior a la gloria más *eminente* del nuevo, según Pablo lo afirma en 2^a. Corintios 3: 9-10.

No obstante, era igualmente una gloria bendita y santa,

y no podía ser nada menos, al emanar del Padre de gloria, a Quien, con tanto acierto, Santiago llama *“el Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación.”* (Santiago 1:17)

En cuanto a las derivaciones no consignadas expresamente, sino brotadas de deducciones y conclusiones, no nos cabe duda de que todo ese tiempo el carácter de Moisés tiene que haber evolucionado singularmente, puesto que, seguramente, debe haber absorbido bastante del carácter mismo del Altísimo.

De virtudes que ostentaba, tales como su extrema mansedumbre, su absoluta fidelidad y su santidad inquestionable, no hace falta decir cuál era su procedencia.

Lo mismo cabe señalar de la autoridad de su persona, de su gran sabiduría, y del honor y aun reverente respeto que su presencia imponía. Todas ellas – y sin duda, muchas más – eran transmisiones doradas de la multiforme grandeza y excelencia del Altísimo Dios, con Quien pasó tantas horas en profunda unión y comunión.

Otra derivación más está evidentemente en el terreno de las conjeturas, si bien nos parece que son muy razonables y bien fundadas.

La narración de la creación, que en muchas partes abarca cosas anteriores a la existencia de Adán y Eva, consignadas con mucho detalle y precisión, ¿cómo llegó a conocerse? O bien, ¿a quién se la reveló el Señor?

Se ha afirmado que en esos largos períodos de intimidad con el Señor, la debe haber recibido Moisés directamente, y creemos que es una tesis que no puede ser descartada así como así.

De no ser así ¿a qué otro le pudo haber sido revelado?

¿A Adán? Nos parece muy improbable.

De la línea fiel de sus descendientes, el único que nos atreveríamos a señalar es Enoc, aunque meramente como una posibilidad.

Por otra parte, el hecho de que el Génesis se nos presente

en el título como el Libro Primero de Moisés, apunta fuerte y claramente en el sentido de que haya sido a él.

Y este honor, que en tal caso le debe corresponder, de haber recibido directamente del Señor la revelación de la creación y los orígenes de todo, y de consignarla para nuestro conocimiento y como base de nuestra fe en el Creador Supremo, es uno más de lo muchos que enaltecen y engalanan su personalidad tan distinguida y señera.

Fidelidad y nobleza a carta cabal.-

Como bien se sabe, a Moisés no se le permitió entrar en la tierra prometida, debido a que desobedeció al golpear la peña dos veces, cuando el Señor le había dicho que le debía hablar, no golpear.

No está demás que puntalicemos brevemente aquí el preciso y precioso significado simbólico encerrado en esto.

Como Pablo nos dice en 1ª. Corintios 10:4, esa roca espiritual que seguía al pueblo de Israel era Cristo. Tengamos también en cuenta, de paso, que en el original hebreo el texto de Isaías 26:4 reza: *"...en Jehová el Señor está la roca de lo siglos."*

En la primera ocasión, que se nos narra en Éxodo 17:1- 6, a Moisés se le dijo que debía golpear la peña con la vara, lo cual representa la vara justiciera de la ley cayendo con todo su rigor sobre el Crucificado en el Calvario, a fin de que el perdón divino y el agua de vida pudieran llegar a nuestra alma necesitada y sedienta.

Significativamente, la segunda vez, relatada en Números 20: 2-12, el mandato divino era que había que hablar a la peña, no golpearla.

Exasperado y sacado de quicio por la persistente rebeldía, murmuración y queja del pueblo, Moisés, en un momento de descontrol y desatino, exclamó: *"Oíd ahora, rebeldes: ¿Os hemos de hacer salir aguas de esta peña?"* y alzando su mano la golpeó con la vara dos veces.

Esto le costó muy caro. Él deseaba muchísimo entrar en esa tierra prometida, pero debido a su desobediencia en esa sola instancia quedó excluido. Y no sólo él, sino también Aarón, lo cual nos presenta un principio que es a la vez una advertencia muy importante.

En efecto: por un lado, los logros y aciertos conseguidos se reflejan para bendición de los que uno está tutelando en el Señor. Sin embargo, por el otro, los yerros y fallos que uno pudiera cometer, lamentablemente también suelen repercutir en ellos, para su perjuicio y pérdida espiritual.

La primera ocasión, en la cual la peña debía ser golpeada, como señalamos más arriba, apunta figurativamente a lo ya cumplido en el Calvario por nuestro Señor Jesús.

La segunda debe interpretarse como aquélla, en que cada uno, en su gran necesidad y sed, se encuentra ante Él, la Roca Eterna.

En la misma no se le debe volver a golpear, ya sea con la vara del rechazo, la indiferencia, o aun de la burla o la incredulidad.

El hacerlo excluye a quien lo hace de la bendición eterna en el siglo venidero, y lo deja en las tinieblas y en serio peligro de terminar en la perdición eterna.

Lo que se debe hacer, en cambio, es hablarle – contarle la necesidad y la sed del alma, arrepentido por las muchas faltas y pecados cometidos, a la vez que recibir de Él con fe sencilla, Su oferta de perdón y vida nueva.

¿Ya has hecho esto de una manera bien definida y concreta, y te sabes, querido lector, poseedor de la vida eterna por Su gracia, y sólo por ella?

De no ser así, éste es el momento en que, interrumpiendo la lectura, debes hablarle en ese sentido y con toda sinceridad. Así, no quedarás excluido, sino que podrás ir a un más allá de bienaventuranza sin par.

Avanzando ahora en el terreno de la gran fidelidad y

nobleza de Moisés, situémonos en el lugar en que se encontraba al quedar privado de entrar a la tierra prometida.

Después de tanto luchar, y soportar la carga tan pesada de llevar a ese pueblo rebelde, ahora la gloria y la honra de entrar en esa tierra y conquistarla le iba a tocar a Josué, su sucesor, y no a él.

Lo normal en situación semejante sería reaccionar de esta forma:

“Pues bien, ya que Josué los va a introducir en el Canaán prometido y no yo, que venga él y se haga cargo de todo esto. Yo ya he lidiado bastante con toda esta gente. Prefiero tomarme un buen descanso, y no tener que llevar más esta carga que me ha agobiado tanto.”

Empero, Moisés era incapaz de hacer semejante cosa. Por el contrario, continúa hasta el mismo fin de su carrera aconsejando, advirtiendo y exhortando al pueblo de la manera más minuciosa y solícita, como si él fuera el interesado máximo y el protagonista principal, cuando ya iba a dejar de serlo y cederle paso a otro, para que se llevase toda la honra y el honor.

Esto nos hace acordar de otro grande - Samuel - que estuvo en una situación análoga unos siglos más tarde.

Al pedir rey Israel y dárselo el Señor, él, que había juzgado y gobernado por años, quedó relegado y ya no era la figura principal.

Sin embargo, al igual que Moisés, siguió preocupadísimo por el bien del pueblo de Dios, al punto que llegó a afirmar solemnemente:

“Así que, lejos sea de mí que peque yo contra Jehová cesando de rogar por vosotros; antes os instruiré en el camino bueno y recto.” (1ª. Samuel 12: 23)

En tantos casos de la actualidad, se advierte que lo que en realidad se busca es construir la parcela o el reino propio, levantar la imagen de uno mismo; o bien, que se

actúa con una segunda intención, ya sea de lograr ventaja personal, que se le retribuya a uno con favores por el servicio prestado, etc.

Al hablar de los méritos de Timoteo, Pablo expresaba la misma inquietud en Filipenses 2:20-21:

"...pues a ninguno tengo del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros. Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús."

Cuando comparezcamos ante el tribunal de Cristo, lo que Él alabará y premiará será la labor efectuada dentro de Su voluntad con abnegación, desinterés y nobleza, no los números ni las falsas apariencias del éxito y la fama.

En la parábola de los talentos consignada en Mateo 25:14-30, las palabras dirigidas por el Maestro a los buenos siervos fueron:

"Bien, buen siervo y fiel..." tanto al que había ganado cinco, como al que había ganado dos.

Calificativos tales como siervo famoso, exitoso o grandioso, no forman parte de Su vocabulario.

Aprendamos, pues, amados, de esos nobles hombres de antaño, como Moisés, Samuel, Pablo, Timoteo y otros, y andemos de veras en sus pisadas, y no en las de triunfalistas, arrogantes, interesados y envanecidos, acerca de los cuales Pablo llegó a decir y escribir llorando que son enemigos de la cruz de Cristo. (Filipenses 3:17-18)

Intercesor como ha habido muy pocos.-

Al ir llegando la decadencia del pueblo de Israel a su punto más bajo, tanto al profeta Jeremías como a Ezequiel, el Señor les expresó Su profundo desagrado por la rebeldía e idolatría crónicas de que padecía.

A Jeremías llegó a decirle en más de una oportunidad que no orase por ellos, pues su condición era incurable.

También les manifestó a ambos que, aunque viviesen

entre ellos los intercesores más insignes de la historia, sus ruegos sólo bastarían para salvarse ellos mismos, pero no el resto del pueblo, del severísimo juicio que se avecinaba.

Los nombres de los cinco ilustres varones que Él señaló fueron Moisés, Samuel (Jeremías 15:1), Noé, Daniel y Job. (Ezequiel 14: 19-20)

Aun cuando no deseamos establecer comparaciones en cuanto a los méritos de cada uno con respecto a los demás, resulta significativo que el primero en la lista fue Moisés, bien que Noé y tal vez Job le precedieron cronológicamente.

Las dos ocasiones en que estuvo en el monte ayunando por completo por cuarenta días, y sobre todo la segunda – nos hablan de él otra vez como de un varón de Dios sobresaliente.

Ya hemos comentado que, gracias a su intercesión tan noble y fervorosa, Aarón no fue eliminado del sacerdocio y destruido. Igualmente, el pueblo de Israel, al cual el Señor se proponía desechar y destruir para levantar otro en su lugar, fue absuelto y siguió siendo el privilegiado objeto de la misericordia divina.

Pero quizá el punto más elevado lo alcanzó al pedir que su propio nombre fuera raído del libro celestial en el que estaba inscrito, y que en cambio, ese pueblo tan desobediente y rebelde fuese perdonado.

“Te ruego ... que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito.” (Éxodo 32: 32)

En los anales de las Escrituras, sólo encontramos dos cimas que se pueden considerar junto a ésta de Moisés en que estamos.

Una de ellas está en un plano de igualdad. Se trata del profundo y continuo pesar que el apóstol Pablo sentía por Israel, orando intensamente, y deseando ser él anatema en su lugar, para que ellos fueran salvados. (Romanos 9:3)

Esto ubica a Moisés en el Antiguo Testamento y a Pablo en el Nuevo, en un nivel muy encumbrado por cierto,

posiblemente no alcanzado por ningún otro mortal.

La otra cima está en un plano de superioridad, y creemos que es la única que sobrepasa y supera a las otras dos. Es la de nuestro amado Señor Jesús, que no sólo intercedió, e intercede por los Suyos, sino que consumó la entrega total de Su ser para soportar el peso aplastante de la vara justiciera de la ley, que cayó sobre Él con todo su peso y rigor.

Sólo podemos concluir diciendo que quedamos pasmados, sintiéndonos tan diminutamente pequeños, y tan humillados, ante tanta grandeza, abnegación y sacrificio.

Moisés en la transfiguración.-

No debemos omitir algo muy importante sobre Moisés, que no figura en el Pentateuco, y acaecido unos buenos siglos después.

El Mesías y Redentor prometido estaba llevando a cabo Su ministerio terrenal, acompañado por Sus discípulos. Eligiendo a tres de ellos - Pedro, Juan y Jacobo - asciende con ellos a un monte muy alto, donde, tras orar y estar en profunda comunión con Su Padre celestial, la apariencia de Su rostro se transforma y Sus vestidos se vuelven muy blancos y resplandecientes, reflejando Su blancura interior tan inmaculada, y la gloria sublime de Su persona.

Pero se avecina la etapa decisiva de Su misión terrenal, en la cual había de entablar la cruenta batalla, que iba a ser la mayor de toda la historia y de todo el universo.

Se trata de la larga trayectoria que debía cumplir desde el Getsemaní, hasta Su partida de la ciudad santa al Calvario, para consumir y sellar la redención del género humano.

El Padre Celestial y Dios Altísimo, plenamente consciente de lo que supondría para Su Hijo esa batalla, en

la que enfrentaría todo el odio y la ponzoña malvada del diablo y sus legiones de secuaces, y experimentaría un padecimiento físico, moral, emocional y espiritual indescriptible, toma una medida importante.

La misma consiste en enviar dos varones para que en alguna manera pudieran identificarse con Él, y hablar y compartir en un alto nivel sobre lo que, en su relato, Lucas llama Su partida, que iba a cumplir en Jerusalén.

Los tres discípulos que le acompañaban, por su grado de inmadurez a esa altura, por cierto que no estaban capacitados para semejante cometido.

Hacía falta varones fogueados y experimentados - de esos que, habiendo tenido que enfrentar ellos mismos tremendos conflictos por la causa de Dios, podían, aunque en medida solamente relativa, aportar algo sustancioso y de peso al acercarse la víspera de tan trascendente ocasión.

Así las cosas, en la galería de los grandes próceres de otrora irrumpe un ángel, comisionado por el Altísimo, para nombrar y destacar a dos altamente honrados y privilegiados, sobre los cuales había recaído la elección celestial para tan magna misión.

En medio de un silencio expectante, pronuncia en tono claro y solemne los dos nombres de los agraciados escogidos: *Moisés y Elías*.

Y así, rodeado de gloria célica, Moisés desciende junto con Elías al santo monte, para cumplir el mandato sagrado que a ambos les había sido encomendado.

Es la culminación gloriosa, con todo el honor que supone, que el Señor tenía reservada para Sus dos siervos insignes.

Tanto para el uno como para el otro, y por extensión para todo siervo auténtico del Señor, seguramente que habrá más galardones y cosas gloriosas reservadas para el siglo venidero.

Mientras tanto, basándonos en los anales de las Escrituras, tenemos en lo que antecede el punto álgido, y a

la vez la distinción más elevada, que le cupo ostentar a Moisés.

Esto, y todo lo demás que hemos señalado anteriormente, lo colocan en ese lugar tan digno y encumbrado que hemos puntualizado al comienzo - *el de ser un auténtico grande entre los grandes.*

4

Gedeón, el derribador de árboles.

Cronológicamente hablando, damos ahora un salto grande hacia delante, ubicándonos varios siglos más tarde, en la época de los jueces de Israel.

Derribador de árboles es lo que significa el nombre de este ilustre varón Gedeón, del cual pasamos a ocuparnos en este capítulo y en el siguiente.

Jesucristo nos dijo en Mateo 15:13, que toda planta que no plantó Su Padre celestial será desarraigada.

En los tiempos de Gedeón, figurativamente hablando, había muchos árboles en el territorio de Israel que no habían sido plantados por el Padre celestial.

Eran los madianitas, los amalecitas y los hijos del oriente, que atacaban al pueblo de Dios, arrasando cuanto encontraban a su paso y llevándose los frutos de la tierra, como así también ovejas, bueyes y asnos, de tal manera que Israel empobrecía en gran manera.

Todo esto le sucedía como resultado de su rebeldía contumaz y crónica.

Al sentirse tan fuertemente oprimidos, y ser su tierra terriblemente devastada, clamaron al Señor.

Después de reprocharles su obstinada desobediencia por medio de un profeta, obrando con mucha misericordia, Jehová pasó a responder a sus ruegos.

Lo hizo levantando al varón cuyo nombre, como ya hemos señalado, significa “*derribador de árboles.*”

Precisamente ésa iba a ser la labor y la obra magna de su vida – la de derribar y destruir a todos esos madianitas y amalecitas, que le estaban haciendo la vida imposible a Israel.

La forma en que esto aconteció se nos narra en tres extensos capítulos del libro de Jueces: – 6, 7 y 8. El contenido de los mismos, como así también el significado alegórico que se encuentra en algunas partes de ellos, son muy ricos y abundantes, y hemos de extendernos en reflexiones sobre ellos que llenarán el resto del capítulo y todo el siguiente.

Se empieza por decirnos que Gedeón estaba sacudiendo el trigo en el lagar, para esconderlo de los madianitas.

Como tantas veces se ha dicho, el Señor nunca escogió para Sus fines y propósitos a quien estaba ocioso y de brazos cruzados, sino a hombres que estaban trabajando laboriosamente.

Tal el caso de Gedeón, como así también el de Eliseo, David, Moisés, Pedro, Andrés y muchos otros^(#)

Mientras con el sudor de su frente realizaba fielmente esa humilde tarea, se le apareció repentinamente el ángel de Jehová, sorprendiéndolo con las palabras:

“Jehová está contigo, varón esforzado y valiente.” (Jueces 6:12)

Sin comprender el alcance de lo que estaba sucediendo, contestó que si era verdad que Jehová estaba con ellos, ¿por qué les había sobrevenido el estado de gravísima opresión y miseria en que se encontraban? – agregando que el Señor los había desamparado y entregado en manos de los crueles madianitas.

Sin inmutarse para nada, el ángel pasó a hablar por segunda vez con palabras de gracia y maravillosa promesa.

(#) Los que estaban desocupados en la plaza, en la parábola de Mateo 20:1-16, era porque nadie los había contratado.

“Mirándole Jehová, le dijo: Vé con ésta tu fuerza y salvarás a Israel de mano de los madianitas. ¿No te envió yo?” (6:14)

Anonadado y absorto, Gedeón le contestó preguntando con qué podría él salvar a Israel; su familia era pobre en la tribu de Manasés y él era el hijo menor.

Aquí tenemos otra vez lo que tantas veces se ha dado y se da a través de la historia y de los siglos.

En una coyuntura crucial y crítica, en la que hace falta un varón de verdad para un propósito importante y de envergadura, el Eterno Dios fija Su mirada en un pobre, un pequeño, en el cual nadie había pensado, y, por así decirlo, al cual ninguno había mirado por segunda vez.

Son los designios inescrutables y los caminos imprevisibles del Altísimo, que vez tras vez sorprende y desconcierta a los sabios y entendidos según la carne, haciendo lo que nadie preveía, y por el contrario, no haciendo lo que los adivinos y agoreros vaticinaban.

“Yo Jehová... que deshago las señales de los adivinos y enloquezco a los agoreros.” (Isaías 44:24-25)

Pero antes de continuar debemos volver a las primeras palabras del ángel: *“Jehová está contigo, varón esforzado y valiente.”*

Es el Dios que llama por adelantado las cosas que no son, como si ya fueran, como Pablo señala tan significativamente en Romanos 4:17.

Gedeón se sentía muy pobre y muy pequeño. Con todo, el Espíritu Santo iba a venir sobre él y ¡en qué valiente! ¡en qué titán lo iba a convertir en el campo de batalla!

Esto lo veremos con mucho beneplácito a su debido tiempo, pero por ahora sigamos con el relato.

Para disipar toda duda, Jehová le asegura que ciertamente estará con él, y que él derrotaría a los madianitas como a un solo hombre.

La ofrenda puesta delante del Ángel.-

Animado por esto, Gedeón le ruega que no se vaya, sino que espere que prepare su ofrenda y la ponga delante de Él.

Con toda condescendencia, el Ángel le dice que lo esperará en tanto él la prepara y se la trae.

Exactamente cuánto tiempo le llevó a Gedeón preparar un cabrito, panes sin levadura y una olla de caldo, es algo que no podemos precisar.

No creemos que haya sido cuestión de unos minutos, lo que nos hace pensar, figurativamente, en la gran paciencia y bondad con que el Señor ha esperado a muchos de nosotros, que no hemos sido tan prontos como debiéramos en traerle la ofrenda de toda nuestra vida.

En todo este gran encuentro de Gedeón, vemos muchas otras cosas de suma importancia que se deben considerar. Ubicamos el encuentro en sí dentro del marco formado por la encina, la peña y el fuego, como los tres puntos sobresalientes.

La encina nos habla del lugar donde le vino a Gedeón la palabra de Dios, al igual que a Abraham muchos años antes. Fue en la encina de More el primer lugar en la tierra de Canaán donde le habló el Señor, a poco de llegar. (Génesis 12:5-7)

La peña es la piedra céntrica sobre la cual Gedeón debía poner la ofrenda del cabrito y los panes sin levadura. Pensamos en la peña o roca que seguía a Israel en su peregrinación por el desierto, recordando que Pablo nos dice en 1^a. Corintios 10:4 que esa roca era Cristo.

El fuego fue lo que procedió de la misma peña para consumir la ofrenda presentada en sacrificio, en estrecha relación con el fuego que descendió sobre la ofrenda de Elías en el Carmelo, y sobre los ciento veinte discípulos el día de Pentecostés.

Sagrada y bendita llama celestial, que desciende como sello aprobatorio de lo alto, y todo lo purifica, lo transforma y lo dignifica.

Al leer el relato que estamos considerando, no debemos dejar que nos intrigue el hecho de que, a veces, el que habla es el ángel de Jehová, y a veces es Jehová mismo. En vez de tratar de hacer conjeturas, procurando explicar por qué en una ocasión es el uno, y en otra el otro, nos parece mejor dejar el relato tal cual está, y aceptarlo sin cuestionamientos ni razonamientos que podrían ser de poco o ningún provecho.

Lo que sí debemos sacar en limpio es que, tal como el ángel se lo indicó a Gedeón, la ofrenda debía ponerse sobre la peña y no sobre ninguna otra cosa.

Decimos esto porque, aun obrando con mucho celo, uno puede caer en el error de ponerla sobre una misión o visión determinada, sobre aquello que nos apasiona, etc. y así perder el verdadero rumbo y norte y terminar mal parado.

El Cristo que se dio como la ofrenda total y final de nuestra redención - Él y sólo Él, ha de ser el depositario de la ofrenda de nuestra vida y de nuestro todo.

Notemos que, además de que pusiese el cabrito y los panes sin levadura sobre la peña, a Gedeón se le indicó que debía derramar el caldo sobre ella.

En esto visualizamos, por gravitación de la experiencia propia y de muchos otros, el caldo tibiecito y saladito de nuestras lágrimas; lágrimas del más tierno arrepentimiento y contrición por nuestros muchos yerros y faltas del pasado, pero también de temblorosa gratitud por tanta gracia, misericordia y bondad que inmerecidamente hemos recibido a través de los años. Y desde luego, lágrimas también de amor, tierno y entrañable, a Él, la Roca Eterna, a la cual le debemos todo cuanto somos y tenemos.

Que sepamos de veras poner la ofrenda en su totalidad, y derramar el caldo, sobre la bendita Peña, y no sobre ninguna otra cosa ni causa.

Al colocar debidamente sobre la peña tanto el cabrito como los panes sin levadura, es decir, la ofrenda total de la vida, despojada de la levadura del pecado, y vertido el caldo, Gedeón estaba obedeciendo y cumpliendo al pie de la letra lo que se le había mandado.

Consecuentemente, el ángel tocó el cabrito y los panes con la punta de la vara que tenía en su mano, y en seguida se produjo el precioso y portentoso milagro. En efecto: brotó fuego de la peña que los consumió totalmente.

Simbólicamente, aquí tenemos la representación del Cristo que vino a echar fuego sobre la tierra. (Ver Lucas 12:49)

Desde Pentecostés en adelante lo ha estado haciendo sobre cuanto siervo y sierva que Él ha escogido, y que se ha sabido colocar incondicional y totalmente sobre el altar, con la ofrenda total de una vida limpia y separada para Él.

Se requiere, desde luego, que cada uno y cada una trace bien la palabra de verdad, con una doctrina limpia y sana y una teología acorde con las Sagradas Escrituras. Se requiere también que los dones y talentos recibidos se administren sabia y responsablemente; que haya fiel devoción y perseverancia, y sin duda, un cúmulo de virtudes más.

Pero, por encima de todo, se requiere que no falte la bendita llama del fuego celestial, sin la cual es tan fácil desembocar en algo tibio o frío, tal vez correcto y de la más acabada ortodoxia doctrinal, pero carente de lo que sólo el fuego puede brindar.

No olvidemos que en el sacerdocio levítico, como preanunciando esto alegóricamente, estaba prescrito que el fuego del altar nunca debía apagarse. (Ver Levítico 6:12 -13)

¡Gloriosa llama! Inquieta, con su chisporroteo tan vivaz y excitante, y siempre siguiendo el rumbo vertical ascendente, nos emancipa de lo que nos quiere hacer retroceder o descender, para elevarnos a lo más noble y

sublime, y, a la postre, a nuestro Dios, a nuestro Cristo, y a compartir Su trono eterno.

Tras el milagro del fuego brotado de la peña, el ángel desapareció de su vista. Gedeón, que estaba maravillado, tal vez como uno que piensa que está soñando o en un trance, se da cuenta de que, sin lugar a dudas, ese personaje era nada menos que un ángel del Señor.

Temía que habría de morir, al igual que Manoa, al reconocer al ángel que se le había aparecido a él y a su mujer, anunciándole el nacimiento de otro juez posterior, Sansón.

Mas el Señor prestamente le habló palabras de paz y buen ánimo, asegurándole que no moriría.

Por cierto que Gedeón no iba a morir entonces, sino a vivir, ¡y de qué manera! Del anonimato humilde en que se encontraba, bien pronto iba a cobrar notoriedad, primero en Ofra de Abiezer, la localidad en que vivía, y muy poco después en todo Israel, y sobre todo, en las huestes innumerables que venían contra el pueblo de Dios, y a las cuales, como coloso formidable en el campo de batalla, les iba a infundir pánico y terror.

Pero, otra vez, ¡no nos adelantemos! Antes de eso tenemos varios puntos importantes.

Animado por las palabras de paz y de aliento que había recibido, de inmediato levantó un altar al Señor, llamándolo Jehová-salom, que significa Jehová es paz.

Esa misma noche el Señor le comisionó a que tomase el segundo toro de su padre, de siete años, y derribase el altar de Baal que su padre tenía, y la imagen de Asera, situada a su lado. Luego debía construir un altar al Señor en la cumbre del peñasco, de la forma prescrita, y ofrecer ese segundo toro como holocausto u ofrenda encendida, usando para ello la madera de la imagen de Asera que había de derribar.

Llama la atención que su propio padre tuviera un altar a

Baal, y que, sin embargo, la misericordia divina lo eligiese a él, su hijo menor, para la grandiosa liberación de Israel que iba a acaecer.

El hecho de que tenía que tomar un toro, no un cabrito ni un cordero, denota que, a menudo – como en este caso particular – las fortalezas que el enemigo ha levantado en las vidas del pueblo de Dios – individual y/o colectivamente – son tan poderosas y están tan fuertemente atrincheradas, que hace falta nada menos que la fuerza de un toro para derribarlas.

La reacción que esto causó es casi increíble. Los hombres de la ciudad, al ver a la mañana siguiente lo que había sucedido, indignados inquirieron quién lo había hecho.

Al enterarse de que había sido Gedeón, se presentaron ante su padre, exigiendo que fuese traído ante ellos para darle muerte.

Como lo consigna el relato, el padre no quiso saber nada, y afirmó con mucha razón que si Baal era en verdad dios, que él mismo luchase por su cuenta contra el que había derribado su altar.

Pero lo que resalta sobremanera, es el hecho de que la gente estuviera tan indignada por haber sido derribados el altar de Baal y la imagen de Asera, situada a su lado.

Era esa idolatría persistente y crónica lo que le estaba acarreado a Israel toda la miseria y opresión, y toda la devastación de su tierra. Al actuar Gedeón por el mandato de Dios de la forma en que lo hizo, deberían haberlo aclamado y celebrado, y en cambio, lo veían como algo malo, y que el que lo había hecho era digno de muerte.

Con toda razón las Escrituras nos hablan de los nefastos resultados del pecado en la vida, sobre todo cuando se persevera obstinadamente en el mismo.

Endurece el corazón, (Hebreos 3:13) ensordece y enceguece, (Ezequiel 12:2) y si se insiste y persiste en él, hasta enloquece. (Números 12:11)

Esa obediencia de Gedeón al derribar el altar y la imagen, y levantar en su lugar un altar al Señor, fue seguida bien pronto por una invasión de madianitas, amalecitas y orientales, que cruzaron el Jordán y acamparon en el valle de Jezreel.

Evidentemente, la mano del Señor estaba bien presente en eso, atrayéndolos al lugar donde les iba a infligir una derrota aplastante, y en el cual Su promesa de liberar a Israel por intermedio de Gedeón habría de alcanzar un pleno cumplimiento.

Al acercarse los invasores, el Espíritu de Jehová vino sobre Gedeón, quien hizo sonar la trompeta, y de inmediato los hombres de Abiezer, su ciudad, se juntaron con él.

También envió mensajeros a cuatro tribus vecinas - Manasés, Aser, Zabulón y Neftalí - de las cuales también vinieron muchos a él, formándose así un ejército de treinta y dos mil hombres.

Sin embargo, los enemigos eran muchísimos más, y si bien a estas alturas había perdido su timidez y ya estaba cobrando confianza, ante una inferioridad numérica tan grande le pidió al Señor una señal doble.

Extendió sobre el suelo un vellón de lana, pidiendo al Señor que durante la noche cayese el rocío solamente sobre el vellón, y todo alrededor quedase seco.

Al amanecer sucedió que había sucedido precisamente lo que había pedido, y al exprimir el vellón sacó de él un tazón lleno de agua.

No conforme con ello, se atrevió a pedirle al Señor una segunda señal - que la noche siguiente sucediese exactamente lo contrario, es decir, que el vellón quedase seco y la tierra a su alrededor estuviese humedecida por el rocío.

Dios le concedió también esto, lo cual lo fortaleció en su ánimo, y sin más, se dispuso a seguir adelante con la gran empresa a que había sido llamado.

Antes de seguir con la narración, aquí hay dos cosas dignas de consignarse.

La primera es que este precedente no nos da pie, para que en cualquier cosa que emprendamos para el Señor le pidamos una señal confirmatoria.

Lo normal, generalizando, será seguir adelante en fe, confiando en la palabra o guía que hayamos recibido de Él. Esto no descarta que en alguna ocasión especial, o muy particular, pueda corresponder hacer lo que hizo Gedeón, pero uno deberá estar seguro de que no está obrando con presunción.

Aunque alguna vez nos podamos encontrar en una encrucijada muy grande, en que, por así decirlo, nos juguemos, no será muy probable, por cierto, que lo nuestro tenga algo que se aproxime a la envergadura formidable de lo que Gedeón estaba siendo llamado a hacer - a ir a jugarse la vida, él y su pequeño ejército, contra un enemigo inmensamente superior.

La segunda cosa que surge de las dos señales, es el sencillo pero edificante simbolismo, extraído de las mismas hace bastante más de un siglo por el distinguido siervo escocés de antaño, Robert Murray McCheyne.

En una de sus célebres predicaciones, dijo que la primera señal responde a un hijo de Dios viviendo en plena obediencia, de cuya vida puede llenarse ese tazón de agua para saciar la sed de quienes le rodean, en medio de una tierra seca y estéril.

La segunda, afirmó, nos habla a la inversa de un creyente que, por no guardar su relación con el Señor, se ha secado espiritualmente, y por haber perdido el rumbo y la sensibilidad espiritual, sólo siente y ve que hay satisfacción en el mundo que le rodea.

Que nuestra vida y experiencia concuerde con la primera, y no con la segunda.

A continuación, Gedeón acampó con todos los que se habían unido a él, en una posición al Sur del valle donde

estaba el ejército madianita y de los orientales, con el collado de More situado entre ambos.

Esto nos lleva a la parte más emotiva e inspiradora, saturada de hermosas analogías y figuras, como así también de verdades y principios que nos hablan con mucha elocuencia y de forma muy llamativa.

Pero, para ir las desgranando, pasamos al capítulo siguiente.

5

La gran noche de su vida.

¡Cuánto colorido, y cuánta inspiración ha volcado el Espíritu Santo, en tantas y tantas páginas del que no vacilamos en calificar *el libro de los libros* - la bendita Biblia!

Antes de pasar a comentar la batalla, nos adelantamos a dejar bien claro que, como cristianos que seguimos fielmente las enseñanzas del Señor Jesucristo, no consentimos ni aprobamos las guerras, ni ninguna matanza, sea cual fuere su índole.

El relato de Gedeón pertenece a otra época y a otra dispensación, anterior e inferior a la del amor y la gracia en que nos hallamos actualmente.

Entrando en materia ahora, los que acudieron al llamado de Gedeón, como ya dijimos, fueron treinta y dos mil - muy pocos en comparación con los madianitas, amalecitas y orientales, que ya hemos visto que eran numerosísimos.

Sin embargo, ¡el Señor le dijo a Gedeón que sus treinta y dos mil eran demasiados! Que si Él les diese la victoria se jactarían, pensando que había sido por sus propias fuerzas.

Así, dispuso una criba doble. La primera parte consistió en pregonar que quien tuviera miedo se marchase, y como resultado, veintidós mil desertaron.

Esto bastaría en sí para desanimar a Gedeón y sus colaboradores inmediatos, aunque cabe la reflexión de que salir al combate con una tropa con tantos miedosos y pusilánimes, no les habría augurado nada bueno.

Quizá para el asombro de Gedeón, el Señor le hizo saber que ¡los diez mil que habían quedado todavía eran demasiados!

El relato no lo dice, pero uno se pregunta si Gedeón no se habrá tomado la cabeza, preguntándose para sus adentros: “¡En qué me he metido! ¿A dónde irá a parar todo esto?”

La segunda parte de la criba nos presenta un simbolismo sumamente instructivo y significativo.

Tenía que llevar a todos a beber a las aguas, y separar a los que se la llevaran con la mano a la boca, de los que se arrodillaran para beberla.

Aun cuando, evidentemente, también puede haber otras interpretaciones, la que se nos presenta con más claridad es la siguiente.

Beber agua es una necesidad natural y normal del ser humano, y en este caso lo vemos como representando el abrirse paso en la vida, ganándose el pan y cubriendo las necesidades que uno pueda tener.

Eso Dios lo reconoce y lo aprueba, pero a Él le interesa en sumo grado ver cómo lo hace cada uno. El doblar la rodilla para hacerlo, equivale a no tener escrúpulos de conciencia, doblegándose a lo que no es lícito, o a lo que involucra alguna trampa, mentira, suciedad o falta de honradez.

Como muchas veces hemos dicho, a cada ser humano Dios lo ha dotado de un par de rodillas, pero ellas no son para doblarse ante ningún ídolo, ni ante nada indigno o torcido, sino ante Él, el solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a Quien Él ha enviado.

Hoy día, en el mundo de los negocios, la industria, el comercio y el trabajo en general, son pocas las situaciones

en que no se le exige a uno que transija en temas o aspectos que no condicen con un cristianismo limpio y fiel.

Varias décadas ha, quien esto escribe tuvo que enfrentar situaciones semejantes, y le agradece al Señor que le haya hecho entender con toda claridad que no debía ceder ante nada que fuese de Su desagrado. También le dio la gracia necesaria para ser firme en ese sentido.

Aunque por lo menos en una oportunidad lo tuvo que hacer con el riesgo de perder el buen puesto de trabajo que tenía, por esa misma gracia divina pudo mantenerse en pie y no contemporizar.

No sólo eso, sino que el Señor se encargó de que saliese airoso, y que su postura firme no le acarrease a su empresa ninguna pérdida ni perjuicio económico, sino, por el contrario, pingües ganancias, y además, un buen beneficio publicitario.

También tiene presente que, de haberse doblegado para quedar bien con su jefe inmediato y los demás, habría quedado descalificado para el santo llamamiento que tenía por delante; o por lo menos, con una asignatura muy importante suspendida, valga la expresión, y pendiente de aprobación antes de que pudiera avanzar más.

La narración nos dice que nueve mil setecientos doblaron sus rodillas y fueron devueltos a sus respectivos puntos de origen.

Alguien miraría pensando: "Tantos que son fuertes y robustos, que podrían ser tan buenos guerreros... ¿y se tienen que marchar?"

Mas la respuesta de lo alto sería: "No me sirven; necesito hombres que no se dobleguen ni doblen sus rodillas ante lo que a Mí me ofende y desagrada. Que se vayan, que con estos trescientos que son tan distintos, me basto para vencer al enemigo y glorificar mi nombre."

No obstante todo eso, interpretamos que el Señor comprendía que, a esa altura, en semejante y casi increíble

situación de inferioridad numérica, Gedeón necesitaba ser animado otra vez, y asegurado de que todo saldría bien.

Bien podría uno imaginarse en el lugar suyo. Por cierto que tenía muchos indicios claros de que el Señor estaba con él, pero, por otra parte, el enfrentar un ejército numerosísimo con solamente tres centenas de soldados, humanamente hablando no dejaba de ser una locura descabellada.

Muy posiblemente fue esa la razón por la cual el Señor volvió a darle otra señal - y ésta iba a ser inequívoca, categórica y final.

La contamos porque es parte importante de toda la trama del apasionante relato.

Se le dijo que se levantase y bajase al campamento enemigo, que Él se lo entregaría en sus manos. Y si todavía tenía algún temor, que bajase secretamente con su criado Fura, y oiría lo que se hablaba y así cobraría más ánimo y fortaleza.

Al bajar y llegar a los puestos avanzados del enemigo, pudo ver la inmensa tropa extendida por todo el valle, como langostas en multitud, e innumerables camellos.

Pero en ese momento oyó una conversación de dos soldados de ellos. Uno le contaba al otro, que había soñado que un pan de cebada rodaba hasta el campamento de Madián, y llegó hasta la tienda y la golpeó de tal manera que cayó trastornada de arriba abajo.

El compañero no tardó en interpretarle el sueño: *“Esto no es otra cosa, sino la espada de Gedeón, hijo de Joás, varón de Israel. Dios ha entregado en sus manos a los madianitas con todo el campamento.”* (Jueces 7:14)

Ante una confirmación tan incuestionable, Gedeón primero adoró y en seguida volvió al campamento de los trescientos, e impregnado de la más absoluta confianza, exclamó:

“Levantaos, porque Jehová ha entregado el campamento de Madián en vuestras manos.” (7:15)

Antes de seguir, notemos su carácter humilde, exento del egocentrismo de otros, que, en lugar suyo dirían *“ha entregado el campamento de Madián en mis manos.”*

Trompetas, cántaros vacíos con teas ardiendo, y el grito de batalla y de triunfo.-

Lo que sigue es por cierto de lo más impresionante y emotivo que uno pueda concebir. Y no se trata de algo novelado o imaginario, sino de una jornada épica del más alto grado y totalmente verídica.

Gedeón ahora rebosa de seguridad y confianza. Sin ningún alarde, pues era evidentemente un hombre modesto y sencillo, actúa con sabiduría y aplomo, repartiendo los trescientos hombres de su minúsculo ejército en tres escuadrones.

A cada uno de ellos le entrega una trompeta, y un cántaro vacío con una tea ardiendo dentro del mismo.

Con serenidad y dominio de la situación, les da directivas claras y precisas.

“Miradme a mí, y haced como hago yo; he aquí que cuando yo llegue al extremo del campamento, haréis vosotros como hago yo.”

“Yo tocaré la trompeta, y todos los que estarán conmigo; y vosotros tocaréis entonces las trompetas alrededor de todo el campamento, y diréis: Por Jehová y por Gedeón.” (7:17-18)

Antes de comentar la forma en que se ejecutó todo esto, debemos señalar el punto de tiempo, expreso y preciso en que irrumpió en el escenario.

“...al principio de la guardia de la medianoche, cuando acababan de renovar los centinelas.” (7:19)

¡Qué sabiduría perfecta le dio el Señor para elegir el momento exacto!

El autor guarda muchos recuerdos del servicio militar, que cumplió de Octubre de 1947 a Agosto de 1948 como zapador montado, en la entonces Escuela de Ingenieros,

cerca de la ciudad de Concepción del Uruguay, en la provincia de Entre Ríos, República Argentina.

Uno de esos recuerdos es el del servicio de guardia nocturno que cumplió una vez, apostado en un puesto situado en un lugar oscuro, en un punto distante que podría servir de acceso al campamento y al cuartel.

Una vez tomado el relevo, el sargento se marchó con los demás soldados de guardia, quedando él a solas, en un punto desconocido y en total oscuridad.

Bien lo dice la canción:

“¡Qué rumor, tan sutil! En la noche todo adquiere voz;

El misterio surge de la sombra, y sus alas mueve en derredor.”

El sonido de unas hojas secas arrastradas por el viento, se podía fácilmente pensar que era un enemigo intruso que avanzaba agazapado; o las ramas de los arbustos, mecidas por el suave viento que soplaba, podían crear la misma impresión.

A los pocos minutos pudo habituarse a la situación y cobrar confianza, pero esos momentos iniciales fueron muy difíciles.

Vemos, pues, a Gedeón, dirigido por el Señor, actuando como un eximio estratega que elige el momento más favorable, cuando los centinelas recién llegados se encontraban en esos momentos críticos

La consigna que dio a sus soldados no fue de empuñar sus espadas, ni alistar las lanzas. Giraba en torno a algo muy distinto: se trataba de tocar primeramente las trompetas, sosteniéndolas con la mano derecha, mientras que, habiendo quebrado los cántaros, con la izquierda debían tener en alto las teas encendidas.

Visualicemos ese escenario tan particular e impresionante. El silencio de la noche, quebrado repentinamente por la estridencia electrizante de trescientas y una trompetas, tocadas a todo pulmón; la oscuridad casi

total, inundada por la luz de otras tantas teas que rodeaban a todo el campamento; y de inmediato, trescientas y una voces dando un grito, a toda garganta, pulmón y corazón :

¡Por la espada de Jehová y de Gedeón!

Y además, en todo esto la fuerza poderosísima del Santo Espíritu de Dios, que había descendido sobre Gedeón, y fluido a través de él a sus trescientos valientes.

En esa posición estuvieron firmes, cada uno en su puesto, en derredor del campamento.

Cuando en el servicio militar, a las cinco de la mañana se oía el toque de diana, reforzado por el silbato del sargento de turno, y el grito **“arriba todo el mundo”**, era suficiente para hacerlo estremecerse a uno, por un despertar tan brusco del profundo sueño en que se encontraba.

¡Cuánto más lo que acabamos de describir, lo debe haber afectado a ese ejército numerosísimo, que también estaba sumido en un profundo sueño!

Se nos dice que sólo atinaron a correr, dando gritos de pavor y huyendo totalmente confusos; además, leemos que Jehová puso la espada de cada uno contra su compañero en todo el campamento, lo que provocó una debacle total.

De ese gran ejército sólo un porcentaje muy reducido logró escapar, bajo las órdenes de dos reyes de Madián, de nombre Zeba y Zalmuna. Los demás, en número de unos ciento veinte mil, habían muerto a espada, la mayoría en esa noche memorable e inolvidable que acabamos de describir.

Sin embargo, cual guerrero tenaz y persistente, Gedeón no se dio por plenamente satisfecho con esa victoria, con todo lo portentosa que había sido. En cambio, decidió perseguir a los prófugos con la consigna de que no quedase ni uno de ellos.

Al enterarse de la gran victoria, un buen número de israelitas de las tribus de Neftalí, Aser, y sobre todo de Manasés, se lanzaron en persecución de los que huían.

Por su parte, Gedeón se apresuró a enviar mensajeros a

Efraín, diciéndoles que fueran prontamente a cortar la retirada de los que habían escapado, lo cual hicieron exitosamente, capturando y matando a dos príncipes de los madianitas:- Oreb y Zeeb.

No obstante, esto no impidió que de los enemigos, unos quince mil consiguieran huir a su propio territorio.

Como tantas veces sucede en casos como éste, los hombres de Efraín reconvinieron fuertemente a Gedeón por no llamarlos antes para la guerra.

¡Ellos también querían compartir la gloria de vencer en la batalla!

En su respuesta fue muy sabio. No les dijo que había procedido según las expresas instrucciones del Señor, sabiendo que eso ellos no lo habrían comprendido y no les caería bien.

En cambio, dando otra muestra de su humildad, les contestó:

“¿Qué he hecho yo comparado con vosotros? ¿No es el rebusco de Efraín mejor que la vendimia de Abiezer?” - (8:2) - con lo cual le adscribía mayor importancia a lo que habían hecho ellos, que a la gran victoria lograda por él esa noche en Abiezer, que era su tierra natal.

Como tan acertadamente se nos dice en Proverbios 15:1, *“La blanda respuesta quita la ira”* y ésta de Gedeón tuvo esa virtud de aplacar el enojo que tenían contra él.

A continuación, cruzó el Jordán con sus trescientos hombres, *“cansados, mas todavía persiguiendo.”*

¡Qué espíritu firme y persistente!

Toda esa noche sin dormir y una marcha a todo tren hasta cruzar el Jordán - bastaría para que sus cuerpos les pidieran a gritos un descanso reparador.

Sin embargo, nada de eso; tanto él, como los trescientos que le acompañaban, hacían gala de una entereza y tenacidad realmente encomiables. ¡Por algo el Señor los había elegido y capacitado!

En el resto de su marcha ocurrieron varias cosas más de

interés, que lo seguían revelando como guerrero implacable.

Con todo, para no ser demasiado extensos, pasamos al punto final de la batalla en Carcor, localidad en que los dos reyes citados - Zeba y Zalmuna - estaban acampados con los quince mil que habían quedado.

Seguramente pensando que, por la gran distancia, ahora se encontraban a salvo, no estaban en guardia. Ni lerdo ni perezoso, Gedeón atacó el campamento con sus trescientos valientes.

Los dos reyes se dieron a la fuga, pero - otra vez como guerrero implacable que era - los siguió y "...prendió a los dos reyes de Madián, Zeba y Zalmuna, y llenó de espanto a todo el ejército." (8:12)

Ese resto del gran ejército había huido despavorido, con el pánico que la noche anterior les había provocado ese titán formidable, con sus trescientos bizarros guerreros. Después de andar tantos kilómetros creían que estarían a buen resguardo, cuando, ¡para su asombro y terror, lo ven irrumpir en el escenario otra vez, para acabar con todos ellos!

Esto nos hace reflexionar sobre la forma maravillosa en que el Señor puede transformar una vida, revistiéndola del poder, la sabiduría y la gracia de lo alto por el Espíritu Santo.

El modesto hijo menor de una familia pobre, se convierte en un titán colosal, que libera a Israel del pesado yugo en que se encontraba, venciendo en una batalla famosa y única, que queda en los anales de las Escrituras como una página dorada y verdaderamente apasionante.

No obstante, más que la batalla en sí, muy sangrienta a todo lo largo de su curso, lo que buscamos es derivar el simbolismo aplicable a la vida espiritual.

Según puntualizamos anteriormente, Jesús dijo en Mateo 15:13 que toda planta que no plantó Su Padre celestial será desarraigada.

Gedeón - el derribador de árboles - nos muestra muy a las claras con su ejemplo tan llamativo e inspirador, la forma inflexible e implacable en que debemos derribar y desarraigar cuantas plantas y árboles haya en nuestra vida, que no han sido plantados por el Padre celestial - léase el pecado en sus múltiples manifestaciones, tales como la lujuria, los deseos mundanos, la mentira, la trampa y el engaño, la avaricia, el egocentrismo, la arrogancia, el evanescimiento, y un largo etcétera.

No nos conformemos con quitar meramente a los más gruesos y graves; en cambio, sigamos y persistamos en la justa noble y santa, con la mira de no dejar a ninguno en pie, tal como lo hizo este gigante Gedeón.

No olvidemos tampoco lo de los cántaros:- tenían en su interior las teas ardiendo, pero debían ser cántaros vacíos.

La narración incluye varios hechos posteriores, dos de los cuales son dignos de considerarse.

El primero de ellos es favorable y a la vez aleccionador.

Vista la forma maravillosa en que él había liberado a Israel, le pidieron que fuese señor sobre ellos, y después de él su hijo y su nieto.

Su respuesta fue categórica:

"No seré señor sobre vosotros, ni mi hijo os señoreará; Jehová señoreará sobre vosotros." (8:23)

Aquí puso en evidencia otra vez su espíritu noble, que no buscaba la preeminencia ni el ponerse por encima de los demás. Lo que él veía con claridad, era que ese lugar sólo lo debía y podía ocupar el Señor.

El segundo punto consiste en dos cosas desfavorables, pero que también merecen unos párrafos, por poner de manifiesto una clara advertencia.

Les pidió que le dieran de los zarcillos de oro que habían tomado del enemigo como botín. Accedieron de buena gana, y con ellos hizo un efod en Ofra, donde él vivía "...y todo Israel se prostituyó tras de ese efod en aquel lugar; y fue

tropezadero a Gedeón y a su casa.” (8:27)

Además, tuvo muchas mujeres y también una concubina. (8:30-31)

Si bien en aquellos tiempos se consentía la poligamia, casi siempre vemos, a lo largo de la historia, que acarrea situaciones desagradables y serios problemas.

En el caso suyo también fue así, como queda consignado en el relato ulterior, que se encuentra en el capítulo nueve.

Cabe, pues, redondear en cuanto a esto, que en estas dos cosas – la avaricia y las mujeres (en plural, no en singular) muchos siervos de Dios han encontrado dos enemigos declarados, que, tristemente, en no pocos casos les han causado terribles estragos en sus vidas.

Que esto sirva para que todos tomemos debida nota, y estemos bien apercebidos y vigilantes, de modo que nada de eso nos acontezca.

No obstante estos dos fallos de Gedeón, su figura ilustre y destacadísima queda en pie como el sencillo y humilde hijo menor de una familia pobre, al cual el Señor lo llamó para convertirlo en un luchador formidable y ejemplar, que pasó a ocupar un lugar importante en la historia de Israel, y a engrosar las filas de los grandes héroes de antaño.

6

Dos Jotas de gran valía.

En este capítulo deseamos contribuir en algo a que cobren notoriedad dos personajes bíblicos muy dignos, pero de los cuales, en general, se sabe y se habla muy poco.

Los hemos denominado Jotas en el título, pues los nombres de ambos, como los de tantos otros personajes de las Escrituras - buenos y malos - comienzan con jota.

Los dos a que nos referimos son Jefté y Jotam.

Jefté.-

Otra vez, los imprevisibles designios del Señor nos conducen por sendas inesperadas.

El pueblo de Israel, que seguía padeciendo de idolatría y desobediencia crónicas, está ahora, unos buenos años después de la muerte de Gedeón, siendo atacado por uno de sus muchos enemigos, los hijos de Amón.

Hacía falta un varón aguerrido y valiente que los liderase.

¿Quién había de ser?

En la sabiduría divina, nada menos que el que uno se apresuraría a descartar de plano, por tratarse del hijo de una ramera - Jefté, cuyo nombre significa *Él abrirá*.

En concordancia con su nombre, Dios iba a abrir a través de él, una puerta grande de liberación para Su pueblo.

Tal como lo consigna el relato, su padre Galaad había tenido varios hijos por su propia mujer, los cuales aborrecieron a Jefé por ser hijo de una prostituta, y lo echaron fuera, no queriendo que heredase juntamente con ellos en la casa de su padre.

Pasados unos años, al estar fuertemente oprimidos por los amonitas, Israel clamó al Señor, quitando de entre sí los dioses ajenos y sirviendo a Jehová.

En Jueces 10:16 tenemos otra nueva constancia de la incansable y maravillosa misericordia del Señor para con Su pueblo, que seguía siendo obstinadamente rebelde e idólatra.

“Y quitaron de entre sí los dioses ajenos, y sirvieron a Jehová; y él fue angustiado a causa de la aflicción de Israel.”

Al venir contra ellos los amonitas y tomar posición de batalla, acampando en tierra de Galaad, situada al este del Jordán, los israelitas se juntaron y establecieron la suya en Mizpa.

Fue entonces que tomaron conciencia de la necesidad de un jefe que los liderara en la lucha que se avecinaba.

La Escritura nos dice escuetamente que *“Jefé galaadita era esforzado y valeroso”* (11:1)

De alguna manera, los galaaditas sabían que había en él algo especial, que lo hacía el hombre ideal para encabezarlos en esa guerra contra Amón que estaba a punto de estallar.

Mandaron pues a buscarlo a la tierra de Tob, adonde se había ido al ser echado por sus hermanos.

En un principio se mostró reacio, pero al insistir ellos y hacerle la promesa de que sería reconocido como caudillo y jefe de Galaad, finalmente aceptó, y fue a Mizpa donde estaba reunido Israel y se hizo cargo de la situación.

La primera medida que adoptó fue la de enviar un

mensaje al rey de los amonitas. Textualmente, en el mismo le decía:

“¿Qué tienes tú conmigo que has venido a mí para hacer guerra contra mi tierra.” (11:12)

En su respuesta, el rey de Amón le manifestó que, al subir de Egipto, Israel les había desposeído a los amonitas de gran parte de su tierra desde Arnón hasta Jaboc y el Jordán, y reclamaba que se la devolviesen en paz.

Jefté contestó haciendo gala de un conocimiento preciso de la historia, y de cómo habían acontecido las cosas. Israel buscaba pasar pacíficamente en su marcha hacia la tierra prometida, pero el rey Sehón de los amorreos le negó el paso y salió a luchar contra Israel, que lo venció y tomó todas esas tierras.

Esto había sucedido unos trescientos años antes, y con mucha razón le preguntaba por qué no habían procurado recobrar esas tierras durante todo ese tiempo, y recién ahora, tres siglos más tarde, venían a reclamarlas.

Este conocimiento tan exacto de la historia lo había recibido por vía oral, pero también de la constancia de las Escrituras con que se contaba en aquel entonces.

El rey de los amonitas no quiso entender esas razones, tan correctas y lógicas, y así bien pronto se entabló la batalla.

El Espíritu del Señor vino sobre Jefté, y él avanzó desde su lugar hasta donde se encontraba el enemigo.

En el trayecto hizo un voto a Jehová:

“Si entregares a los amonitas en mis manos, cualquiera que saliere de las puertas de mi casa a recibirme, cuando regrese victorioso de los amonitas, será de Jehová y lo ofreceré en holocausto.” (Jueces 11:30-31)

El Señor respondió a ese voto, entregando en su mano a los amonitas, a quienes derrotó con grande estrago en una vasta región, de modo que quedaron sometidos a Israel.

Al volver a su casa en Mizpa, le salió al encuentro su hija

con panderos y danzas, celebrando la gran victoria de su padre.

Al verla se le partió el corazón, pues era su hija única y muy querida, y sabía muy bien que no podía retractarse del voto que había hecho.

Le permitió que fuera por los bosques con sus compañeras por dos meses para llorar su virginidad, después de lo cual, con gran dolor para su alma, cumplió su voto sacrificándola en holocausto.

Se ha argumentado que su voto fue muy imprudente y desacertado, y además, que fue hecho estando ya en vigencia la ley de Moisés, que en el sexto mandamiento del decálogo establece terminantemente *"No matarás."*

No pretendemos refutar estos dos argumentos, que no dejan de tener una buena base, pero, en cambio, visualizamos el caso desde otra perspectiva - la del corazón de Jefté.

En el primer capítulo de Levítico se detallan algunas de las distintas ofrendas que se podían ofrecer al Señor. Podían ser de ganado vacuno u ovejuno, o bien de las cabras; y como otra posibilidad, podían ser de aves, ya sea tórtolas o palominos.

Ignoramos si Jefté contaba con hacienda y rebaños para ofrecer ya sea un becerro, una oveja o cabra. Mas vemos en el sacrificio que él presentó, la ofrenda tierna y muy amada de su preciosa tórtola, la hija única que tenía.

Ese sacrificio tan costoso, su valentía en enfrentar con todo desnudo a los enemigos de su pueblo, y su firmeza en cumplir su voto y no volverse atrás, a pesar del inmenso dolor que le supuso - todo eso lo coloca en un lugar muy digno.

Al mismo tiempo, que nos se nos pase por alto que en semejante sacrificio, de alguna manera anduvo en las pisadas de nuestro gran padre Abraham

Y todavía más: lo que hizo fue un reflejo, pálido e

imperfecto, pero sin embargo muy digno, del gran sacrificio del Padre Eterno, al ofrendar el Hijo de Su amor en el Calvario.

La entrega total a la causa de Dios y la virtud de ser una persona fiel a su palabra, que *“aun jurando en daño suyo, no por eso cambia,”* (Salmo 15:4b) son dos cualidades básicas que todo hijo de Dios debe ostentar y cultivar.

Alabemos y agradezcamos al Señor por la vida de este varón Jefe, tan poco conocido por la mayoría, pero digno del mayor encomio.

Jotam.-

Cronológicamente, nos ubicamos ahora unos buenos siglos más tarde.

Israel ya estaba dividido en dos reinos: el del Norte, y el del Sur, con asiento este último en Jerusalén como capital.

Jotam fue uno de los muy pocos buenos reyes de Judá, y no deja de ser una lástima que de él, en general, tan poco se sepa y se hable.

Su nombre significa Jehová es perfecto, algo que tenemos que entender, quizá con mayor amplitud de lo que es normal y corriente.

Como Dios Supremo y Sapiéntísimo que es, cuanto hace y permite en nuestras vidas es para nuestro bien; no el de ser más prósperos, o estar siempre cómodos y satisfechos, sino el de asemejarnos más a Su Hijo Amado, ya que éste es el fin primordial para el cual hemos sido creados, según venimos acotando repetidamente.

No debemos pretender incluir entre lo que Él permite, el pecado o la desobediencia en que se pueda o se quiera incurrir, aun cuando si somos hijos Suyos de verdad, Él actuará en esos casos con el propósito de disciplinarnos, escarmentarnos y humillarnos, lo cual, a la postre, traerá un progreso hacia ese fin de ser hechos conforme a Su imagen.

Quizá haya influido en buen grado para bien de Jotam el trágico fin de su padre Uzías, también llamado Azarías, que reinó en Judá antes que él por cincuenta y dos años.

Después de unos buenos años de un reinado feliz, en el que alcanzó mucho éxito y fama, *“se enaltecio para su ruina.”* (2ª. Crónicas 26:16)

Sabiendo muy bien que, por disposición divina, sólo los sacerdotes de la tribu de Leví podían ofrecer incienso en el santuario, entró atrevida y obstinadamente para hacerlo por su propia cuenta.

El principal sacerdote Azarías, y otros ochenta sacerdotes fieles que lo acompañaban en seguida lo increparon, diciéndole que no le correspondía a él hacer semejante cosa, y que lo que estaba haciendo no redundaría en nada para su bien.

Lleno de ira, insistió en hacerlo, y en ese momento le brotó la lepra en su frente y tuvo que salir del templo apresuradamente.

El resto de su vida habitó leproso en una casa apartada, quedando excluido de la casa de Jehová y pasando a reinar su hijo Jotam como príncipe regente.

Creemos que el trágico fin de su padre tiene que haber influenciado fuertemente a Jotam, y, según se nos indica en 2ª. Crónicas 27:6, él *“preparó sus caminos delante de Jehová su Dios.”*

Eso sin lugar a dudas lo dispuso para el bien, así como inversamente un monarca antepasado suyo, Roboam, hijo de Salomón, se inclinó hacia el mal, por no disponer su corazón para buscar al Señor. (2ª. Crónicas 12:14)

Preparar nuestros caminos delante de Jehová nuestro Dios.-

¡Qué postulado fundamental, y qué camino acertado para quien desee que su vida espiritual transite por sendas de paz, bendición y vida!

Lamentablemente, no son muchos los que lo ponen en práctica de forma cabal.

En estos tiempos del avance vertiginoso de la tecnología, a menudo se recurre para la preparación con miras al ministerio, a los medios que provee la informática, que son de los más diversos matices.

No hemos de ser demasiado estrechos, desdeñando el buen caudal de conocimientos que se puede obtener de esa forma, siempre y cuando se tenga el discernimiento necesario para escoger solamente lo que concuerda con los parámetros básicos de las Escrituras.

Sin embargo, a la hora de la verdad, lo que más le dará a uno solidez y consistencia en el terreno a que nos estamos refiriendo, es la preparación asidua y perseverante ante el Dios eterno, única fuente auténtica de las virtudes y cualidades que pueden dar peso y sustancia a nuestra vida.

Huelga decir que este camino – el de derramar el alma a diario y en profundidad ante el Trono de la gracia – es el que anduvieron los primeros discípulos y apóstoles, y todos los verdaderos héroes espirituales de la historia, tanto anteriores como posteriores.

Es un camino arduo y laborioso, que va contra la corriente del activismo febril de esta época, que deja muy poco tiempo y energías para ésa, que no vacilamos en calificar como la labor más importante de todas, para quien quiera que su vida y servicio para el Señor descansen sobre bases firmes y sólidas.

No prepares tus caminos, querido lector, delante del televisor, ni del ordenador, ni de ninguna otra cisterna rota; hazlo en cambio delante del Eterno Dios, verdadera fuente de agua viva. (Jeremías 2:13)

El reinado de Jotam, si bien no famoso, fue muy exitoso, como consecuencia natural de la sabia preparación de sus caminos porque había optado.

Se nos dice que edificó mucho y bien, empezando por la

puerta mayor de la casa de Jehová, lo cual debe conceptuarse siempre como algo principal y prioritario.

También edificó sobre el muro de la fortaleza, y además, ciudades de las montañas, y fortalezas y torres en los bosques.

Desde la perspectiva espiritual, esto nos habla de levantar torres y fortalezas de contención y defensa contra los embates del mal que nos asedia por todas partes.

Hemos de llenarnos del bien, de la verdad, del amor, y de toda otra virtud y cualidad, que nos sirvan de murallas y baluartes. Contra los mismos, por la gracia divina, nada podrán las fuerzas de las tinieblas.

Jotam fue también un poderoso luchador en el campo de batalla. Tuvo que afrontar un buen número de guerras, en las cuales fue fortalecido y salió airoso, también precisamente por haber preparado sus caminos ante su Dios.

Contra los amonitas, enemigos acérrimos de su pueblo, luchó y venció, poniéndolos bajo tributo de plata, trigo y cebada.

Cuando, fortalecidos por el Señor, enfrentamos con éxito pruebas y guerras que se ciernen sobre nosotros, salimos aprobados, enriquecidos y capacitados para nutrir y enriquecer a otros.

Los versículos 7 y 8 del breve capítulo 27 de 2ª Crónicas, en que se consigna su reinado, nos dan dos puntos significativos que no debemos pasar por alto.

Ambos versículos se repiten, casi como un refrán, en muchas ocasiones, ya sea al principio o al fin de la crónica de un buen número de reinados, sobre todo de Judá.

“Los demás hechos de Jotam, y todas sus guerras y caminos, he aquí están escritos en el libro de los reyes de Israel y de Judá.” (2ª Crónicas 27:7)

Esto nos hace pensar en Daniel 7:10b, donde dice: *“...el Juez se sentó y los libros fueron abiertos.”*

Los realmente renacidos por el Espíritu no tendremos que enfrentar el gran trono blanco de Apocalipsis 20:11-15. En cambio, tendremos que comparecer sin duda ante el Tribunal de Cristo, para dar cuenta de los que hemos hecho durante toda nuestra peregrinación terrenal.

Esto es algo sobre lo cual debemos reflexionar con mucha seriedad. Cada mirada, cada palabra, cada acción, y aun cada motivación y cada pensamiento, están siendo consignados por un ángel escribiente, quedando como constancia a ser presentada ante ese tribunal. (#)

Esto no puede sino infundirnos un sano temor y temblor, a la vez que impulsarnos a guardarnos celosamente en cuanto decimos, pensamos o hacemos, para no desagradar al Señor ni contrariar Su voluntad en nada.

Arrepintámonos de cuanta cosa grosera, de mal gusto o fuera de lugar que hayamos hecho, y vivamos de hoy en adelante en sabia prudencia, cordura y plena obediencia.

“Cuando comenzó a reinar era de veinticinco años, y dieciséis años reinó en Jerusalén.” (2ª. Crónicas 27:8)

Éste es el segundo punto, también brotado de lo que se repite a menudo, como ya hemos dicho.

Jotam, por ser de linaje real, desde su nacimiento ya estaba destinado a reinar, al igual que sus antecesores y sucesores. Empero, si bien se desempeñó como príncipe regente en los últimos años de la vida de su padre Uzías, no comenzó a reinar hasta alcanzar la edad de veinticinco años.

Lo que puntualizamos aquí es figurativo o simbólico; no obstante, representa una verdad muy práctica de la vida cristiana.

Sabemos que los verdaderamente renacidos, por gracia disfrutamos de un linaje real derivado del Rey de reyes. Ese

(#) No podemos aseverar que las cosas se desenvuelvan al pie de la letra de esta manera. Con todo, la verdad de que todo cuanto vivamos y hagamos aquí en la tierra como hijos de Dios, habrá de ser juzgado, ya sea para castigo o para galardón, debe quedar firmemente establecida en nuestra mente y conciencia.

linaje nos constituye en reyes para nuestro Dios, según Apocalipsis 1:5-6 y 5:9-10.

No debemos visualizar esto en un sentido futurista solamente, relacionándolo meramente con el siglo venidero. En el mismo, desde luego que alcanzará su cumplimiento pleno; no obstante, en Romanos 5:17 Pablo nos habla de un reinar en vida.

“Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia.”

Este reinar en vida no significa, desde luego, que estemos cómodamente sentados en un trono de marfil, con reposabrazos cubiertos de terciopelo, pulsando un botón para que la servidumbre acuda y satisfaga nuestros deseos y necesidades.

Se trata, en cambio, de algo muy distinto y que resulta eminentemente práctico.

Veamos: a menos que un hijo de Dios esté bien arraigado en Cristo, andando en el Espíritu a diario, se observará que en su vida habrá lagunas y fallos, ligeros algunos, apreciables y gruesos otros.

Así las cosas, sin querer ser condenatorios, sino en aras de estricta verdad, podemos afirmar que no está reinando en vida, sino que esos fallos y lagunas, sobre todo cuando se manifiestan como una constante, están reinando sobre él.

De esta forma, en las vidas de algunos reina el desorden; en otros, la impuntualidad como algo crónico; en otros, el temor o la incredulidad y la duda, o la depresión, o la tibieza, o la falta de compromiso, la insumisión, el amor indebido a cosas que nos enajenan y separan del Señor, y un sinnúmero de cosas semejantes.

Todo esto encaja bajo el común denominador de pecado, y cuando sucede en forma habitual, nos esclaviza, según el mismo Señor Jesús lo señaló en Juan 8:34.

Felizmente, tanto el Señor en el contexto de ese versículo,

como Pablo en el que hemos citado de Romanos 5:17, nos presentan una opción mucho mejor, y que es la de que seamos emancipados de esa esclavitud y se inviertan los papeles, pasando nosotros a reinar en nuestra vida sobre todas esas cosas negativas que hemos enumerado, o cualquier otra semejante.

La provisión divina para ese fin es doble, a saber:

- a) Pasamos a recibir el don de justicia, y ser depositarios agraciados del mismo. Simbólicamente hablando, esto representa el despojarnos de nuestros vestidos harapientos y pecaminosos, que fueron cargados sobre Él en el Calvario, para revestirnos, en cambio, de la justicia de Dios. (Ver 2ª. Corintios 5:21)

Estas palabras - *“la justicia de Dios”* - deben comprenderse en toda su amplitud. No se trata de la justicia de un juez, jurado o tribunal humano, sino de la de Dios mismo. Al ser Él el Juez Supremo, sapientísimo y total y absolutamente justo, esa justicia Suya es inapelable, y a la vez irreprochable.

- b) Pero además de esto, que en el argot teológico evangélico se suele denominar justicia imputada, tenemos el complemento indispensable de *“recibir la abundancia de la gracia,”* lo cual resulta en que disfrutemos de *justicia impartida, o bien, comunicada.*

¿Cómo funciona esto?

Romanos 6:14 nos da una clara respuesta:

“Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.”

La ley nos hace saber lo que debemos ser, lo que debemos hacer, y lo que no debemos ser ni hacer, pero nos deja librados a nuestros propios recursos y fuerzas para lograrlo.

En lugar de ello, la gracia va mucho más allá, en

que nos capacita para ser y hacer lo que la ley nos exige, y para no ser ni hacer lo que condena.

"...para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu." (Romanos 8:4)

No queremos que esto se convierta en una mera disquisición teológica, sino que resulte algo de limpia y clara relevancia práctica en la vida del lector que se encuentra necesitado en este terreno.

Para ello, le exhortamos a que, con ánimo resuelto, fe y firme convicción, eche mano de la provisión divina.

Reconozca que en esta dispensación del Nuevo Testamento el Señor no lo trata con el dedo condenatorio de la ley. Feliz y maravillosamente, lo hace con la efusión de Su gracia soberana, que, por cierto, no es magra ni mezquina, sino viva y abundante.

Gracia para que todas esas cosas tan feas y contradictorias ya no se enseñoreen en tu vida, sino que, por el contrario, tú reines sobre ellas.

Una gracia que se recibe por fe, y de la cual se sigue echando mano a diario; y una gracia que, también a diario, debe ir acompañada de un andar en el Espíritu, escogiendo en todo tiempo lo provechoso, limpio y edificante, y desechando lo carnal, egoísta, improductivo e indigno de un verdadero hijo de Dios.

Acércate con tesón y persistencia al Trono de la Gracia, persevera hasta que en tu vida comiences a reinar en vida sobre todos los enemigos de tu alma. Cualquiera que sea tu edad, ya es hora de que empieces a reinar, que para eso Él, que es el Rey de reyes, te ha llamado y derramado Su sangre real – para conferirte Su bendita realeza.

Así llegamos al final de este capítulo, en el que rendimos

tributo a las dos jotas de gran valía, que por cierto se merecen más notoriedad y aprecio de los que habitualmente suelen recibir.

7

Elías Tisbita, el gran profeta.-

No nos proponemos ocuparnos a fondo de la vida, carácter y trayectoria de este singular y distinguidísimo personaje, sino desgranar y comentar aspectos destacados de la narración bíblica, de los cuales se deriva un rico caudal de enseñanza e inspiración.

Aquí tenemos al Dios y Señor de los imprevistos, ¡otra vez haciendo de las Suyas!

Un desconocido, de cuya trayectoria previa nada se sabe, irrumpe de pronto en la escena, y pasa a ser el siervo encumbrado y vocero de Dios en los tiempos del malvado rey Acab, y de la fiera de mujer que era su esposa Jezabel

En las cortes reales de Samaria se presenta este desconocido, veloso y de aspecto extraño, que afirma ser profeta, y pide entrevistarse con el monarca con mucha urgencia.

Procede de la tierra de Galaad, allende el Río Jordán, pero al pedirle las credenciales de la escuela de profetas a la cual pertenece, contesta con un rotundo no, aseverando que no es de los aprendices, sino uno auténtico y de verdad.

Ante su persistente insistencia, por fin el rey le concede audiencia, y dejando de lado todo preámbulo o ceremonial, afirma con el énfasis más solemne:

“Vive Jehová, Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no

habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra.” (1ª Reyes 17:1).

¿Cómo? ¿Qué no va a llover hasta que tú des la orden?

El rey Acab está a punto de agregar la pregunta: ¿Dime, de qué manicomio te has escapado?

No obstante, hay un algo en los acentos de esa voz, sobre todo en las palabras “Vive Jehová, Dios de Israel, en cuya presencia estoy”, que le infunde un extraño temor y le turba sobremanera.

Antes de que tenga tiempo de reaccionar y contestar, el extraño visitante se retira.

Al comenzar a cumplirse lo que ha predicho, el rey busca por todos los medios encontrarse o comunicarse con él, pero por tres años y medio – largos, secos y polvorientos – no ha de volver a ver su rostro.

Entre tanto, el Altísimo ya ha tomado prontas providencias para que Su siervo no padezca hambre ni sed. Le manda que se aparte de ese lugar y vaya al oriente, y se esconda junto al arroyo de Querit, situado frente al Jordán.

“Beberás del arroyo; y yo he mandado a los cuervos que te den allí de comer.” (17:4)

Como un milagro especial para su distinguido siervo, el Señor cambia el carácter de esos pajarracos, que normalmente sólo saben pensar en alimentarse a sí mismos con cuanta comida encuentren.

En lugar de ello, les hace ocuparse con solicitud del ilustre personaje que ha llegado a ese paraje tan solitario.

Con rigurosa puntualidad, se encargan de que tanto a la mañana como a la tarde, no le falte pan ni carne, y las aguas del arroyo, que todavía está fluyendo, le permiten saciarse la sed.

Usando en algo la imaginación, podemos visualizar la forma puntual en que los cuervos cumplen el mandato divino, y cómo disfrutarían de hacer esa tarea que antes les era desconocida.

Después de dejarle el pan y la carne, se ubicarían en un árbol cercano para mirar con curiosidad, y un sano deleite, cómo el velloso profeta se alimentaba de la comida que le habían traído. ¡Todo un cuadro pintoresco y risueño!

Pero a poco, los efectos de la sequía se empiezan a sentir y el arroyo se seca. No puede, pues, continuar en ese lugar, so pena de morirse de sed, y recibe una nueva directiva de lo alto, instándolo a emprender un largo viaje, esta vez hacia el Noroeste, a Sarepta de Sidón.

"...he aquí yo he dado orden allí a una mujer viuda que te sustente." (17:9)

Interrumpimos el relato para acotar que muchas veces es así. La fuente de provisión y sustento que ha servido para el bien de un siervo del Señor por un tiempo, por una causa u otra se seca y se agota. Pero eso no toma a Dios de sorpresa, sino que, haciendo gala de Su maravillosa providencia, prevé una o varias nuevas fuentes, tan adecuadas y satisfactorias como la anterior, y no pocas veces, mejores aun.

Al mismo tiempo, esto sirve para evitar que el siervo deposite insensiblemente su fe en esa fuente anterior, y no en el Señor que se la ha procurado.

Es muy de tenerse en cuenta que en Su breve predicación en la sinagoga de Nazaret reseñada en Lucas 4, Jesús se refirió a esta viuda, diciendo:

"Y en verdad os digo que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses y hubo una gran hambre en toda la tierra; pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón."
(Lucas 4:25-26)

Esto da a entender con claridad que el Señor veía algo muy digno y especial en esta querida viuda. También cabe señalar que seguramente en Su sabia presciencia Él sabía que su hijo único se iba a enfermar de muerte, y estaba en Su corazón misericordioso que fuese resucitado, para el gran consuelo y beneplácito de ella.

Notemos también, de paso, que esta resurrección y las dos que acontecieron por mediación de Eliseo – una estando él en vida, y otra indirectamente, no mucho después de su muerte – son las únicas tres que se consignan en el Antiguo Testamento.

Los efectos de la sequía también estaban afectando seriamente a esta nueva región a que acaba de llegar. Allí se encuentra con la viuda de la cual el Señor le había hablado, y sintiendo una gran sed le pide que le traiga un vaso de agua.

Cuando se encaminaba para buscarlo, la llama para hacerle otro pedido:

“Te ruego que me traigas también un bocado de pan en tu mano.” (17:11b)

La respuesta de la viuda echa de ver el estado crítico a que se había llegado por la terrible sequía: no tenía nada de pan cocido, y sólo le quedaba un puñado de harina y un poco de aceite. Estaba por recoger unos leños para cocinarlo para ella y su hijo, y una vez que lo hubieran comido, no veía otra cosa que una muerte de hambre segura, tanto para ella como para su hijo.

Lo que le dijo entonces Elías, a primera vista puede parecer muy egoísta y hasta cruel: que fuese a hacer como había dicho, pero que primero le trajese a él de comer.

¿Qué te dé a ti lo último que me queda para mi hijo y para mí? - podría haberle preguntado, con tono de extrañeza y enfado; pero resulta que a ese pedido tan osado que le había hecho, Elías añadió la siguiente promesa:

“...después harás para ti y para tu hijo. Porque Jehová Dios de Israel ha dicho así: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la faz de la tierra.” (17:13-14)

¡Qué bendición y qué bienaventuranza, poder dar y recibir semejante promesa de la provisión divina, fiel y adecuada, en tiempos de hambre y sequía tan extremas!

Con todo, no debemos omitir el comentar un principio muy importante, que podríamos definir brevemente así: para lograr una plenitud o llenura, debemos primero crearle al Señor un vacío en nosotros mismos.

De nada habría servido que la viuda se aferrase a lo muy poquito que le quedaba “por si la promesa fallase.” Tenía que soltar todo lo que tenía, quedando totalmente exenta de todo recurso propio, para así poder pasar a disfrutar de los recursos ilimitados del Señor.

Tal lo que tuvieron que hacer los discípulos con los únicos cinco panes y dos peces con que contaban (Mateo 14:17-18); tal lo que hemos tenido que hacer muchos siervos de Dios, quemando nuestros puentes, entregando todo cuanto teníamos, quedándonos sin nada, para así pasar a disponer de todo el inagotable caudal de la provisión del Señor.

Después de mucho tiempo, en el tercer año, el Señor le indicó a Elías que fuese y se presentase ante el rey Acab, con la promesa de que *“yo haré llover sobre la faz de la tierra.”* (18:1)

Durante todo ese tiempo Acab, según dijimos anteriormente, lo había estado buscando por todas partes, pero sin poder hallarlo.

La sequía afectaba seriamente a todo el país, y él lo veía a Elías como el culpable. Al encontrarse con él le dice *“¿Eres tú el que turbas a Israel?”* – a lo cual Elías le contesta con todo aplomo y firmeza: *“Yo no he turbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre, dejando los mandamientos de Jehová y siguiendo a los baales.”* (18: 17-18)

Seguidamente, y con un dominio total de la situación, le manda congregarse en el Monte Carmelo a todo Israel, y a los profetas de Baal y de Asera.

Hecho esto, con absoluta autoridad se dirige a todo el pueblo reunido, preguntándole: *“¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos?”* – (18:21) – y desafiándoles a

que presenten su sacrificio invocando el nombre de sus dioses, que él haría lo propio invocando el nombre de Jehová, *“y el Dios que respondiere por fuego, ése sea Dios.”* (18: 24)

Este episodio tan singular y especial es quizá uno de los más conocidos de todo el Antiguo Testamento, por lo cual no lo comentaremos en detalle, y sólo nos limitaremos a señalar cuatro puntos.

1) *“...arregló el altar de Jehová que estaba arruinado.”* (18: 30b) Lo hizo tomando doce piedras conforme al número de las tribus de Israel. La restauración del altar y de la unidad del pueblo son dos factores inamovibles e imprescindibles.

2) Tomó la importante medida de cavar una zanja alrededor del altar, e hizo que echasen abundantes aguas hasta llenarlas y rebosar. Eso eliminaba toda posibilidad de que se dijese que el fuego había sido provocado artificialmente con cerillas, por ejemplo, por él o algún otro. Esto es algo que se debe tener en cuenta, muy particularmente en estos días en que se suelen presentar fuegos artificiales que muchos confunden con el auténtico, venido de lo alto.

3) Al orar dijo: *“...sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas...para que conozca este pueblo que tú, oh Jehová, eres el Dios y que tú vuelves a ti el corazón de ellos.”* (18:36-37) Todo esto lo hizo puntualmente a la hora de ofrecerse el sacrificio. Buscaba la gloria de Dios y que a Él se lo reconociese como el único y verdadero Dios que es; que todo cuanto había hecho era por mandato divino y no por su antojo u ocurrencia; y que en Su gran misericordia, Dios estaba haciendo volver a sí mismo el descarriado corazón de ellos. Como vemos, todo encajado perfectamente y de la manera más correcta y precisa.

4) Al ver caer el fuego y consumir el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y aun lamer el agua que estaba en la zanja, el pueblo no pudo menos que postrarse y exclamar:

“¡Jehová es el Dios! ¡Jehová es el Dios!”(18:38-39). El verdadero fuego celestial no nos deja en ninguna duda en cuanto a quién es Dios, y nos lleva a postrarnos de verdad ante Él.

Lograda esta estupenda victoria, Elías no cayó en la trampa de envanecerse, ni de autoproclamarse como el gran hombre de la hora, ni ninguna cosa semejante. En lugar de ello, procedió a hacer algo muy significativo, que lo acreditaba como un genuino y auténtico profeta.

Hizo prender a todos los falsos profetas, sin que se escapase ninguno, y los llevó al arroyo Cisón, y allí los degolló. Esto, como se debe saber, estaba prescrito en la ley mosaica para casos semejantes.

Tantas veces el concepto corriente que se tiene del profeta es el de uno que predice el futuro, y está muy de moda en algunos círculos acudir a él *“para que me profetice”*, buscando que vaticine cosas halagüeñas y grandiosas.

En Jeremías 23:22 tenemos bien definida una de las funciones principales del verdadero profeta.

“Pero si ellos hubieran estado en mi secreto, habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo, y lo habrían hecho volver de su mal camino y de la maldad de sus obras.”

¿De que vale predecir grandezas a personas que andan en vanidad y no por el camino limpio y puro del Señor? No es ni más ni menos que hacerles un gran mal, aun cuando se tenga la intención de animarlos o alegrarlos. Con ese proceder se está pisando en terreno muy falso.

Si se nos preguntase cómo definiríamos al verdadero profeta, ésta es la respuesta que daríamos:

“Es un varón que, como Jesús, San Pablo, Elías y otros, empuñan con firmeza la espada de metro y medio de la palabra de Dios, a fin de degollar y matar con ella todo cuanto sea falso en tu vida y en la mía.” (Y esto con la aclaración de que en esta dispensación de la gracia la espada se usa con la boca, y no empuñándola con la mano, como se hacía en el Antiguo Testamento.)

A renglón seguido se nos dice que Elías le dijo a Acab: *“Sube, come y bebe; porque una lluvia abundante se oye.”* De inmediato, el versículo siguiente nos dice: *“Acab subió a comer y beber.”* (18:41-42)

¡Obediencia pronta y cabal! ¡Que fácil es obedecer cuando se nos dice que hagamos algo agradable y placentero!

Elías no va a comer ni beber con él; en cambio, tiene para sí algo de más importancia. Sube con su criado a la cumbre del Carmelo, y allí se postra en oración con su rostro entre las rodillas.

Es la ocasión a que Santiago se refiere al escribir de él: *“Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia.”* (Santiago 5:18)

Lo hizo con fervor, pero también persistentemente, como se ve por el relato.

Tenemos en esto una nota de importancia que no se nos debe pasar desapercibida. Ya el Señor le había dicho *“Yo haré llover sobre la faz de la tierra.”* (18:1)

No obstante, él tenía que alinearse con la palabra que había recibido, y lo hizo en dos formas.

La primera fue proceder a reunir al pueblo en el Carmelo, para que allí se comprobase que Jehová es el Dios verdadero, De nada habría valido anticiparse a esto, puesto que era una labor preparatoria absolutamente indispensable.

Logrado ese objetivo, el camino quedaba allanado para que se cumpliese la promesa, pero igualmente, y en segundo lugar, él debía pedir con fervor y persistencia, en una completa concordancia con la voluntad y la promesa del Señor.

Tenemos en esto un paralelo con Pentecostés muy interesante. El Señor Jesús había prometido que vendría el Espíritu Santo con poder sobre los primeros discípulos, pero ellos tuvieron igualmente que alinearse con esa promesa.

¿Cómo lo hicieron?

Prácticamente, de la misma manera, a saber: se reunieron en unanimidad, deponiendo todo protagonismo, celo o rivalidad. Con esto la tierra quedó bien preparada, usando un símil muy corriente en nuestro lenguaje evangélico.

Asimismo, al igual que Elías, perseveraron con ruegos y súplicas para que la promesa se cristalizase, alineándose totalmente con ella.

Estos dos puntos son principios básicos que no todos comprenden, y el lector hará bien en volver a leer toda esta sección para absorberlos debidamente.

Después que el criado volviese por séptima vez, con la novedad de que veía una pequeña nube como la palma de la mano que subía del mar, Elías le mandó que dijese al rey Acab: *“Unce tu carro y desciende para que la lluvia no te ataje.”* (18: 44)

En seguida se oscurecieron los cielos con nubes y viento, y hubo una gran lluvia. Subiendo en su carro Acab llegó a Jezreel, pero con la salvedad que se nos hace de que la mano de Jehová estuvo sobre Elías, el cual ciñó sus lomos, y corrió delante de Acab hasta llegar a Jezreel.

A grosso modo, estimamos la distancia entre el Carmelo y Jezreel en unos cuarenta kilómetros, y aquí tenemos, pues, una culminación brillante y portentosa. Sin amilanarse por la lluvia torrencial, con la mano del Omnipotente sobre él, Elías corre delante del carro real como un atleta formidable y llega a Jezreel, aunque empapado por la lluvia, cual digno y victorioso abanderado de la causa de Dios.

Todo un precioso broche de oro de una jornada épica inolvidable.

Cualquier siervo avezado sabe bien, pues lo ha aprendido por la experiencia, que después de una gran bendición o un éxito resonante, debe prepararse para enfrentar una severa prueba, o por lo menos una buena dosis de contratiempos y contrariedades.

Creemos que es parte de la providencia divina que los tenga que afrontar, como un medio de evitar que se congratule a sí mismo y caiga en la sutil trampa del envanecimiento.

Después de la gran victoria que hemos visto, ante la amenaza de Jezabel, esa fiera de mujer, de quitarle la vida dentro de veinticuatro horas, emprende una larga fuga hacia Beerseba, al Sur del territorio de Israel.

Allí deja a su criado y continúa por el desierto un día entero de camino, hasta que, seguramente totalmente exhausto y sumamente deprimido, se sienta debajo de un enebro, y deseando morir, le dice al Señor: *“Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres.”* (19:4)

La grandiosa experiencia previa del Carmelo, ahora se trueca en desánimo total, y el deseo de claudicar por completo y no vivir un día más.

Tal vez la gran victoria anterior le había hecho sentirse, sin engreimiento, y, aparentemente con buen fundamento, que había logrado lo que ninguno de sus padres habían logrado, esto es, derrotar por completo el culto de Baal.

Se da cuenta ahora de que no es así, y ante tanta adversidad, con agotamiento físico, anímico y espiritual, ya no quiere seguir un paso más. Totalmente extenuado, cae dormido, pero al poco un ángel le toca, instándolo a que coma, y abriendo los ojos ve una torta cocida y una vasija de agua que providencialmente aparecen a su cabecera.

Come, bebe y vuelve a caer dormido, pero por segunda vez el ángel le toca, diciéndole: *“Levántate y come, porque largo camino te resta.”* (19:5-7)

¡Cuántas veces, en el fragor de la lucha, y habiendo llegado al extremo absoluto de sus fuerzas, siervos y siervas de Dios han estado a punto de claudicar - de darse por vencidos y no querer seguir viviendo un día más!

No obstante, igual número de veces han llegado de lo

alto nuevos suministros de gracia para levantarlos, reanimarlos y ponerlos en marcha otra vez; y no pocas veces, para hacerles saber que todavía no han completado su carrera, antes bien *¡largo camino les resta!*

Es parte de la azarosa pero hermosa aventura de estar en primera línea de combate - de jugarse por el Señor - de pelear la buena batalla de la fe con sus muchas vicisitudes - ocasiones de gloria y victoria, entrelazadas con crisis y quebrantos, pero de todos los cuales, por la gracia divina, se sale airoso.

Sí, a Elías todavía le quedaba por delante un largo camino. En el sentido inmediato, cuarenta larguísimos días de marcha, pero además, de ahí en adelante, todavía unos buenos años de importante labor para la causa de Dios.

Esos cuarenta días de marcha no deben interpretarse meramente como de huida de Jezabel. Su profunda carga y vivo celo por el testimonio del Señor, y por la forma en que el culto de Baal proliferaba por todo Israel, lo estaba llevando, por designio divino, a Horeb, el Monte de Dios.

Allí se iba a encontrar con el Señor en lo que sería otra ocasión memorable, que tendría repercusiones trascendentes, categóricas y terminantes.

Veamos cómo se desenvolvieron los acontecimientos.

Fortalecido por la comida y el agua que le había procurado el ángel, pero también por la gracia divina, que evidentemente le debe haber ayudado dándole fuerza para completar una marcha tan formidable, llegó a Horeb, y seguramente sumamente cansado y todavía con bastante desánimo, se metió en una cueva.

Figurativamente, meterse en la cueva, dentro de nuestro vocabulario evangélico, tiene una aplicación muy práctica, que ya hemos comentado con bastante extensión en el capítulo 5 de nuestro cuarto libro - *“Las Preguntas de Dios.”*

Toda vez que uno se mete en la cueva para aislarse o escaparse del problema, la voz del Señor le ha de llegar con

la misma pregunta que en ese entonces le hizo a Elías.

“¿Qué haces aquí, Elías?” Como dijimos en ese capítulo, la prueba podrá brindarnos un alivio transitorio, pero no por eso deja de ser un lugar frío y oscuro, del cual nos conviene salir pronto.

Elías contesta esa pregunta de forma que nos hace ver y conocer cuál era su verdadero corazón.

“He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida.” (1^a. Reyes 19:10)

No era su situación personal lo que le afligía prioritariamente, sino el hecho de que el testimonio de Dios estaba echado por tierra, e Israel había llegado a un estado de verdadera prostitución idolátrica, y de maldad realmente lamentable.

La respuesta que recibió, ante lo que podríamos llamar su queja y su lamento, fue la siguiente:

“Sal fuera y ponte en el monte delante de Jehová.” (19:11a)

Éste es por cierto el consejo más certero que puede darse a quien esté refugiado y ensimismado en la cueva. Aunque la misma le resulte atractiva a quien se halle en un estado de angustia y de lástima de sí mismo, no cabe duda de que lo más sensato y sabio es salir de ella, y exponerse a los rayos benéficos de la luz divina.

De inmediato, antes de que pudiera salir, se dieron tres manifestaciones portentosas que coincidían con el paso de Jehová por el lugar. Eran señales clarísimas de Su omnipotencia y majestad, y merecen por cierto que les dediquemos unos párrafos.

Después de cada una de ellas se nos dice que el Señor no estaba en ella. Esto da a entender que eran manifestaciones preparatorias, para abrir y despejar el camino para la palabra vital y clave que había de venir.

Veámoslas, una por una.

“Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento que rompía los montes, y quebraba las peñas delante de Jehová; pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego.” (19:11-12)

Los montes que se rompían y las peñas que se quebraban delante de Jehová, nos hablan de las enormes fortalezas de oposición y resistencia al Señor que se habían erigido en Su pueblo. Hacía falta nada menos que esa triple manifestación del Todopoderoso para demolerlas y abrirle paso a Él.

No es nada rebuscado señalar que todo esto es plenamente aplicable a la vida espiritual – el viento que rompe las piedras y quebranta las peñas, el terremoto que desmorona esas fortalezas, y el fuego que consume la escoria del pecado en todas sus múltiples ramificaciones.

Significativamente, en el Nuevo Testamento aparecen las tres manifestaciones. El fuerte viento y el fuego se dieron el día de Pentecostés, y junto con otros fines que perseguían, y que no comentamos para no extendernos demasiado, tenían el de preparar y despejar el camino para la palabra viva de Dios por boca del apóstol Pedro, que iba a dar lugar al renacimiento glorioso de nada menos que tres mil almas.

El terremoto aparece un poco más tarde. En Los Hechos 4:31 se nos dice:

“Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios.”

Todo el temor que podía haber en esa coyuntura, y la fuerte resistencia de los líderes religiosos, echados fuera y demolidos, respectivamente, por ese temblor poderosísimo, que también, como en los casos anteriores, precedió a que la palabra de Dios fuese hablada con todo denuedo y poder.

Del viento y del fuego no tenemos ninguna constancia de que se hayan vuelto a manifestar abiertamente en la iglesia primitiva, aunque, desde luego, eso no descarta que lo

hayan sido.

El terremoto, en cambio, vuelve a aparecer en Los Hechos 16:26 con la notable conversión del carcelero de Filipos y toda su casa. También en esa ocasión precedió a la palabra de Dios que les anunciaba la salvación en términos tan claros y precisos.

Se lo vuelve a mencionar como algo profético que volverá a manifestarse en un futuro, tanto en Hebreos 12:26-27, como en varios pasajes del Apocalipsis. No obstante, nos abstenemos de comentarlos para no entrar en el delicado terreno de la escatología.

En la ocasión que le tocó vivir a Elías, como ya vimos, tras esas tres grandiosas manifestaciones vino lo que más importaba - la palabra determinante y definitiva del Todopoderoso.

Paradojalmente, aunque saturada de tremenda omnipotencia, vino como un silbo apacible y delicado.

¡Cómo se deleita el Señor en esos contrastes geniales, en los que Su accionar fluye y se desliza por polos opuestos!

Al oír ese silbo especial, Elías lo reconoció de inmediato, y salió, ubicándose a la puerta de la cueva, con el rostro cubierto con su manto.

Otra vez le vino una voz preguntándole por segunda vez “¿Qué haces aquí, Elías?” y otra vez contestó; y fue exactamente en los mismos términos anteriores.

Pero ahora, cargada con el poder irresistible de las tres portentosas manifestaciones que hemos visto, viene esa palabra vital y clave - y como ya hemos dicho, determinante y definitiva.

Bien valía la pena todo el esfuerzo y sacrificio, toda la carga y angustia, que el profeta había tenido que afrontar.

Esa palabra giraba en torno a tres personajes a los cuales él debía ungir, a saber, a Hazael por rey de Siria, a Jehú, hijo de Nimsi por rey de Israel, y a Eliseo, hijo de Safat para que fuese profeta en lugar suyo. Los tres iban a ser instrumentos para una labor de limpiar la tierra del culto de Baal, y para

el castigo y escarmiento del rebelde pueblo de Israel.

Llama la atención que estos tres fueron ungidos cronológicamente en orden casi inverso:- primero Eliseo, un buen tiempo más tarde Hazael, y en tercer y último término Jehú.

Además de ello, Elías no intervino en el ungimiento de estos dos últimos. El de Hazael fue por mediación de Eliseo, y el de Jehú por un hijo de los profetas, comisionado para ello por Eliseo.

Desde luego que esto se debió a la transferencia o comunicación del Espíritu que Eliseo recibió de Elías. De todos modos, echa de ver que el desenvolvimiento de lo que predice la profecía divina, a veces escapa a las previsiones que nuestra lógica le pueda acordar, sorprendiéndonos con imprevistos en cuanto a dónde, cuándo y cómo, si bien la esencia misma siempre se ha de verificar y cumplir cabalmente.

De estos tres ungimientos, en los dos próximos capítulos nos hemos de ocupar de dos de ellos - el de Eliseo y el de Jehú - tratando además en algo la trayectoria ulterior de ambos.

En conclusión en cuanto a este rico y sustancioso pasaje, debemos señalar la hermosa promesa dada al final de ese hablar del silbo apacible y delicado.

“Y yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron.” (19:18)

Le hace cobrar ánimo a Su siervo, haciéndole saber que él no es el único - hay otros siete mil fieles que se han sabido guardar para Dios, y en medio del castigo y escarmiento, ellos iban a quedar en pie.

Nos hace mucho bien saber que no somos los únicos - que hay muchos otros que conservan sus vestiduras blancas, y que siguen en el camino angosto trazado por la palabra, sin desviarse a diestra ni a siniestra.

Sigamos ahora la trayectoria de Elías, según consta en el resto del relato.

Nada se nos dice del largo trayecto de regreso del Monte de Horeb; en cambio, se señala de la manera más escueta:

“Partiendo de allí halló a Eliseo, hijo de Safat, que araba....y pasando Elías por delante de él, echó sobre él su manto.” (19:19)

De hecho, esto constituyó el ungimiento de Eliseo, que fue lo primero que sucedió a continuación, a pesar de haber sido, como ya vimos, lo mencionado en último término en el mandato recibido en Horeb.

Llama la atención que posteriormente, en el capítulo 21 en que se narra el asesinato de Nabot por no querer cederle su viña al rey Acab, Elías aparece en Samaria sin ningún temor de Jezabel, aunque ésta seguía presente y perpetrando sus horribles fechorías.

Nada se dice en el sentido de que ella haya vuelto a amenazarlo e intentar quitarle la vida. ¿Se le habría aplacado la ira? ¿Se habría convencido de que contra el siervo de Dios nada podía hacer?

Y, por parte de Elías, ¿sería que la experiencia tan formidable que tuvo en el Monte de Horeb, le había disipado todo temor?

Dejamos al lector que escoja la conjetura o conjeturas que considere más probables.

Este personaje Nabot, propietario de una viña situada junto al palacio del rey en Samaria, merece que hablemos un poco de él.

Ante la oferta que le hizo el rey Acab de darle otra viña mejor a cambio de la suya, o bien todo su valor en dinero, contestó con todo aplomo y firmeza:

“Guárdeme Jehová de que yo te dé a ti la heredad de mis padres.” (21:3)

Este aplomo y firmeza ante el rey le costaron la vida, debido a la infame intervención de Jezabel. No obstante, sus palabras quedan inscritas en las Escrituras como la respuesta de un hombre fiel a carta cabal, que se negó a renunciar a la heredad recibida de sus padres, que para él era sagrada e irrenunciable.

No estaba dispuesto a desprenderse de ella a cambio de otra mejor, porque para él no podía haber otra mejor, y ni siquiera igual. La valoraba tanto, que ni aun todo el dinero que se le ofreciera a cambio de ella le interesaba en lo más mínimo.

Si trasladamos esto al reino espiritual - a la santa unción y a las vestiduras blancas con que hemos sido honrados y dignificados - nos queda un indicativo muy claro y preciso de cómo nos hemos de comportar, contándonos como no renunciables ni negociables, tal como lo hizo el digno y valiente Nabot.

A raíz del malvado crimen tramado por Jezabel para quitarlo de en medio, y posibilitar que Acab se posesionase de su viña, Elías fue enviado por el Señor para pronunciar sobre él y Jezabel una terrible sentencia.

Tanto él como ella iban a llegar a un triste fin. La sangre de él iba a ser lamida por los perros en el mismo lugar en que lo había sido la de Nabot, y los perros iban a comer el cadáver de ella en el muro de Jezreel. (1ª. Reyes 21:18-23)

El cumplimiento preciso de estas dos predicciones se encuentra consignado en 1ª. Reyes 22:38 y 2ª. Reyes 9:30-37, respectivamente. Animamos al lector a que lea detenidamente los capítulos 21 y 22 de 1ª. Reyes, y el noveno y décimo de 2ª. Reyes.

Tras la muerte de Acab, Elías continuó en Samaria por un tiempo, pero su carrera ya se acercaba a su fin.

El nuevo monarca Ocozías, hijo de Acab, sólo duró dos años en el trono, ya que tuvo una muerte prematura, tras haber quedado muy maltrecho a raíz de haber caído por la ventana de la sala de su casa.

En lugar de consultar a Jehová, el Dios de su pueblo, envió a Baal-Zebub, de Ecrón, dios de los filisteos, para inquirir si sobreviviría o no.

Elías fue enviado a interceptar a los mensajeros, reprochándoles que hicieran semejante cosa, y anunciando

que por esa traición idolátrica el rey no se levantaría de su lecho, sino que ciertamente moriría.

Al recibir semejante predicción, Ocozías envió a un capitán con sus cincuenta soldados para apresarlo.

Elías se encontraba sentado en la cumbre del Carmelo – figurativamente, el lugar del verdadero profeta – en las alturas, por encima de la corrupción que impera en las bajezas del llano.

Fue desde ahí que hizo descender fuego del cielo para consumir al capitán y a sus cincuenta, y también a un segundo capitán con sus cincuenta poco más tarde.

El tercero, en vez de transmitirle marcialmente la orden del rey de que bajase pronto, se puso de rodillas ante él, implorándole misericordia.

Entonces, al recibir palabra del ángel del Señor de que no tuviera temor y descendiese con él, lo absolvió y bajó con él y sus cincuenta, para reiterarle al rey que no se levantaría de su lecho, sino que de cierto moriría, cosa que sucedió a muy breve plazo y que puso fin a su breve reinado.

Para algunos pueden presentarse interrogantes sobre el por qué de una muerte tan súbita y drástica de los dos primeros capitanes y sus cincuenta.

Por nuestra parte comentamos que había una diferencia muy grande entre la actitud del tercero, y la de los dos primeros, sobre todo la del segundo, que sonaba a prepotencia. Dirigirse de esa forma a un siervo del Señor como Elías, aun por un mandato del rey, por cierto que estaba muy fuera de lugar.

No obstante, cuando siglos más tarde ante una actitud hostil de los samaritanos, Juan y Jacobo, ¡como verdaderos Boanerges! -(ver Marcos 3:17) – le preguntaron a Jesús si quería que mandasen fuego del cielo como lo había hecho Elías y los consumiese, tuvieron una respuesta categórica del Maestro:-

“Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del

hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas.” (Lucas 9:54-56)

El espíritu de la dispensación actual es muy distinto del de la de aquel entonces, basada en la ley mosaica, con su firme exigencia de que cada ofensa recibiese irremisiblemente su justo castigo.

Jesús ha venido a traer amplio perdón, merced a Su muerte expiatoria, pero debemos subrayar que ese perdón sólo lo ofrece a los verdaderos arrepentidos.

La muerte de Ananías y Safira por la mentira con que se habían puesto secretamente de acuerdo, acaeció en los albores del régimen de la gracia, y nos muestra que, ante los sagrados valores del Dios tres veces santo, debemos conducirnos siempre con un sano y saludable temor y temblor.

Después de este impactante episodio, lo que se nos narra es la trayectoria final de Elías, acompañado por Eliseo, desde Gilgal, vía Betel y Jericó, hasta el Jordán y su cruce de Oeste a Este, para ser arrebatado al cielo en un torbellino.

Reservamos el comentario de este trayecto postrero para el próximo capítulo, que ha de versar sobre Eliseo, ya que echa de ver varias virtudes muy encomiables de este último, su sucesor.

En cambio, señalamos en conclusión dos puntos importantes.

El primero lo relacionamos con la afirmación que se hace en la epístola de Santiago en el sentido de que Elías, con ser un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, oró fervientemente que no lloviese, y no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses. Y otra vez oró, y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su fruto. (Santiago 5:17-18)

Con eso nos anima a orar con fe y fervor, tomando ese ejemplo de Elías, quien recibió una respuesta manifiesta en ambos casos.

Sin embargo, lo que no nos dice Santiago es que no

siempre Elías recibió la respuesta a su oración. En la ocasión en que huía para ponerse a salvo de Jezabel, él pidió concreta y definitivamente que se le quitase la vida, ¡y su petición fue denegada rotundamente!

En cambio, se le dijo: “...*largo camino te resta.*”

Ubiquémonos ahora en su situación final, arrebatado en un torbellino y dando una última mirada al planeta tierra en que había vivido.

No hace falta mucha imaginación para suponer que muy bien podría estar pensando para sí:

“Pensar que yo pedía con tanto deseo poder morir allí abajo, lo que me habría llevado a la sepultura en un ataúd, y que mi cuerpo se descompusiese y viese corrupción. En lugar de ello, aquí estoy, ufano y orondo, por no haber tenido que atravesar nada de eso, y poder subir directamente al cielo.”

Pablo bien dice en Romanos 8:26 “pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos.”

Podemos estar pidiendo algo con mucho fervor, creyendo que es lo mejor que Dios tiene para nosotros, cuando en realidad no lo es. Y a la postre, quedar maravillosamente sorprendidos de que, en vez de lo que pedíamos, Dios tenía otra cosa distinta para nosotros, y mucho mejor.

Esto es algo que muchos hemos podido experimentar, y tal vez en no pocas oportunidades.

Aparte de la gloria de la experiencia en sí, le cupo el altísimo honor de ser, juntamente con Enoc, los dos únicos personajes que no han gustado la muerte a lo largo de toda la historia – una distinción rarísima y maravillosa.

Para el segundo y último punto, recurrimos a la palabrita *yapa*, usada en países de América Latina con el significado de una añadidura o excedente que se da por encima de lo pagado o acordado, generalmente como señal de buena voluntad y beneplácito.

A Elías le tocó la misma *yapa* que a Moisés. Unos buenos siglos después de su ascensión en un torbellino, del trono de la Majestad en las alturas salió un mandato comisionándole a él para que acompañase a Moisés en un descenso a la tierra, que iba a ser muy breve, pero de trascendental importancia.

Como ya vimos en el capítulo 3, se trataba de identificarse con el Hijo de Dios, compartiendo en algo con Él sobre Su partida "*que iba Jesús a cumplir en Jerusalén.*" (Lucas 9:31)

Se presentaron rodeados de gloria, pero eso no impidió que los tres discípulos que estaban con Jesús - Pedro, Juan y Jacobo - reconociesen claramente quiénes eran.

De la importancia y las repercusiones de la conversación sostenida por Jesús con los dos grandes varones de Dios

de antaño, seguramente que lo sabremos todo en el más allá.

Por ahora, sólo nos queda alabar a Dios por haberles acordado semejante *yapa*, la cual sin duda nunca se la habían imaginado.

"Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman." (1^a. Corintios 2:9)

8

Eliseo, el digno sucesor.

El nombre Eliseo significa *Salvación de Dios*. Al cruzarse Elías en su camino, por cierto que no estaba ocioso, sino dado a la tarea de arar con una yunta de bueyes, junto a otras once llevadas seguramente por trabajadores que estaban al servicio de su padre, quien entendemos que probablemente sería el propietario de una importante hacienda en Abel-Mehola.

Para arar debidamente es imprescindible mantener la vista fija hacia delante, a fin de que el surco que se va abriendo salga bien recto, pues de lo contrario habrá desperdicio de terreno y otros inconvenientes.

En esto ya vemos una indicación profética de lo que iba a ser la trayectoria de Eliseo: de principio a fin una línea recta hacia adelante, sin la menor desviación ni a derecha ni a izquierda, y sin claudicaciones ni titubeos en ningún momento.

La duración exacta de su ministerio no se puede precisar, aunque sí se puede afirmar que fue de unas buenas décadas, considerando unos cincuenta años durante la dinastía de Jehú (veintiocho años del reinado de éste, diecisiete del de su hijo Joacaz, y unos cinco de su nieto Joás) a lo cual hay que agregar los años transcurridos desde el ascenso de Elías al cielo en un torbellino, hasta el unguimiento de Jehú.

Si consideramos que cuando Elías dejó caer su manto sobre él tendría unos treinta años de edad, y que desde entonces hasta que Elías fue alzado, también deben haber corrido unos buenos años, tendríamos un total de unos cien años de vida, pocos más o pocos menos.

No se nos dice mucho de él durante esos primeros años en que seguía a Elías sirviéndole. La versión del rey Santiago en inglés nos dice en 2ª. Reyes 3:11 que *“echaba agua en las manos de Elías”*, seguramente para que éste pudiera lavarse las manos y beber.

Esto nos da un indicio de un aprendiz humilde, que prácticamente no hablaba, pero que se fijaba en cada detalle de cómo vivía Elías, de la forma en que hablaba, y de las cosas que, como auténtico siervo del Señor, hacía y decía, y por otra parte, de las que nunca hacía ni decía.

Llegado el día de la ascensión de Elías, Eliseo rompió ese silencio anterior, dando claras muestras de mucho de lo bueno que había dentro de su pecho y corazón.

“Aconteció que cuando quiso Jehová alzar a Elías en un torbellino al cielo, Elías venía con Eliseo de Gilgal.”

“Y dijo Elías a Eliseo: Quédate ahora aquí, porque Jehová me ha enviado a Betel. Y Eliseo dijo: Vive Jehová y vive tu alma, que no te dejaré. Descendieron pues a Betel.” (2ª. Reyes 2: 1-2)

Lo mismo sucedió cuando Elías se disponía a seguir de Betel, a Jericó, y, por tercera vez, cuando iba a continuar de Jericó al Jordán.

Sabía muy bien que ése no era el día en que debía detenerse ni quedarse atrás; tenía que seguir a su maestro hasta el último momento. El no hacerlo, significaría quedar en un vacío y sin la bendición de Dios.

Su férrea determinación era una de esas cualidades de quien lo tiene bien claro que para él hay un solo camino y una sola meta: la de abrazar de lleno el llamamiento celestial, sagrado y santo.

Tanto en Betel como en Jericó, los hijos de los profetas que estaban allí le dijeron:

“¿Sabes que Jehová te quitará hoy a tu señor de sobre ti?” (2ª. Reyes 2: 3 y 5)

Era casi como si se compadecieran de él, pensando que sería de él sin su señor y maestro.

Con su respuesta sabia y lacónica - *“Si, yo lo sé; callad”* daba a entender que no era hora de comentarios ni de conjeturas, sino de callar. Pero a poco, llegado el momento supremo de la partida de Elías, entonces sí que iba a hablar, y ¡de qué forma!

Pero no nos adelantemos.

Con cincuenta varones de los hijos de los profetas situados a lo lejos, contemplándolos, Elías y Eliseo se pararon junto al Jordán.

Algo trascendental y sumamente excepcional está a punto de suceder, con reminiscencias de dos grandes ocasiones anteriores: Moisés y el cruce del Mar Rojo, y Josué y el cruce del Jordán.

Ahora era como si Elías vislumbrase la necesidad de un nuevo cruce del Jordán, que tenía que ser doble - de Oeste a Este primero, con él llevando la iniciativa, como el simbolismo de una muerte que no iba a ocurrir y de Este a Oeste luego, en el que Eliseo retornaría con la aureola de una gloriosa unción.

Posiblemente no todo esto entraba dentro de sus cálculos, pero con toda resolución dobló su manto y golpeó las aguas, *“las cuales se apartaron a uno y otro lado, y pasaron ambos por lo seco”*. (2ª. Reyes 2: 8)

Estando ya del otro lado, con una disposición condescendiente y bondadosa para con el aprendiz humilde que lo había seguido fielmente por unos buenos años, Elías le dijo:

“Pide lo que quieras que haga por ti, antes que yo sea quitado de ti.”

Tal vez pensaba que podía dispensarle alguna pequeña gracia o favor, en ese momento final de la despedida.

Fue entonces, en ese punto álgido y determinante, que el calvito humilde y tan parco en el hablar, abrió su boca bien grande para despacharse con un insólito pedido:

“Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí.”

No gran prosperidad económica, ni una vivienda de lujo con cuanto quisiera a su alcance; tampoco una mujer guapa y servicial que fuese la esposa ideal para él.

Parece que Eliseo no sabía nada de esas cosas, y, en cambio, había algo que para él era prioritario y superlativo:- la preciosa y sagrada unción del Espíritu Santo.

La anhelaba tanto, que tener la medida amplia y generosa con que se había desplegado en la vida de Elías no le bastaba, y quería otro tanto por añadidura.

Ante semejante pedido, tomado por sorpresa y algo perplejo, Elías le contestó:

“Cosa difícil has pedido. Si me vieres cuando fuere quitado de ti, te será hecho; mas si no, no.” (2: 10)

Como buen profeta, Elías entendía bien el principio que Pablo nos da en Romanos 12: 3 y 6, basado en la medida de la fe según la gracia que nos es dada a cada uno.

En su respuesta es como si le dijese: *Yo mido un metro y tú me estás pidiendo dos; no está en mí dártelos – habrá que ver si Dios, que es el único que puede hacerlo, dispone que así sea.*

Muy poco después, un carro de fuego con caballos de fuego apartó al uno del otro, y Elías subió a las alturas en un torbellino.

La señal que había estipulado quedó plenamente confirmada, pues Eliseo lo vio en esos momentos postreros, y al saber que ya no lo vería más, clamaba con dolor, y tal vez también con angustia:

“¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!” después de lo cual no lo vio más.

Debemos detenernos para reflexionar un poco sobre lo que habrá sido para Eliseo esa separación, ese sentir que Elías no estaría más para seguir aprendiendo de él, para

apoyarse en su personalidad y la presencia divina que tanto irradiaba.

Era como si la manifestación de Dios, viva y poderosa, se había marchado, y había quedado un vacío enorme.

¿Qué sería de él, y qué sería de Israel, sin que estuviera Elías?

Sin duda, se trataba de uno de esos momentos supremos y cruciales - un sentirse desamparado, y sólo le quedaba una cosa: clamar y echar mano del Dios de Elías, que, ¡bendita bienaventuranza! *Él no se había marchado.*

Los vestidos de Elías quedaron atrás, como quien deja unas vestimentas que le ha sido necesario llevar por unos años de peregrinación terrenal, pero que ahora ya no las necesitaba, pues había de pasar a ser revestido de gloria.

Tomando los vestidos, Eliseo los partió en dos partes; pero de lo que se preocupó fue el manto que se había caído. Seguramente que era el mismo que Elías había echado sobre él años atrás, en esa ocasión memorable de su llamamiento.

Tomándolo firmemente en sus manos, se situó a la orilla del Jordán, y con la determinación de quien se juega la carta única y suprema que le queda, golpea las aguas y exclama:

“¿Dónde está Jehová, el Dios de Elías?”

La respuesta a su pregunta fue instantánea y categórica. Ahí mismo, en ese lugar donde él se encontraba - allí estaba - para abrirle paso, apartando las aguas a uno y otro lado para que él pasase en seco, de Este a Oeste, en un retorno feliz y triunfante.

Elías ya no estaba, pero el Dios de Elías por cierto que estaba - en Él *“no hay mudanza ni sombra de variación”*, tal como se nos dice en Santiago 1: 17.

Los hijos de los profetas, que habían estado en Jericó, sobre la orilla y con la mirada fija en todo lo que estaba aconteciendo, al verlo regresar de esa forma, cayeron en la cuenta de que el espíritu de Elías reposaba ahora sobre él.

La actitud de ellos cambió desde entonces, y vinieron a recibirle y se postraron delante de él.

No obstante, tuvieron la tonta y descabellada idea de que había que enviar cincuenta hombres para buscar a Elías, ¡pensando que quizá el Espíritu de Jehová lo había levantado y echado en algún monte o algún valle!

¡Hasta qué punto se puede llegar a ser ridículo y necio en la comprensión y apreciación de la persona del Espíritu de Dios! – como si sería capaz de hacer semejante cosa.

La primera reacción de Eliseo fue NO ENVIÉIS, pero le importunaron de tal forma que terminó por consentir.

Así fueron y estuvieron tres días buscándolo, sin hallarlo. ¡Cuánta pérdida de tiempo, inútil e innecesaria, puede resultar, por no seguir los consejos de un siervo de Dios, y en este caso particular, aun de la lógica y el sentido común!

A partir de esta coyuntura comienza el ministerio de Eliseo propiamente dicho, pero antes de pasar a comentarlo, hemos de reiterar la importancia de todo el largo proceso preparatorio anterior.

Esto es algo que no siempre se comprende bien, y con falta de discernimiento, a veces se puede pensar equivocadamente que sirviendo a Dios, se ha de pasar muy pronto al éxito y la fama.

El simbolismo de algunos de sus milagros.

Algo que resalta en la carrera ulterior de Eliseo es el gran número de milagros que el Señor hizo a través de él, con la particularidad de que varios de ellos se prestan como hermosos símbolos de importantes verdades de la vida cristiana.

También debe señalarse que sucedieron a raíz de necesidades urgentes de quienes acudieron a él en busca de ayuda. Aunque muy variados y distintos unos de otros, todos tenían en común una necesidad apremiante.

Un índice muy claro de la autoridad y gracia que el

Señor le había otorgado, lo da el hecho de que ninguno de los muchos que acudieron a él quedó defraudado – un reflejo pequeño, pero muy digno, de lo que fue Jesucristo en Su ministerio terrenal.

A continuación tomamos algunos de sus milagros.

Las aguas malsanas de Jericó.-

Comenzamos por el primero, que se debió a las aguas malsanas de Jericó y la tierra estéril a que ellas daban lugar.

Esto se debería seguramente a la maldición que pesaba sobre esa ciudad desde los días de Josué. (Ver Josué 6: 26 y 1ª. Reyes 16:34)

La forma en que Eliseo enfrentó esta situación fue por demás significativa.

“Traedme una vasija nueva, y poned en ella sal” les dijo.

De inmediato se encaminó hacia los manantiales de las aguas, echó en ellos la sal, y con toda la autoridad de que ahora estaba revestido, dijo:

“Así ha dicho Jehová: Yo sané estas aguas, y no habrá más en ellas muerte ni enfermedad.” (2ª. Reyes 2: 21)

¡Que preciosa descripción simbólica!

El vaso nuevo nos habla del nuevo corazón, o la nueva criatura en Cristo; la sal, de la gracia del Espíritu, que purifica y nos convierte en hombres y mujeres distintos.

Esa sal no la echó en la tierra estéril, sino que subió al punto preciso de dónde manaban las aguas, y allí echó la sal, proclamando su acción benéfica que puso fin a la muerte y la enfermedad, y también a la maldición que había pesado sobre el lugar por unos buenos siglos.

“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida.” (Proverbios 4: 23)

El corazón es el manadero o manantial de donde brotan nuestros pensamientos, motivaciones y acciones.

En esa situación en que se encontraba Jericó, por más que

se echase buena semilla en la tierra, no podía haber fruto ni cosecha, debido a las aguas malsanas.

Igualmente, una vida con un corazón contaminado no puede dar buen fruto, real y duradero, para Dios. Se hace necesario, pues, que Jesucristo, el mediador del nuevo pacto, eche en el mismo un puñado bien grande de la sal de Su gracia redentora, vivificadora y purificadora, respaldada por Su firme promesa:

“Quitaré el corazón de piedra” y “os daré corazón nuevo, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos...” (Ezequiel 36: 26-27)

A buen entendedor pocas palabras bastan, dice el adagio. Que el lector sea uno de ellos.

Vasijas vacías, no pocas.-

El siguiente milagro que comentamos es el de una viuda y sus dos hijos. Había quedado endeudada y los acreedores la apremiaban, queriendo tomar a sus dos hijos por siervos, ya que ella no contaba con medios para saldar las cuentas.

Al acudir a Eliseo buscando socorro, éste le preguntó que tenía en su casa. La respuesta fue:

“Tu sierva ninguna cosa tiene en casa, sino una vasija de aceite.”

Él le dijo: *“Vé y pide para ti vasijas vacías, no pocas.”*

“Entra luego, y enciérrate tú y tus hijos, y echa en todas las vasijas, y cuando una esté llena, ponla aparte.” (2ª. Reyes 4:2- 4)

¡Vasijas vacías! Si deseamos una plenitud, debemos presentar un vacío, es decir, el mismo principio que ya vimos en el caso de Elías y la viuda de Sarepta, aunque aquí aparece de forma distinta.

¡No pocas! En el momento de la necesidad y de la fe, no debemos quedarnos cortos.

Imaginemos con qué avidez habrán ido los hijos a buscar vasijas vacías, y cómo las habrán amontonado en la casa;

con qué deleite le traerían a la madre una tras otra, viendo como el aceite que ella iba echando no se agotaba, hasta que le trajeron la última que quedaba.

Otro cuadro deleitoso y conmovedor, en que se manifiestan la gracia y misericordia de Dios para con los oprimidos y necesitados, y Sus recursos ilimitados para solventar sus carencias.

Completada la operación, la viuda vino a Eliseo, quien le dijo:

“Vé y vende el aceite, y paga a tus acreedores; y tú y tus hijos vivid de lo que queda.” (2ª. Reyes 4:7)

Hermosa alegoría de nuestra redención. La deuda que nunca podríamos pagar, totalmente cubierta y cancelada por lo que Dios ha provisto para nosotros. Quedamos así exentos de deudas y dignificados, y todavía nos resta un rico caudal de gracia para que podamos vivir – nosotros y nuestros seres queridos; vivir de veras, y vivir la vida en abundancia.

No hay otro dios que pueda hacer semejante cosa para los pobres en espíritu y necesitados de Su auxilio.

Que sepamos acercarnos a Él con esa actitud, para así recibir abundantemente de Sus inagotables riquezas en gloria en Cristo Jesús.

Haciendo uso del televisor interno.-

Como bien sabemos, nuestro cuerpo humano, con toda su vasta complejidad, es una pieza maravillosa de la creación, que de por sí nos habla en muchas formas de la grandeza y omnisciencia del Creador.

Una de sus muchas maravillas, es que nuestro organismo está dotado de un mecanismo de televisión interna, que nos permite ir visualizando con nuestra mente escenas o acontecimientos, a medida que se nos narran o que los vamos leyendo.

Lamentablemente, el pasarse demasiado tiempo viendo programas de televisión, o bien bajando imágenes de las páginas de Internet, tiende a crear una atrofia perjudicial, que a menudo redundaría contra el cultivo de la lectura.

No recordamos bien qué personaje célebre es el que afirmó, con mucha razón y acierto:

“Si oigo decir de alguien que tiene el hábito de la buena lectura, estoy predispuesto a pensar bien de él.”

Para muchos, este hábito de la lectura ha quedado atrás, reemplazado casi siempre por los medios y ayudas visuales tan en boga hoy en día.

Por nuestra parte, si bien estando de visita en hogares de hermanos, de tanto en tanto nos sentamos a ver un telediario para enterarnos de lo que está pasando, siempre hemos optado por prescindir del televisor en nuestro propio hogar. No lo hemos hecho por fanatismo, sino porque generalmente estamos tan ocupados que no tendríamos tiempo para sentarnos y mirar películas o programas, muchos de los cuales, por otra parte, no son verdaderamente edificantes ni provechosos.

Quizá sea por eso que, con frecuencia, leyendo las hermosas y aleccionadoras narraciones bíblicas, solemos dar rienda suelta a nuestra imaginación, visualizando las escenas en sí, o bien la probable secuela posterior.

En el caso de la viuda y sus dos hijos que acabamos de tratar, se nos ocurre pensar en lo que habrá acontecido, al proceder ella a hacer lo que le había indicado Eliseo al final del relato.

Para atraer compradores, muy probablemente lo ofrecería a un precio inferior al cobrado en las tiendas. La calidad del aceite – marca MILAGRO lo llamaríamos – sería óptima desde luego, y casi seguramente que los primeros compradores empezaron a decir a sus vecinos que esta querida viuda estaba ofreciendo aceite de primerísima calidad, y a precio rebajado.

A poco, se formaría una cola para adquirirlo, lo que le traería pingües ganancias.

Bien pronto habrá ido a sus acreedores que la habían apremiado anteriormente, para saldar todas sus cuentas al contado rabioso, ante el asombro de ellos.

Posteriormente, el vecindario notaría como algo curioso y llamativo la forma en que ella y sus hijos vestirían.

No nos aventuramos a decir que sería con ropa y calzado de lujo, puesto que eso podría ser una exageración, pero que seguramente lo harían con dignidad y buen gusto.

Así, de ahí en más, las deudas y la pobreza pasaron a la historia, y pudieron vivir desahogada y decorosamente.

Esta consecuencia final no es por cierto un mero giro de nuestra imaginación.

De hecho, son muchísimas las personas que, al venir al Señor cargadas y abrumadas por el quebranto y la necesidad material, no sólo han encontrado en Él perdón, paz y libertad para sus almas, sino, como un producto derivado de una salvación tan grande, el dejar atrás la indigencia, para pasar a vivir sin estrechez y con dignidad.

La sanidad de Naamán.-

Éste es otro acontecimiento al cual se refirió el Señor Jesús en Su predicación en la sinagoga de Nazaret, consignada en Lucas 4. Esto en sí ya le da suma importancia.

Naamán era general del ejército de Siria. Se nos dice que era varón grande delante de su señor el rey, y la razón que se nos da resulta muy significativa:

"...porque por medio de él había dado Jehová salvación a Siria."

Esto nos muestra la soberanía de Dios, no sólo sobre el pueblo Suyo, sino también sobre todas las demás naciones.

Pero se nos dice más sobre él:

“Era este hombre valeroso en extremo, pero leproso.” (2ª. Reyes 5:1) lo cual echa de ver una gran verdad – se puede ser muy importante y contar con muchas buenas cualidades, pero igualmente ser una víctima de la lepra, enfermedad ésta que, en el Antiguo Testamento, se presenta como un claro simbolismo del pecado.

No solo el drogadicto o criminal – aun el que lleva una vida normal, sin cometer delitos penados por la ley, y aunque ostente títulos y tenga fama y buen nombre – es un ser que, al igual que todos los demás, padece de la misma enfermedad universal: – el pecado.

No alcanzamos a comprender bien cómo este hombre, siendo leproso, podía desenvolverse con tanto éxito en el campo de batalla. Tal vez sus éxitos se habían logrado con anterioridad a que contrajese la lepra.

Lo cierto es que en Siria no había esa ley sanitaria imperante en Israel, que prescribía que el leproso debía estar apartado de la sociedad, para evitar así el contagio a los demás.

La forma en que discurre el relato, nos hace ver cómo el Señor orienta y dispone las cosas para lograr los fines que se ha propuesto.

En una incursión de las tropas sirias en el territorio de Israel, se habían llevado cautiva a una muchacha israelita, la cual pasó a ser sierva de la mujer de Naamán.

La jovencita, al saber que el marido de su ama era leproso, le dijo a su señora:

“Si rogara mi señor al profeta que está en Samaria, él lo sanaría de su lepra.” (5:3)

Sus palabras fueron repetidas por su mujer a Naamán, quien a su vez entró en la presencia del rey y se las repitió a él.

Antes de seguir, notemos como el humilde testimonio de la muchacha israelita se convirtió en un eslabón importante, para el cumplimiento del propósito divino que había en todo esto.

Otro ejemplo más, también, de la forma en que el Señor usa vasos pequeños – personas que no llaman la atención, y a las cuales nadie les daría la menor importancia, para llevar adelante Sus fines benéficos y misericordiosos.

Sé fiel, querido lector, en dar esa palabra o testimonio en sazón, y en hacer ese pequeño trabajito que el Señor te ha dado; tal vez a su tiempo te enteres que fueron de bendición y provecho para otros, y quizá para extender el reino de Dios también.

Siguiendo con el relato, el rey de Siria interpretó las cosas con mucha inexactitud, y después de darle a Naamán el visto bueno para que fuese con plata, oro y mudas de vestido, redactó cartas dirigidas al rey de Israel en estos términos:

“Cuando lleguen a ti estas cartas, sabe por ellas que yo envío a ti mi siervo Naamán, para que lo sanes de su lepra.” (5:6)

El rey de Israel se sintió perplejo y rasgó sus vestidos, pensando que era una provocación. *“¿Soy yo Dios, que mate y dé vida, para que éste envíe a mí a que sane un hombre de su lepra?”* (5: 7)

Enterado de esto, Eliseo, rebosando de fe y autoridad, envió a preguntarle al rey por qué se había rasgado sus vestidos y reaccionado de esa forma, instando además a que Naamán viniese a él, que así sabría que había profeta en Israel.

Entonces Naamán se presentó con su carro, sus caballos y su pequeño séquito, a la puerta de la casa de Eliseo. Esperaba que éste saliese a atenderle, vista la importancia de su persona, y que, puesto en pie, invocaría el nombre de Jehová su Dios – alzaría la mano tocando el lugar de la llaga, y así él quedaría sano – en fin, como quien vislumbra todo un gran ceremonial.

La sencilla respuesta de Eliseo, a través de un mensajero, y sin molestarse ni siquiera para ir a saludarlo, hizo que Naamán se marchase sumamente indignado.

“Me dice que vaya y me lave siete veces en este río tan insignificante de Israel, cuando en Damasco tenemos dos ríos – Abana y Farfar – que son mejores que todas las aguas de Israel. Si me lavare en ellos ¿no será también limpio?”

Esto nos habla, figurativamente, del que es consciente de su necesidad de perdón de pecados, y de una conversión que renueve su vida, pero que quiere que sea a su manera, tal vez como algo especial y particular, vista la importancia de su caso y su persona.

Le cuesta rebajarse al común denominador en que Dios nos ha puesto a todos por igual – somos todos pecadores necesitados e indignos, y todos necesitamos ir, contritos y humillados, a la misma única fuente de salvación, para así ser lavados, limpiados y transformados.

Para evitar que Naamán regresase defraudado y todavía leproso, el Señor se valió de los criados que le acompañaban – un caso más de vasos pequeños y de poca estima ante los hombres, pero de valor y utilidad en los ojos de Dios.

“Padre mío, si el profeta te mandara alguna gran cosa, ¿no la harías? ¿Cuánto más, diciéndote: Lávate y serás limpio?” (5: 13)

Un razonamiento sencillo, pero de una lógica convincente.

¡Cuántas veces se puede estar dispuesto a hacer grandes cosas, aun con esfuerzo y sacrificio, y no querer someterse a lo pequeño, sencillo y fácil que Dios nos pide.

“Quiero ser un mártir, o hacer un gran sacrificio, y que así Dios me premie y me dé lo que necesito” – todo dentro del marco de las obras, de acumular méritos y así merecer el cielo, porque uno se lo ha ganado.

¡Cuanto más sencillo y sabio es ser humilde, reconocer que uno nada vale, nada tiene y nada puede, y recibir con tierna gratitud aquello tanto mejor que Dios ha preparado para nosotros!

Aquello tanto mejor es la obra completa y perfecta consumada por Jesucristo en la cruz, a la cual nada se le

puede quitar, y nada se le debe añadir. Basta con que, realmente arrepentidos, la recibamos con fe y de buen grado.

Por otra parte, el no someterse a ocupar su lugar en ese común denominador que Dios ha establecido, implica de hecho un desprecio de la obra maravillosa, y tan sacrificada y costosa de Jesucristo en el Calvario, a que ya nos hemos referido.

Cualquier lector que todavía no lo ha hecho, tiene la oportunidad de hacerlo, interrumpiendo la lectura para postrarse ante el Señor y recibir de Él el perdón, la limpieza de corazón y la vida eterna. No la desaproveche.

Afortunadamente, Naamán obedeció el sensato consejo de sus criados y fue y se zambulló siete veces en el Jordán, y su carne se volvió como la de un niño y quedó completamente limpio.

Las siete veces, digámoslo de paso, nos hablan de la necesidad en ciertos casos de la perseverancia y la persistencia de la fe.

Uno se puede imaginar que después de cada zambullida miraría su piel para ver si había alguna diferencia. Al ver que después de la primera, segunda, tercera y cuarta, etc. todo seguía igual, podría haberse desanimado y abandonar. No obstante, tenía que perseverar, y al mismo tiempo, obedecer plenamente el mandato del profeta.

Nos recuerda la ocasión a que ya hemos aludido anteriormente, en que Elías, de rodillas en la cumbre del Carmelo, mientras oraba que el Señor mandase lluvia, instó a su siervo a que fuese siete veces a mirar el cielo a ver si llovía. (1ª. Reyes 18: 42-44)

No obstante, debemos hacer la aclaración de que para que el Señor nos otorgue la salvación y la vida eterna, ¡no hace falta que se lo pidamos siete veces! Con hacerlo una vez, pero con toda sinceridad, basta.

Profundamente agradecido, Naamán regresó al varón de

Dios para decirle que ahora sabía sin ninguna duda que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel, y para ofrecerle de lo que traía como obsequio y recompensa.

La respuesta de Eliseo fue rotunda y terminante:

“Vive Jehová, en cuya presencia estoy (¡calco y figura de su predecesor y padre espiritual!) que no lo aceptaré.”

De nada valió la insistencia de Naamán, quien se marchó entonces, con la promesa de que en adelante no ofrecería holocausto ni sacrificio a otros dioses, sino a Jehová.

Con todo, el relato no termina en esto. Continúa con un episodio final que nos trae una severa advertencia.

El criado Giezi, que vivía tan cerca del varón de Dios, demostró estar tan lejos de él en su espíritu, y además, totalmente ajeno a lo sagrado y maravilloso de lo que había acontecido.

Pensando “Mi señor desaprovechó la ocasión de recibir de este sirio las cosas tan valiosas que traía.” agregó textualmente:

“Vive Jehová, que correré yo tras él y tomaré de él alguna cosa.” (5:20)

¡Qué diferencia en la pronunciación de esas solemnes palabras - “Vive Jehová” - por parte de un auténtico siervo Suyo, y de un pillo sinvergüenza, como demostró ser Giezi!

Corrió tras Naamán, mintiéndole descaradamente, y se salió con la suya, tomando de él dos talentos de plata en dos bolsas, y dos mudas de vestidos nuevos.

En seguida se marchó, haciéndolos guardar en un lugar secreto, y, pensando que nadie se enteraría, se puso delante de Eliseo, como de costumbre y como si no hubiera pasado nada.

No obstante, para su sorpresa y gran consternación, Eliseo supo perfectamente lo que había pasado, merced al Espíritu de verdad que reposaba sobre él.

La sentencia que pronunció y la secuela inmediata, son

algo que debería infundirnos a todos un sano temor y temblor, que nos haga cuidarnos bien de andar siempre en absoluta verdad, rectitud y transparencia.

“Por tanto, la lepra de Naamán se te pegará a ti y a tu descendencia para siempre. Y salió de delante de él leproso, blanco como la nieve.” (5: 27)

“Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará.” (Gálatas 6: 7)

El hacha recobrada del fango.- (2ª. Reyes 6: 1-7)

El siguiente milagro que tomamos es el del hacha de uno de los hijos de los profetas, cuya cabeza cayó en el fango, en el lecho del Jordán.

El lugar en que se encontraban les resultaba muy estrecho, como señal, tal vez, de que estaban experimentando un crecimiento numérico. Por lo tanto, pensaron que sería oportuno trasladarse a la ribera del Jordán, para construir allí una vivienda más amplia que los pudiera albergar mejor.

Eliseo les dio su aprobación, y ellos – los hijos de los profetas, que estaban ahora bajo su tutela – le pidieron que fuese con ellos, a lo cual accedió.

Llegaron al lugar que habían escogido y se pusieron a derribar árboles, de los cuales iban cortando la madera para construir la nueva vivienda.

Sucedió entonces que *“mientras uno derribaba un árbol, se le cayó el hacha en el agua, y gritó diciendo: ¡Ah señor mío, era prestada!”*

Nos detenemos para pasar de aquí en más a desgranar el relato figurativamente, como otra presentación simbólica del evangelio, terreno en el cual las Escrituras son tan fecundas.

En ese simbolismo, el hacha representa nuestra alma, la

vida natural que se nos ha acordado, pero que no es nuestra para que hagamos con ella lo que se nos antoje. Esta vida no es para siempre, sino que, por así decirlo, nos ha sido prestada por unos años, después de lo cual tendremos que rendir cuentas de lo que hemos hecho con ella ante el Juez Supremo.

En sus buenos tiempos, años ha, quien esto escribe usaba bastante el hacha, mayormente para partir trozos de leña para la chimenea. Una de las cosas que aprendió, era que tenía que estar muy pendiente de que la cabeza de metal no estuviera floja, lo que siempre supondría el peligro de soltarse y saltar causando algún daño.

Al menor asomo de que no estuviese bien firme, se detenía para asegurarla, generalmente colocando una cuña que la fijase con firmeza.

El joven hijo de los profetas que tuvo el percance del relato, no debe haber prestado la debida atención, pues antes de caerse la cabeza del hacha, le debe haber estado dando señales de estar floja y que había peligro.

Nos hace pensar cómo en la vida algo parecido puede suceder: querer triunfar en el mundo abriéndose paso a hachazo limpio, a menudo en el pecado, el vicio, los placeres y cosas aun peores, sin darle debida importancia a las señales de peligro gravísimo que se van recibiendo. Inevitablemente, así se termina sepultado en el fango, destrozado e impotente.

Es entonces, y sólo entonces, que se da el grito de ¡socorro! – generalmente dirigido a Dios, o a uno de Sus hijos o siervos.

Eliseo, ante esta situación lo primero que dijo fue: *“¿Dónde cayó?”*

El joven tenía que ubicar y reconocer el lugar preciso de la caída, lo que le facilitaría al profeta el poder auxiliarlo.

Como parte importante del arrepentimiento, esto concuerda con Apocalipsis 2: 5: *“Recuerda, por tanto, de dónde has caído.”*

“Y él le mostró el lugar” (2ª. Reyes 6: 6)

Se trata de identificar y reconocer el lugar o los lugares, la noche o las muchas noches, que llevaron a uno a semejante desenlace.

Sobre esa única base – arrepentimiento, sin excusas ni atenuantes – se puede proceder a aplicar el remedio.

Eliseo cortó un palo y lo echó allí, en ese preciso lugar, e hizo flotar el hacha.

No hace falta mucha imaginación para visualizar en esto un pálido reflejo del madero del Calvario. En el mismo, el bendito Crucificado *“fue hecho pecado por nosotros”* (2ª. Corintios 5: 21) quedando, durante Su crucifixión, sepultado en el fango, por así decirlo.

Se entiende que para hacer flotar el hacha, el palo que arrojó Eliseo tuvo que haberse colocado debajo del hacha, lo que nos da otra idea de la profundidad del sacrificio hecho por Jesucristo a favor nuestro.

Con el milagro logrado a través de ese palo, como vemos por el relato, el hacha volvió a la superficie. Sin embargo, eso no bastaba, como no basta que asintamos a lo que el Señor ha hecho en la cruz, pero sin que pase de ello.

Eliseo en seguida dijo: *“Tómalo. Y el extendió la mano y lo tomó.”*

Debe haber más que un reconocimiento del milagro redentor:- un echar mano de él, apropiándolo personalmente, de manera concreta y definida.

De una forma u otra – unas más graves, otras menos – todos hemos estado hundidos en el fango del pecado.

Querido lector: ¿Ya has sido levantado por el Señor, o sigues en ese lugar, y ese estado tan grave?

De ser así, acude a él en busca de pronto auxilio y toma para ti mismo lo que con tanto amor te ofrece, poniéndolo bien al alcance de tu mano.

No lo postergues, hazlo ahora sin tardar – tal vez no tengas otra oportunidad.

Saeta de salvación y victoria plena.- (2ª. Reyes 13:14-19)

Este último episodio que tratamos no constituye un milagro propiamente dicho. En él se consignan las palabras finales que pronunció Eliseo, las cuales, no obstante, estaban cargadas de todo el rico potencial milagroso de la virtud divina.

El milagro anterior de hacer flotar el hacha, lo hemos visto como una presentación simbólica del mensaje de salvación que nos trae el evangelio.

En lo que viene a continuación, hemos de vislumbrar alegóricamente la vida de victoria y redención plena, a través del prisma sumamente particular y original que nos brinda el texto.

Se acercaba el fin de la larga trayectoria de Eliseo. Joás, el rey de Israel y nieto de Jehú, consciente de que su muerte se avecinaba, se llegó a él y llorando, exclamó:

"¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!"

Era una expresión efusiva del pesar y la angustia que lo embargaban, sintiendo que con su partida quedaría un vacío tremendo. Esa voz profética inconfundible, que se había hecho oír por unas buenas décadas, ya no resonaría más, y en el horizonte no aparecía ninguno que pudiera ser un digno sucesor de un varón de Dios de semejante calibre.

Con todo, la respuesta de Eliseo estuvo exenta de sentimentalismo, y en cambio, tuvo un cariz absolutamente práctico.

"Toma un arco y unas saetas," le dijo. Luego le indicó que pusiera su mano sobre el arco, y poniendo él su mano sobre la suya, le mandó abrir la ventana que daba al Este y que disparase una saeta.

Al hacer esto el rey, Eliseo exclamó:

"Saeta de salvación de Jehová, y saeta de salvación contra Siria; porque herirás a los sirios en Afec hasta consumirlos."

De los muchos enemigos que rodeaban a Israel, los sirios eran en aquel entonces los que los estaban acosando continuamente.

Nos detenemos aquí brevemente para aclarar que el verdadero cristianismo que nos ha inculcado y ejemplificado Jesucristo, nada tiene que ver con odios y enfrentamientos nacionalistas, regionalistas, racistas o de ninguna otra índole.

El murió por todos - judíos, árabes, sirios, europeos, americanos, etc., es decir, por todo el género humano.

Resulta lamentable que en países orientales que practican el islamismo, budismo, hinduismo, etc., toman como punto de referencia para el cristianismo a los países occidentales. De esta manera, asocian con la fe cristiana costumbres, prácticas y aun leyes imperantes en estas naciones, que son en realidad totalmente ajenas y contrarias al auténtico cristianismo. Como dijo Jesús, Su reino no es de este mundo, ni tampoco lo somos nosotros, los que le pertenecemos a Él de verdad.

Ahora bien, en el régimen del Antiguo Testamento, Israel, el pueblo elegido de Dios, estaba rodeado por enemigos tales como los filisteos, amonitas, moabitas, edomitas, sirios, etc.

Cuando Israel obedecía a Dios, en general estaba en paz con todos ellos, o los tenía sujetos, pero cuando desobedecía ellos le atacaban y a menudo oprimían fuertemente. Esto era un medio por el cual el Señor se valía para llevarlos al arrepentimiento y al retorno a la fidelidad hacia Él.

En los tiempos de Eliseo en que estamos, los sirios, como ya dijimos, eran los enemigos que más luchaban contra Israel; de ahí, pues, el relato de la flecha disparada hacia el oriente, representando a Siria.

Sin entrar en más pormenores históricos de aquella época, pasamos a desgranar el contenido alegórico de este episodio, en el cual tenemos la última profecía pronunciada por Eliseo.

En términos prácticos, le está diciendo al rey Joás que, si bien él ha de partir pronto y no estar más, le dejaba como legado los recursos de Dios para pelear exitosamente contra los sirios, hasta llegar a consumirlos.

Esto se encuentra en un claro paralelo con las promesas de Jesús, no sólo de darnos vida en abundancia, sino de conocer la verdad y ser libertados por Él, para así ser (no bastante ni relativamente) sino verdaderamente libres.

Aclarado esto, ahora seguimos viendo cómo Eliseo pasa a decirle al rey que tome su arco, y con las flechas que tenía, golpee la tierra.

Joás le obedece y da uno, dos, tres golpes, y allí se detiene, posiblemente ufano y muy orondo, pensando que lo ha hecho muy bien.

¿Cuál habrá sido su sorpresa al ver que el profeta, lejos de mostrarse satisfecho, le reprende, exclamando con gran indignación!:

“¡Mal hecho! ¡Mal hecho! Tendrías que haber golpeado cinco o seis veces y los consumirías totalmente. Ahora sólo ganarás tres batallas,” que era como decirle, “y las restantes las perderás.”

¿Qué sacamos en limpio de todo esto? Pues el ejemplo hipotético, pero muy práctico y que se da muchas veces, de uno que se inicia en la carrera cristiana, y comienza a echar mano de los medios de gracia que el Señor pone a su alcance - la oración, la fe, la palabra, la sangre y el Espíritu Santo - para vencer a las fuerzas enemigas de su alma.

Así empieza y da un primer golpe - “PUM” - me quitó la droga;” luego un segundo - “PUM” - he vencido al tabaco” “y un tercero - “PUM” también me he liberado del alcohol.”

Llegado a este punto, se relaja, durmiéndose sobre estos tres laureles y pensando que ahora todo estará bien.

¿Y el mal genio de verdadero cascarrabias, o de sisebuta, según el sexo? ¿Y la adicción a películas sucias y

mundanas? ¿Y la coquetería, para presentarse como la más guapa, para que todos la miren y admiren? ¿Y la trampilla y la mentirilla, cuando no conviene que se sepa la verdad? ¿Y la pereza y el desgano, cuando es hora de trabajar y ocuparse en cosas útiles? ¿Y la lengua larga, critica, chismosa o quejosa, que propaga malestar y veneno por doquier?- ¿o el contar cosas de mal gusto, o la repetición o el reírse de chistes verdes? - y en fin, mucho más que se podría agregar.

Pablo nos exhorta en 2ª. Corintios 7:1 a que nos limpiemos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.

Asimismo, en Romanos 8:13 nos dice: *“Si vivís conforme a la carne moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.”*

Una de dos: o terminamos con el pecado, o el pecado terminará con nosotros.

En síntesis: no te quedes corto como el rey Joás. Echa mano de todos los medios de gracia que el Señor ha provisto para ti, y por el poder del Espíritu sé implacable con las obras de la carne y el pecado, vencéndolos por completo.

Así reinarás en vida por Cristo Jesús. (Romanos 5: 17)

Fin de una trayectoria ilustre y ejemplar.-

“Estaba Eliseo enfermo de la enfermedad de que murió.” (2ª. Reyes 13:14)

“Y murió Eliseo, y lo sepultaron...” (13: 20)

Desde luego que, de ninguna manera debe tomarse esta muerte por enfermedad, como debida a falta de fe, o porque había pecado en su vida, como algunos extremistas afirmarían, dando muestras de fanatismo y una crasa ignorancia.

Después de la caída, el ser humano ha sido, y será

siempre, propenso a la enfermedad, en mayor o menor medida.

Nótese además que la tónica del relato apunta a que Eliseo aceptaba el fin de su vida que se avecinaba, debido a su enfermedad, y no hay ningún indicio de que la estuviera rechazando y reprendiendo, y ni siquiera que estuviera orando que el Señor lo sanase..

Hecha esta aclaración, pasamos ahora a sopesar brevemente su trayectoria, que fue, desde todo punto de vista, ilustre y ejemplar, como reza en el subtítulo.

Según ya señalamos, al recibir su llamamiento, se encontraba arando con una yunta de bueyes, y por supuesto, con su mirada fijamente hacia delante, nunca hacia atrás.

Así fueron sus buenos y largos decenios de servicio al Señor; nunca tuvo una etapa de claudicación, ni un desviarse a diestra o a siniestra - fue toda una línea recta ininterrumpida de devoción y fidelidad.

Aun después de su sepultura, el Señor quiso dar otro sello aprobatorio y de beneplácito por su vida, al hacer que reviviese un muerto.

En efecto, durante una incursión de los enemigos moabitas, mientras varios hombres iban a enterrar a un muerto, al avistar una banda armada que se acercaba, arrojaron al muerto inadvertidamente sobre el sepulcro de Eliseo.

"...y cuando llegó a tocar el muerto los huesos de Eliseo, revivió y se levantó sobre sus pies."

Precioso broche de oro de una larga vida que dejó un rico legado de bendición hasta el final, y aun después de la muerte.

Valga como tributo final, el testimonio de la importante mujer sunamita que lo invitaba a comer y hospedarse cuando él pasaba por el lugar:

"Y ella dijo a su marido: He aquí ahora, yo entiendo que éste

*que siempre pasa por nuestra casa, es santo varón de Dios.” (2ª.
Reyes 4:9)*

Varón santo, y además, de gran calibre y autoridad..

9

Jehú, el guerrero titánico, y Jonadab, hijo de Recab.-

Jehú, hijo de Josafat, hijo de Nimsi, fue otra de las tres piezas claves derivadas de la trascendental ocasión en que Elías, después de una épica marcha de cuarenta días, hasta Horeb, el monte de Dios, recibió la divina respuesta para la encrucijada particular de la historia de Israel en que él se estaba desarrollando.

El culto a Baal proliferaba por doquier, y a pesar de su resonante triunfo en el Monte Carmelo, seguía en pie y firmemente atrincherado en casi todo lugar.

La gran carga que él sentía, estaba reflejada en lo que ya vimos que le dijo al Señor dos veces, a poco de llegar a Horeb.

“He sentido un vivo celo por Jehová, Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas, y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida.” (1ª. Reyes 19:10 y 14)

Primero vinieron las tres manifestaciones del gran poder de Dios, poder éste que iba a solventar el cumplimiento del mandato y las promesas dadas con el silbo apacible y delicado que vino a continuación.

Una parte del mandato y de las promesas era el

ungimiento de Jehú por rey sobre Israel. Todo indica que cronológicamente fue la última en cumplirse.

Ni Elías y ni siquiera Eliseo, sino un hijo de los profetas enviado por este último, fue quien transmitió el mandato a Jehú. No obstante, su verdadera procedencia en realidad era de aquella ocasión memorable acaecida en Horeb, y que ya hemos comentado ampliamente.

Tal como consta en el relato, Eliseo comisionó a un hijo de los profetas a que fuese a Ramot de Galaad, llevando una redoma de aceite. Allí se debía encontrar con los príncipes del ejército, y tenía que llamar de entre ellos a Jehú, derramar el aceite de la redoma sobre su cabeza y transmitirle la proclamación de su persona como rey de Israel, con el mandato de herir y destruir toda la casa de Acab.

Si bien el hijo de los profetas no llegó a expresarlo, el mandato también se hacía extensivo a exterminar el culto de Baal por completo, llevando de esa forma a buen fin aquello por lo cual Elías, sobre todo, había luchado y sentido tan vivo celo.

El anónimo hijo de los profetas cumplió su cometido fiel y puntualmente, después de lo cual se marchó de inmediato.

Llenos de curiosidad, los demás príncipes preguntaron a Jehú si había paz, y con cierta sorna:

“¿Para qué vino a ti aquel loco?” (2ª. Reyes 9:11)

Jehú primero se mostró remiso, pero ante la insistencia de ellos les contó que le había dicho:

“Así ha dicho Jehová: Yo te he ungido por rey sobre Israel.”

Esto bastó para que cada uno tomase apresuradamente su manto y lo pusiese debajo de Jehú en un trono alto, a la par que se tocase trompeta y todos dijese a gran voz:

“Jehú es rey”

Sin perder tiempo, Jehú les exhortó a que ninguno escapase de la ciudad para dar la noticia en Jezreel, donde

el rey Joram, hijo de Acab, se encontraba, curándose de heridas sufridas en combate contra los sirios. Lo acompañaba Ocozías, rey de Judá.

En seguida se puso en marcha para emprender un derrotero que hemos de comentar en el resto del capítulo.

Antes de pasar a hacerlo, debemos señalar el efecto que surtió sobre él esa unción con el aceite de la redoma.

De ser un príncipe y capitán del ejército entre muchos otros, pasó a ser el rey de todo Israel; y al espíritu impetuoso y aguerrido que evidentemente ya poseía, se añadió tal grado de fortaleza y bizarría, que de ahí en más se convirtió en un luchador titánico, al cual nadie podría vencer ni resistir.

Esto es como un pequeño reflejo de lo que sucede en el reino espiritual, cuando se recibe la verdadera y santa unción de lo alto. Nos constituye en reyes y en vencedores.

Los acontecimientos en los cuales tuvieron cumplimiento los dos mandatos – el de exterminar a toda la casa de Acab y acabar por completo con el culto de Baal – fueron muy sangrientos.

Por esto algunos consideran a Jehú como un personaje cruel y sanguinario, pero para sopesar las cosas con precisión, debemos tener bien presente que la ley mosaica establecía que todo el que incitase a la idolatría y al culto de dioses ajenos y extraños debía ser muerto. (Ver Deuteronomio 13:1-11)

Por lo tanto, creemos que mal podemos enjuiciar y condenar a quien hizo precisamente lo que la ley de ese entonces prescribía, con el agregado de haberlo hecho por expreso mandato divino y con una unción particular para ese fin.

El primero en ser eliminado por Jehú fue Joram, rey de Israel, hijo de Acab. Después de darle muerte por un certero disparo, Jehú ordenó a Bidcar, su capitán subalterno inmediato, que lo echase a un extremo de la heredad de Nabot, que se encontraba en Jezreel.

Esto lo hizo plenamente consciente de que, unos años antes, por boca de Elías, el Señor había pronunciado la sentencia de que había visto la sangre de Nabot, injusta y pérfidamente derramada, y que le daría la paga en ese mismo lugar. (Ver 2ª. Reyes 9: 24-26 y 1ª. Reyes 21: 19)

Posteriormente “le tocó el turno” a Ocozías, rey de Judá, que estaba emparentado con la casa de Acab y había ido a Jezreel, estando en alianza con Joram.

A continuación fue muerta Jezabel, y en cuarto término, la guillotina de la espada de Jehú alcanzó a cuarenta y dos varones, hijos de Ocozías, rey de Judá que se encontraban en una casa de esquila, en el camino a Samaria. Al enterarse de quiénes eran, y que habían venido a saludar a los hijos del rey de Israel y de la reina, sin miramientos dio la orden de que los prendiesen y degollasen, y no quedó vivo ninguno de ellos.

Finalmente llegó a Samaria donde liquidó a cuantos quedaban de la casa de Acab, sin que quedase vivo ni uno de ellos, conforme a la palabra del Señor pronunciada años antes por Elías.

De estos cinco acontecimientos, sólo comentamos el de la muerte de Jezabel, quien, al enterarse de lo que estaba pasando y saber que Jehú entraba en Jezreel, se dispuso a enfrentarlo.

Envejecida en idolatría, maldad y engaño, con su soberbia crónica se pintó los ojos, atavió su cabeza y se asomó a la ventana increpando a Jehú con la pregunta:

“¿Sucedió bien a Zimri, que mató a su señor?”

Esto lo dijo con referencia al caso de ese rey anterior que había dado muerte al rey Baasa, pero que muy poco después fue derrotado y muerto por Omri, padre de Acab su marido, y por consiguiente suegro suyo.

Jehú no le respondió, sino que, dirigiendo su mirada hacia arriba levantó su voz, diciendo:

“¿Quién está conmigo? ¿Quién?”

En seguida se inclinaron hacia él dos o tres eunucos. Seguramente que servirían a Jezabel, peinándole los rizos y quizá alcanzándole cualquier objeto o prenda de vestir que le hiciese falta.

Jehú les dijo: *“Echadla abajo.”*

En su voz debe haber habido una vibración marcial, saturada de ese espíritu fogoso y guerrero que le era característico.

Lo cierto es que esos eunucos tan inofensivos, serviciales y apocados, experimentaron una transformación radical, y con toda energía tomaron a Jezabel, uno por los pelos y el otro por los pies, y la arrojaron desde arriba.

Cayendo pesadamente, su sangre salpicó una pared y en los caballos de Jehú y sus escoltas. Después de atropellarla, Jehú entró a comer y beber, dejando su cadáver tendido en ese lugar.

Al terminar y salir con el ánimo de sepultarla en atención a que era hija de un rey, se encontró con que sólo había quedado la calavera, con sus pies y las palmas de la mano.

Fue entonces que recordó otra predicción de Elías.

“Ésta es la palabra de Dios, la cual él habló por medio de su siervo Elías, diciendo: En la heredad de Jezreel comerán los perros las carnes de Jezabel. Y el cuerpo de Jezabel será como estiércol sobre la faz de la tierra en la heredad de Jezreel, de manera que nadie pueda decir: Ésta es Jezabel.” (2ª. Reyes 9: 36-37)

Así quedó plenamente saldada una vieja cuenta pendiente, y la infame y malvada Jezabel llegó a su justo fin.

Jehú y Jonadab, hijo de Recab.-

Mientras Jehú se dirigía a Samaria, se encontró con Jonadab, hijo de Recab, un varón ilustre y honorable de verdad, al cual no debemos confundir con otro Jonadab anterior, sobrino del rey David, que era un hombre muy astuto y malicioso.

Después de saludarlo, Jehú le preguntó:

“¿Es recto tu corazón, como el mío es recto con el tuyo?”

Seguramente que pesaba en el ánimo de Jehú que podría haber alguna posibilidad de que Jonadab no aprobase su levantamiento contra el rey de Israel, y quería cerciorarse por lo tanto si podía o no contar con su consentimiento y apoyo.

Lacónicamente, pero sin el menor titubeo, Jonadab replicó:

“Lo es” a lo cual Jehú le dijo:

“Pues que lo es, dame la mano.”

Así se dieron un cálido y fiel apretón de manos, y a continuación lo hizo subir en su carro real, diciéndole:

“Ven conmigo, y verás mi celo por Jehová.”

De ahí en más, acompañado por Jonadab, llegó a Samaria, donde acabó por completo el exterminio de la casa de Acab.

Seguidamente pasó a ocuparse del culto de Baal, y obrando con suma astucia, mandó llamar a todos los profetas de este dios falso, con la consigna de que se presentasen todos, sin que faltase ninguno, para un gran sacrificio a Baal, con la amenaza de que quien faltase de ellos sería muerto.

Así el gran templo que había se llenó de extremo a extremo. Cuidándose bien de que no hubiese entre los presentes ningún siervo del Señor, llegada la hora del holocausto, dio la orden al personal de su guardia y a los capitanes, que entraran y dieran muerte a todos, sin que se escapase ninguno.

Hecho esto, sacaron las estatuas del templo y las quemaron, y la gran estatua de Baal fue quebrada y el templo derribado y convertido en letrinas *“hasta hoy,”* es decir hasta la fecha muy posterior en que se escribió esta crónica en el libro segundo de Reyes.

Esto marcó el fin del cumplimiento del mandato que había recibido.

Aun cuando en una obra anterior ya nos hemos referido a Jonadab, hijo de Recab, volvemos ahora a dedicarle unos párrafos, dado que, como hemos estado viendo, la narración relaciona la trayectoria de Jehú con su figura, que fue sin duda la de un digno varón, contemporáneo de él.

Se lo conoce como el padre de los recabitas, y en el capítulo treinta y cinco de Jeremías se nos brinda el relato de un episodio que pone de relieve su personalidad fiel, noble y de gran peso y autoridad.

En efecto: muchos años después de la época de Jehú, Jeremías recibe una orden del Señor de ir a casa de los recabitas en Jerusalén, e invitarlos a la casa de Jehová, y darles a beber en uno de los aposentos de la misma.

Así lo hizo, poniendo delante de ellos tazas y copas llenas de vino y diciéndoles: “Bebed vino.”

La respuesta de los recabitas fue tajante y rotunda:

“No beberemos vino, porque Jonadab, hijo de Recab nuestro padre nos ordenó diciendo: No beberéis jamás vino vosotros ni vuestros hijos...y nosotros hemos obedecido a la voz de nuestro padre Jonadab, hijo de Recab en todas las cosas que nos mandó, de no beber vino en todos nuestros días, ni nosotros, ni nuestras mujeres, ni nuestros hijos, ni nuestras hijas.” (Jeremías 35: 6 y 8)

Como resultado, el Señor señaló el contraste absoluto entre la fiel obediencia de los recabitas a su padre Jonadab, y la desobediencia y rebeldía, obstinadas y crónicas, del pueblo de Judá para con Él.

Pasó en seguida a pronunciar un juicio severísimo que recaería sobre Su pueblo infiel, a la vez que formuló una preciosa promesa para la posteridad de Jonadab.

Antes de comentar esta última, nos hacemos un deber detenernos brevemente para una sencilla pero importante aclaración.

De ninguna manera puede tomarse este pasaje como una prohibición bíblica de beber vino.

El Señor lo bebía cuando se daba la ocasión, aunque por

supuesto, con moderación y absoluto dominio propio.

Asimismo, en 1^a. Timoteo 5: 23 Pablo le escribe a Timoteo:

“Ya no bebas agua, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades.”

Es posible que el consejo de que no bebiera agua, se debería a que en esas regiones en que estaba Timoteo, el agua no sería todo lo pura que era dable esperar.

Pero como vemos, no se prohíbe el vino, sino que en ese caso particular se aconseja que se haga uso de un poco del mismo.

Como un consejo sabio y prudente, redondeamos diciendo que quien lo beba hará bien en hacerlo con precaución y moderación, para no caer preso en el alcoholismo, como tristemente les ha acontecido a muchos.

Pero lo que está en el tapete en el caso de los recabitas, y que se subraya en el relato, no es esto, sino la obediencia de ellos a su padre Jonadab, y su fiel perseverancia en la misma a través de años y siglos.

De hecho, durante todo ese tiempo se les deben haber presentado muchas tentaciones de ceder, desobedecer y faltar a la palabra empeñada, pero ellos no se volvieron atrás de ninguna forma.

La obediencia y el fiel cumplimiento de la palabra que se ha dado, son dos cosas de capital importancia en nuestra relación con Dios y los semejantes.

Quien desobedece, o “borra con el codo lo que ha escrito con la mano”, por usar un dicho del argot rioplatense, está haciendo algo que el Señor desapruueba totalmente, y que lo ubica a uno - lo entienda o no lo entienda, le guste o no le guste - claramente dentro de la parcela del desobediente máximo y el infiel supremo.

Sepamos tener esto bien presente, para no faltar en el terreno de la obediencia y para no ceder ante la tentación de romper la palabra o promesa que se ha dado, aun cuando,

por cumplirla, las circunstancias se tornen desfavorables.

“Jehová, ¿Quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu santo monte?”

“El que aun jurando en contra suyo, no por eso cambia.”
(Salmo 15: 1 y 4b)

Hace muchos años el autor era sumamente aficionado al ajedrez. No obstante, con el correr del tiempo se dio cuenta de que le era un estorbo en el ministerio, pues le apasionaba obsesivamente.

Por lo tanto, hizo un voto ante el Señor de que en toda su vida no volvería a jugar una sola partida.

Eso fue hace muchos años, y con el correr del tiempo ha tenido alguna que otra ocasión de jugar alguna partida, lo cual, humanamente hablando, le habría encantado.

Sin embargo, no lo ha hecho ni lo hará, porque sabe bien que eso sería faltar a la palabra empeñada, y podría también ser como la chispa que encendiese otra vez esa enorme pasión que tenía por el juego ciencia, como se lo suele llamar.

Ahora pasamos a la preciosa promesa hecha a la posteridad de Jonadab:

“Por cuanto obedecisteis...por tanto, así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: No faltará de Jonadab, hijo de Recab, un varón que esté en mi presencia todos los días.” (Jeremías 35:18-19)

No tomemos estas palabras – *“que esté en mi presencia”* – en la forma superficial, algo vacía y hueca, que se les suele dar como resultado de su uso frecuente y rutinario.

Tratemos en cambio de comprenderlas en algo de su verdadero alcance, con toda la reverencia y el temor y temblor que presupone estar en semejante sacrosanta y gloriosa presencia.

Con su vida fiel y noble, y con todo el peso y la autoridad que ella le acordaba, Jonadab pudo dejar a su posteridad este legado de valor inestimable.

Sepamos asimilar cumplidamente todo esto, que es muy

básico, pero en lo cual, lamentablemente, muchos fallan y tropiezan.

Antes de dejar atrás la figura de Jonadab, debemos tocar brevemente el rico contenido alegórico que se deriva del encuentro suyo con Jehú, el hijo de Nimsi, rey de Israel.

En el mismo, podemos vislumbrar a Jesús, el Hijo de Dios, Rey de reyes, avanzando en su carroza de batalla, deteniendo su marcha aquí y allá, y fijando la mirada en uno y en otro, a la par que dirigiendo a cada uno la misma pregunta:

“¿Es recto tu corazón, como el mío es recto con el tuyo?”

Lo hace con el deseo de poder estrecharnos la mano de verdad, y hacernos subir con Él a Su carro real, para luchar a Su lado en la lid más noble y bendita.

Eso sí, necesita imprescindiblemente que nuestro corazón sea absolutamente leal para con Él, en una línea recta ininterrumpida de santa y fiel devoción a Su persona y Su voluntad.

¿Podrás tú también, caro lector, darle una respuesta afirmativa, así como lo hizo Jonadab?

Valoración del reinado de Jehú.-

Para finalizar el capítulo, pasamos a señalar que, de los monarcas del reino del Norte - el de Israel - Jehú es el único del cual se consignan cosas favorables en las crónicas bíblicas.

Bien es cierto que él no se cuidó de andar en la ley de Jehová, pues no quitó los becerros de oro que Jeroboam, hijo de Nabat, había mandado erigir en Betel y Dan, lo que evidentemente debiera haber hecho.

Sin embargo, y hecha esta salvedad, debemos puntualizar el testimonio que el Señor mismo dio de él hacia el final de su reinado.

“Y Jehová dijo a Jehú: Por cuanto has hecho bien ejecutando lo recto delante de mis ojos, e hiciste a la casa de Acab conforme a

todo lo que estaba en mi corazón, tus hijos se sentarán sobre el trono de Israel hasta la cuarta generación.” (2ª. Reyes 10:30)

Creemos que, si al final de nuestra carrera el Señor nos pudiera decir semejantes palabras: Has ejecutado lo recto delante de mis ojos, e hiciste todo lo que estaba en mi corazón - nos podríamos dar por muy satisfechos.

Además, ese sello aprobatorio lo rubricó con la promesa de que su hijo, su nieto, su biznieto, y el hijo de éste, lo sucederían en el trono de Israel.

Esto se cumplió puntualmente, lo que resultó en una dinastía que duró ciento tres años y seis meses.

Como siervos de Dios, aspiramos a que nuestros hijos espirituales sigan llevando bien en alto la antorcha del sagrado ministerio, hasta el tiempo de la segunda venida, lo cual nos llenará a todos de la más íntima satisfacción.

10

Nabucodonosor, Belsasar y el triple galardón.

Una de las muchísimas virtudes que tiene la Biblia, es la de presentarnos personajes y acontecimientos de los más variados, inesperados e interesantes.

El gran emperador de Babilonia, Nabucodonosor, constituye un caso muy puntual en ese sentido.

Actuando Dios como el soberano del universo que es, quiso levantarlo y ponerlo por encima de las demás naciones de su época. A las que se sometían a él las bendecía bajo sus alas, mientras que las que se rebelaban y luchaban contra él, eran subyugadas y sometidas a fuertes tributos.

El Señor lo utilizó a él y a sus huestes para consumir Su severísimo castigo a Judá y Jerusalén. Destruyeron la ciudad, quemaron a fuego el templo erigido siglos antes por Salomón, y llevaron en cautiverio a millares de hombres, mujeres y niños israelitas.

Pero además de eso, tenemos constancias en el libro de Daniel de un trato divino muy especial para con él, que lo llevó finalmente a reconocer, alabar, engrandecer y glorificar al Rey del cielo, y a humillarse totalmente delante de él.

Esto no fue nada fácil, dada la extrema grandeza, pompa y prosperidad de su imperio y su persona, pero el Señor lo logró merced a tres manifestaciones portentosas y muy particulares de Su eterno poder y sabiduría.

El sueño de Nabucodonosor.-

La primera de ellas fue su famoso sueño, que lo perturbó en sumo grado, pero que no lo podía recordar.

Antes de continuar, acotamos que ésta no fue la única ocasión consignada en las Escrituras en que Dios perturbó el sueño de grandes emperadores para advertirles acerca de hechos importantes.

Tenemos también los casos de Faraón y su sueño de las vacas gordas y las flacas (Génesis 41), el de Asuero en Ester 6 y el de Darío en Daniel 6:18-20.

Ninguno de los sabios, magos, astrólogos ni encantadores de Nabucodonosor pudo hacerle recordar su sueño, ni mucho menos descifrar su significado.

Así las cosas, Daniel entró en la escena, y por la sabiduría de lo alto pudo hacer las dos cosas: señalarle exactamente qué era lo que había soñado, y darle la interpretación detallada de su significado.

En pocas palabras, en el sueño había visto una gran imagen, de gloria muy sublime, con la cabeza de oro, su pecho y sus brazos de plata, su vientre y sus muslos de bronce, sus piernas de hierro y sus pies en parte de hierro y en parte de barro cocido.

En la prosecución del sueño, apareció una gran piedra que hirió a la imagen en sus pies de hierro y de barro y los desmenuzó. El resto de la imagen, en su parte de oro, plata, bronce y hierro, también fue desmenuzado y no quedó nada de ella, más la piedra que la hirió quedó como un gran monte que llenaba la tierra.

Este sueño, digamos de paso, ha tenido aceptación general como una fehaciente predicción profética de la historia a grandes rasgos.

La cabeza de oro, tal como la interpretó Daniel, representaba el reinado e imperio de Babilonia; la parte de plata que le seguía, el de los medos y persas; la de bronce,

el de Grecia, y la de hierro y hierro mezclado con barro, el imperio romano.

Fue en ese tiempo de la hegemonía romana, que Jesucristo, la Roca eterna, vino a este mundo para comenzar a establecer Su reino, que es a la vez el reino de Dios, el cual está destinado a llenar la tierra en toda su plenitud.

Al oír las palabras de Daniel, que con tanta exactitud le recordó lo que él había soñado y le descifró su significado, Nabucodonosor se postró sobre su rostro y se humilló ante él, reconociendo que su Dios es Dios de dioses y Señor de los reyes y el que revela los misterios que ningún otro puede develar.

Éste fue el primer impacto, grande y maravilloso, que recibió Nabucodonosor; pero, sin embargo, no bastó. Hacían falta dos estocadas más, muy fuertes y certeras, para demoler su soberbia y llevarlo a ese lugar de un reconocimiento de Dios real y profundo, y una humillación total ante Él.

La gran estatua de oro de Nabucodonosor.-

La soberbia de Nabucodonosor, con sus profundas raíces en la grandeza y pompa de su imperio formidable, todavía daba abundantes señales de presencia.

Tuvo en su corazón hacer una gran estatua de oro, y citó para el día de su dedicación a todas las autoridades de su vasto imperio.

A través de un pregonero, hizo anunciar en alta voz que al oír el son de la bocina, la flauta y demás instrumentos musicales, todos debían postrarse y adorar a la estatua de oro que había hecho levantar, so pena de ser echado en el horno de fuego quienquiera que no lo hiciese.

Daniel no se encontraba en el lugar donde sucedió esto, pero en cambio sus compañeros Sadrac, Mesac y Abed-nego estaban presentes, y haciendo gala de enorme valor rehusaron obedecer y postrarse y adorar la estatua de oro.

Esto se le comunicó a Nabucodonosor, quien de inmediato mandó que compareciesen delante de él.

Al negarse ellos rotundamente a doblegarse, se encolerizó en grado sumo, mandando que el horno se calentase siete veces más de lo acostumbrado.

Los tres valientes fueron así echados en él, desafiando así valerosamente las altivas palabras anteriores del emperador:

“¿Y qué dios será aquél que os libre de mi mano?” (Daniel 3:15b)

El calor del horno y sus voraces llamas era tal que los hombres que los echaron dentro murieron quemados de inmediato.

A muy poco, observando la escena a distancia prudencial, Nabucodonosor de repente se llenó de espanto, y preguntó a sus consejeros que le rodeaban:

“¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego?”

“Ellos respondieron: Es verdad, oh rey.”

“Y él dijo: He aquí, yo veo cuatro varones sueltos que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño, y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses.” (Daniel 3:24-25)

¡Qué escena conmovedora y maravillosa!

“Cuando pases por el fuego no te quemarás, ni la llama arderá en ti” había prometido el Señor a Sus fieles unos buenos años antes. (Isaías 43: 2b)

Aquí, estos tres varones fieles hasta la muerte, estaban comprobando la gran fidelidad del Señor, al cumplir Su promesa en las condiciones más extremas. Y todavía con el agregado de que el Hijo de Dios estaba a su lado, para acompañarlos y honrarlos en semejante situación.

Así sucede a menudo. En la prueba más dura y difícil, el Señor por una parte nos comunica la gracia necesaria para que salgamos ilesos, y por la otra, nos consuela de una manera especial, haciéndonos muy conscientes de Su presencia y amor inalterable.

La secuela de este segundo episodio fue que

Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno, dirigiéndose a ellos en un tono muy distinto. Aplacada totalmente su intensa ira, les dijo:

“Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios altísimo, salid y venid.”

Al hacerlo ellos, tanto el rey como todos sus oficiales y magistrados quedaron admirados y estupefactos, al comprobar que los cuerpos y la ropa de ellos no mostraban señal alguna de quemadura, y ni siquiera tenían olor de fuego.

Como consecuencia inmediata, Nabucodonosor bendijo al Dios de estos tres varones y decretó que todo el que dijere blasfemia contra Él, fuera descuartizado y su casa convertida en muladar, agregando : *“por cuanto no hay dios que pueda librar como éste.”* (Daniel 3: 26-29)

Además, engrandeció a los tres héroes en la provincia de Babilonia.

Sin embargo, Nabucodonosor todavía no había tocado fondo, y, plenamente sabedor de ello, el Señor tenía preparada la tercera estocada, la cual, felizmente, iba a ser la vencida.

Una experiencia insólita.-

Otra vez las cosas comenzaron por un sueño que lo espantó y le hizo dar muchas vueltas en la cabeza, sintiéndose sumamente turbado.

Si bien esta vez recordaba el sueño, al igual que en la oportunidad anterior, los sabios y astrólogos de su reino no pudieron interpretárselo.

Tuvo que ser llamado Daniel, quien al oír el sueño quedó atónito por un buen rato, pues el sueño presagiaba algo muy grave.

No obstante, se lo declaró al rey en su totalidad, añadiendo el consejo de que tratase de redimir sus pecados haciendo justicia y misericordias para con los oprimidos,

por si tal vez esto serviría para prolongar su tranquilidad.

Sin embargo, transcurridos doce meses su soberbia volvió a manifestarse abiertamente. Paseándose en el palacio real y viendo su lujo y grandeza, exclamó:

“¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder y para gloria de mi majestad?” (Daniel 4: 29-30)

De inmediato vino una voz del cielo, anunciándole lo que le iba a suceder, y lo cual se cumplió en la misma hora. Fue echado de entre los hombres y comía hierba como los bueyes, y su cuerpo se mojaba con el rocío del cielo, hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves.

Estuvo en ese estado tan sorprendente por siete largos años, y se supone que durante ese período Daniel administraba los principales asuntos del palacio.

Finalmente, alzó sus ojos al cielo y le fue devuelta la razón, y bendijo al Altísimo y alabó y glorificó al que vive para siempre. Junto con la recuperación de su sano juicio, su majestad, dignidad y grandeza le fueron también devueltas, y fue restablecido en su trono, y mayor grandeza le fue añadida.

Terminó por alabar, engrandecer y glorificar al Dios del cielo *“porque todas sus obras son verdaderas y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan en soberbia.”* (4: 37)

El Señor evidentemente se dio por satisfecho con esto, habiendo logrado alcanzar plenamente Su propósito.

En conclusión, dos matizaciones importantes.

- 1) A veces el Señor tiene que llevarlo a uno al borde de perder la razón, para hacerlo “pasar por el aro” de someterse plenamente a Él, y deponer toda rebeldía y arrogancia.
- 2) Se puede pensar que la soberbia de Nabucodonosor fue extrema y desmedida, o que la primera experiencia, o bien las dos primeras, deberían

haber bastado; no obstante, si estuviéramos revestidos de tanta fama, grandeza y majestad como las que tuvo él ¿no seríamos nosotros también proclives a envanecernos y engrandecernos, y no le resultaríamos al Señor un hueso igualmente duro de roer?

Belsasar y la inquietante escritura en la pared.-

Belsasar sucedió a su padre en el trono, y el capítulo siguiente del libro de Daniel – el quinto - en el que se nos habla de él, es otra de las muchas páginas de las Escrituras que resultan muy fecundas en verdades, y en preciosas e importantes analogías.

Es la historia de un gran banquete dispuesto por el mismo Belsasar para mil de sus príncipes; un banquete que empezó con gran regocijo, pero que tuvo un trágico fin.

Significativamente se nos dice que *“en presencia de los mil bebía vino”*, y a renglón seguido se nos cuenta lo que hizo *“con el gusto del vino.”*

No está demás que citemos aquí dos advertencias sobre el vino, consignadas en Proverbios 20:1 y 23: 31-33 respectivamente:

“El vino es escarnecedor, la sidra alborotadora, y cualquiera que por ellos yerra no es sabio.”

“No mires al vino cuando rojea, cuando resplandece su color en la copa. Se entra suavemente; mas al fin como serpiente morderá, y como áspid dará dolor.”

“Tus ojos mirarán cosas extrañas y tu corazón hablará perversidades.”

El gusto del vino impulsó a Belsasar a hacer una gran perversidad. Mandó traer los vasos de oro y plata que su padre había llevado del templo de Jehová en Jerusalén, para que bebiesen en ellos todos los presentes, lo cual hicieron, pero alabando al mismo tiempo a los dioses de oro y de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra.

Fue como una terrible mofa al único Dios verdadero, que provocó una pronta respuesta de Su parte.

De repente aparecieron los dedos de una mano de hombre, que escribían en la pared, delante del candelero, a la vista del rey y de sus invitados.

Había un algo muy solemne e inquietante en lo que estaba sucediendo, y el rey en seguida se puso pálido, se turbó sobremanera y empezó a temblar.

Lleno de pánico, gritó en alta voz que hicieran venir a los magos, caldeos y adivinos, agregando que cualquiera que le leyese la escritura y le mostrase su significado, sería vestido de púrpura, llevaría un collar de oro y ocuparía el tercer lugar en el reino.

Ninguno de ellos pudo hacerlo, y la atmósfera toda del banquete sufrió un vuelco total, con el rey sumamente turbado y pálido, y todos los presentes extremadamente perplejos.

No obstante, la reina, al oír lo que estaba pasando, dando muestras de gran cordura y presencia de ánimo, exhortó al rey a tranquilizarse, recordándole que en los días de su padre había un varón que merced al “espíritu de los dioses santos” que moraba en él, tenía luz, inteligencia y sabiduría para descifrar enigmas, e interpretar sueños.

Inmediatamente Daniel fue llamado, y por esa gracia y autoridad divina que reposaba sobre él, pasó en seguida a dominar la situación diciendo:

“Leeré la escritura al rey y le daré la interpretación.”

Pasó entonces a recordarle las portentosas maravillas con que el Altísimo se había manifestado a su padre Nabucodonosor, y de las cuales él tenía pleno conocimiento, agregando esta dura y grave sentencia:

“Y tú, su hijo Belsasar, no has humillado tu corazón, sabiendo todo esto, sino que contra el Señor del cielo te has ensoberbecido...y diste alabanza a dioses de plata y oro...que ni ven, ni oyen ni saben; y al Dios en cuya mano está tu vida y cuyos son todos tus caminos, nunca honraste.”

Un dictamen gravísimo, que debe constituir una severa y solemne advertencia para quienes adoran ídolos e imágenes, y no al Dios único y verdadero.

Sin detenerse, Daniel pasó a leer la escritura y explicar su significado. En síntesis, Dios había contado su reino y le había puesto fin; había sido pesado en balanza y hallado falto, y su reino había sido roto y dado a los medos y persas.

Esa misma noche murió Belsasar, y Darío, rey de Media, asumió el reinado,

Entre otras cosas de importancia que surgen de este relato, debemos señalar la gran responsabilidad que recae sobre el ser humano, ante las evidencias que recibe de la existencia de un Dios Creador y Soberano Supremo.

Las mismas se derivan en primer lugar del mundo en que vivimos y sus muchas maravillas, que son un testimonio incuestionable.

A esto hay que agregar, seguidamente, los hechos, significativos unos, portentosos otros, sencillos pero elocuentes otros, por medio de los cuales despliega Su existencia, sabiduría y providencia, al actuar y ejecutarlos, no sólo en la vida propia de uno, *sino en la de familiares y personas conocidas o allegadas.*

Este último aspecto quedó claramente puntualizado por el caso en que estamos. Belsasar sabía muy bien todo lo que Dios había hecho en la vida de Nabucodonosor, su padre, y eso hacía recaer sobre él la gran responsabilidad de corresponder, y honrarlo debida y cabalmente.

Nada de eso hizo, continuando con su vida idolátrica y despreocupada del Altísimo, y eso le acarreó las terribles consecuencias que hemos visto.

Hace unos veinticinco años, en una ocasión el autor predicó sobre este capítulo en una pequeña congregación de hermanos gitanos en Asturias.

A una etapa muy temprana de la predicación, se refirió a la gran responsabilidad que recae sobre el pueblo gitano, ante el hecho de que Dios se haya manifestado tan abierta y

poderosamente en las vidas de muchísimos de ellos, liberándolos, transformándolos radicalmente, sanando a muchos de enfermedades, prosperándolos y dignificándolos de una forma evidente y maravillosa.

Felizmente, a diferencia del caso de Belsasar, en esta ocasión el desenlace fue muy favorable y satisfactorio.

Sucedió que una mujer que estaba presente, se incorporó y se puso en pie delante del púlpito. Por unos breves momentos el autor continuó predicando, pero muy pronto se dió cuenta de que tenía que detenerse y preguntarle qué le pasaba.

Contestó que quería entregar su vida al Señor, y mientras procedía a guiarla en la oración de entrega, se acercó su marido con la misma inquietud y deseo. Procedió a atenderlo a él, y en tanto lo hacía advirtió que un joven adolescente, hijo de ellos, se había sentado junto al pastor, quien estaba orando por él para que recibiese el Espíritu Santo.

De esta manera, la reunión siguió un curso inesperado, sin más predicación, y con un regocijo general que se tradujo en un buen rato de fervorosa alabanza.

La pequeña congregación había estado orando especialmente a favor de esa familia, y le plugo al Señor usar ese punto de la responsabilidad que recaía sobre ellos, como el detonante para que pudiese darse esa explosión de bendición sobre los tres - padre, madre e hijo - y por añadidura, sobre el resto de la congregación.

Fue una experiencia singular, y personalmente resultó muy grato que el Señor desprogramase el resto de la predicación, para darle a la reunión un curso tan distinto.

Adicionalmente, el autor recuerda que estaba padeciendo de un dolor de muelas, el cual desapareció al pasar a tomar la palabra.

Volviendo al rey Belsasar, inmediatamente después de escuchar la sentencia de la escritura en la pared, se nos dice

que mandó vestir a Daniel de púrpura, ponerle un collar de oro, y proclamar que era el tercero en el reino.

Vista la extrema gravedad de la sentencia que Daniel le había descifrado, cabe suponer que muy bien se podría haber encolerizado con él, negándole lo que le había prometido.

Sin embargo, vemos que no hubo nada de eso, sino que, sin demora, procedió a hacerlo cumplir al pie de la letra.

Esto da lugar a que podamos pensar que, a pesar de su muerte esa misma noche, Belsasar haya experimentado un arrepentimiento de último momento, merced al cual haya alcanzado, o bien alcanzará, alguna misericordia en el juicio ulterior ante el trono divino.

Esto es una conjetura nuestra, sin que tengamos un asidero claro en el relato que la corrobore. No obstante, sabemos que la misericordia del Señor es infinita, lo cual hace que no pueda descartarse de plano y totalmente.

La triple recompensa.-

Ahora pasamos a desgranar el simbolismo de la triple recompensa prometida por Belsasar. Nos adelantamos para anticipar que se trata de un triple galardón, que Jesús otorga en la vida práctica a quienes le son fieles y le aman y buscan de verdad, y de todo corazón.

A) *Será vestido de púrpura.*- Como es bien sabido, los principales colores tienen un significado concreto en las Escrituras. El celeste, por ejemplo, nos habla de lo celestial; el blanco, de la santidad, y así sucesivamente. La púrpura representa la realeza, la cual el Señor Jesús, como Rey de Reyes que es, nos ha conferido a través de la semilla reproductiva de Su sangre. Desde el luego que no se trata de que estemos sentados en un trono de marfil y terciopelo, pulsando un botón toda vez que

querramos que la servidumbre nos traiga algo. Se trata de algo mucho más práctico – *de reinar en vida* – según Romanos 5:17.

“Mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia.”

Antes de entrar en una nueva vida en Cristo, son muchas las fuerzas contrarias que reinan en la vida del hombre y la mujer. Algunas incluso pueden seguir operando después de la conversión, si uno no se cuida de vivir muy cerca de Dios y en cumplida consagración y obediencia.

Entre otras, podemos citar el desorden, el temor, la tristeza, la soledad, la depresión, la tibieza, la duda, el o los vicios, y un sinnúmero más, que de alguna manera podemos englobar bajo el común denominador de pecado.

Como hemos visto más arriba, el versículo citado de Romanos especifica quiénes son los que han de reinar en vida: los que reciben la abundancia de la gracia, y el don de la justicia.

Este don, recibido de Jesucristo, proviene del gran y maravilloso trueque posibilitado por Su muerte en el Calvario, por medio del cual Él cargó sobre Su persona santa los harapos de nuestras justicias, que son como trapos de inmundicia (Isaías 64:6) ante la santa majestad de Dios.

En cambio, nos otorga de gracia pura y soberana Sus vestiduras de gala. (Ver 2^a. Corintios 5:21)

Al mismo tiempo, para el andar diario recibimos una abundancia de gracia que nos emancipa de aquellas fuerzas o enemigos de nuestra alma que reinaban sobre nosotros.

“El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.” (Romanos 6:14)

La ley nos dice lo que debemos y lo que no debemos hacer, pero no nos capacita para ello, sino que nos deja librados a nuestros propios recursos, los cuales resultan insuficientes, y más que eso, totalmente impotentes.

Pero felizmente, ya no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia. Al echar mano de ella por la fe y el ejercicio de nuestra voluntad, la misma fluye de forma insensible, pero por cierto, muy real. De esta forma, se invierten los papeles, y esas fuerzas contrarias del pecado pierden su eficacia y poder, y somos nosotros quienes reinamos sobre ellas. Su antiguo dominio sobre nuestra vida se quiebra y queda totalmente vencido, a la par que andamos en novedad de vida, de blanco, en santidad, como un bendito fruto del Espíritu Santo. Como vemos, algo de fundamental importancia y digno de que nos esmeremos, para así poder recibirlo y experimentarlo cumplidamente.

B) *Un collar de oro llevará en su cuello.*- En las Escrituras el oro significa lo que es divino, es decir algo de alto e inestimable valor, recibido de lo alto. Debemos relacionarlo con el consejo dado por Jesús a los laodicenses en Apocalipsis 3:18 - *“Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico...”* Generalmente se lo adquiere al precio de pasar por la prueba y el sacrificio.

El Antiguo Testamento nos da dos casos de varones que lo llevaron: Daniel, en el relato en que estamos, y José en Egipto, muchos años antes. No podían decidir llevarlo ellos mismos, y ni siquiera podía decidirlo un amigo o familiar que los amase o admirase.

Tenía que ser por expreso mandato del rey y de ningún otro, con todo el sentido práctico que ello le acuerda. Hay quienes desearían que ellos mismos, o algún allegado pudiera asignarles un título - apóstol, por ejemplo - e incluso intentan que así sea. No obstante, para el verdadero - el auténtico - nada de eso es posible; tiene que venir genuinamente de lo alto.

Por último, el lugar donde se lo lleva: en el cuello. Así otros lo pueden ver y admirar, pero aunque consciente de

que lo lleva, uno no puede verlo; por más que gire la cabeza y trate de verlo, ha sido ubicado por el Señor de tal forma que otros lo puedan ver, pero quien lo lleva no.

Apenas si hace falta que digamos que esto es para evitar que uno se envanezca y se engolosine con ello, para gran daño y perjuicio de su alma.

C) El tercer lugar en el reino.- Hace ya muchos años, el Señor le hizo comprender al autor que ése, el tercer lugar, era el que él debía ocupar en el reino de Dios. Comprendió que era un lugar muy importante, y además, el que mejor se prestaba y se presta para ser útil y eficaz. Por lo tanto, desde entonces ha procurado ocuparlo siempre, si bien en alguna ocasión aquí y allá no lo ha conseguido.

¡Qué vanidoso suena!

Sin embargo, por cierto que fue y sigue siendo así. Pero además, querido lector, permite que se te diga que para ti también ese mismo lugar - el tercero - es el que te ha sido asignado en el reino de los cielos, al igual que a todo verdadero hijo y siervo del señor.

¿Cómo se entiende eso? Pues es muy sencillo:- el primer lugar, por encima de todo, el Señor; el segundo, tu hermano y tu prójimo; y el tercer y último lugar, tú, mi caro hermano.

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.” (Mateo 16:24)

Esperamos que todo esto no se vea como un mero simbolismo, sino que, por el contrario, se comprenda bien que este triple galardón que hemos delineado es algo muy práctico y de la mayor importancia. Por lo tanto, se lo ha de buscar con todo ahínco y tesón.

11

Hageo - el regreso para edificar la casa de Dios.

Hageo es otro siervo de antaño, muy digno por cierto, y del cual en muchas partes de la iglesia tampoco se oye hablar mucho.

Su breve ministerio se desarrolló en la época de Zorobabel, el gobernador, y de Josué, hijo del sumo sacerdote Josadac, estando el remanente que había regresado del cautiverio, entregado a la tarea de reconstruir el templo.

Para una comprensión más completa de la situación en Jerusalén en que le tocó vivir y actuar, es necesario estudiar junto con los dos capítulos de su muy breve profecía, los seis primeros de Esdras.

En ellos se nos narra todo el proceso, desde el maravilloso decreto del emperador Ciro, estableciendo su plena colaboración y apoyo a los que regresaban del cautiverio, hasta la culminación exitosa de la reconstrucción.

El largo capítulo 2 de Esdras nos da un registro muy minucioso de los varones que regresaron de la cautividad, con constancias de sus lugares de procedencia, como así también de los sacerdotes, los levitas, cantores y porteros, y los sirvientes del templo, hijos de los siervos de Salomón.

Además, figura el número de los siervos y siervas de los

varones de la congregación, como así también el de los caballos, mulas, camellos y asnos.

Esto nos muestra la responsabilidad y la forma meticulosa con que el pueblo de Israel hacía las cosas, desde luego, enseñado por el Señor para ese fin.

Pero además, este registro tan detallado, y con algunos pormenores que se agregan, nos habla a las claras de que toda la narración es absolutamente verídica. No hay en ella nada fraguado o que suscite dudas.

Leyendo el registro, llama la atención que en el extenso listado que contiene no haya ninguna referencia o mención de un profeta.

¿Se había olvidado el Señor de que haría falta por lo menos uno?

Seguramente que no. En medio de esa congregación de cuarenta y dos mil trescientos sesenta, había dos varones, anónimos por entonces, en los cuales el Señor ya había fijado Sus ojos: Hageo y Zacarías.

En cuanto a Hageo, no se nos da ninguna información acerca de su linaje o lugar de procedencia. Se trataba de un varón en quien posiblemente nadie había pensado o reparado, pero bien conocido por el Señor, Quien lo tenía señalado para la importante labor que le cupo desempeñar en esta coyuntura de la historia.

El libro que lleva su nombre, con ser bastante breve y escueto, está saturado, no obstante, de llamadas de atención, exhortaciones y también de verdades y principios importantes.

Los mismos no sólo tuvieron aplicación puntual para ese entonces, sino que la siguen teniendo para el día de hoy.

Meditad bien sobre vuestros caminos. (1:5)

La expedición que estuvo al frente de Zorobabel y el sumo sacerdote Josué, había regresado del cautiverio en la

hora precisa de la voluntad de Dios. En un principio la obra de reconstruir el templo marchaba bien.

Sin embargo, los enemigos que habitaban en Jerusalén comenzaron a obstaculizarla. Primero, procediendo con mucha astucia, trataron de unirse al remanente judío para trabajar juntos en la reedificación.

Zorobabel, Josué y los demás jefes, advertidos de que eso sería muy perjudicial, se negaron terminantemente a que tuvieran la más mínima participación.

Entonces, esos enemigos procuraron intimidar y atemorizar al pueblo de Dios, sobornando consejeros contra ellos y enviando una carta acusatoria al rey Artajerjes.

Según se nos detalla en el cuarto capítulo de Esdras, esta carta tuvo el efecto de provocar una respuesta real, ordenando el cese de la reedificación, con lo cual la misma quedó paralizada por un buen tiempo - hasta el año segundo del reinado de Darío, rey de Persia.

Sin embargo, Hageo, en su profecía, nos presenta otro aspecto de la situación imperante. Aprovechando la excusa que esto les daba, los judíos afirmaban que no era el tiempo de que la casa de Dios fuese reedificada.

Era como decir "Ya llegará la hora - cada cosa tiene su tiempo, y esperemos hasta que llegue esa hora."

A lo cual, en forma certera y precisa, el Señor les responde reprobándolos:

"¿Es para vosotros tiempo, para vosotros, de habitar en vuestras casas artesonadas, y esta casa está desierta?" (1:4)

Esto es algo que en muchas iglesias los pastores o el liderazgo tienen que enfrentar con frustración y dolor. Muchos miembros que podrían estar brindándose para la obra del Señor con dedicación y tesón, no lo están haciendo, y, en cambio, lo mejor de sus esfuerzos y de su tiempo está centrado en lo material, ya sea su vivienda, en el cuidado de su jardín, o del coche, o en negocios y compromisos ajenos al reino de Dios.

Para ellos la exhortación del subtítulo - *“meditad bien sobre vuestros caminos”* - tiene clara y plena aplicación.

En ese estado de cosas, el Señor les mandaba señales de que no se encontraba satisfecho con ellos, retaceando la bendición. Sembraban mucho y recogían poco; comían, y no se saciaban; bebían y no quedaban satisfechos; se vestían y abrigaban, pero no sentían el calor necesario, y el jornal que cobraban parecía caer en saco roto.

Dando muestras de suma insensibilidad, parecían no comprender por qué les sucedía todo esto. Por lo tanto, valiéndose de Su siervo y portavoz Hageo, les dice tajantemente.

“Buscáis mucho y halláis poco; y encerráis en casa, y yo lo disiparé en un soplo. ¿Por qué? dice Jehová de los ejércitos. Por cuanto mi casa está desierta, y cada uno de vosotros corre a su propia casa.” (1:9)

Vemos con cuánto dolor el Señor comprobaba que no tenían ningún interés en Su casa, y por contraste, estaban sumamente interesados y pendientes de sus propias casas.

En consecuencia, les presenta un abierto desafío a que depusieran esa actitud y se encauzaran en sentido diametralmente opuesto.

Subid al monte y traed madera.-

“Subid al monte, y traed madera, y reedificad la casa; y pondré en ella mi voluntad, y seré glorificado, ha dicho Jehová.”

Debían esforzarse, subiendo al monte, y allí, a hachazos limpios, derribar árboles y cortar madera, y traerla para la reconstrucción del templo.

Ése era el fin primordial para el cual habían regresado, comisionados especialmente para ello por el emperador Ciro, y en cumplimiento de una maravillosa predicción profética de Isaías hecha unos buenos años antes. (Isaías 44: 26 y 28)

Ese esforzarse de parte del pueblo, equivaldría a disponer su voluntad hacia la casa del Señor, lo cual haría que Él, a Su vez, hiciera lo propio, con el resultado de que así Él sería glorificado.

Por supuesto que no podemos esperar que el Señor vea con agrado una empresa y la prospere, cuando Su pueblo está apático e indiferente. Él necesita imprescindiblemente que los Suyos pongan su parte con devoción y esmero.

Figurativamente, subir al monte significa levantarnos con esfuerzo por encima de la pereza y comodidad, para buscar el rostro del Señor, derramar nuestra alma ante Él, tributarle alabanza y adoración y disfrutar de ratos fecundos en unión y comunión con Él.

Al hacerlo, recogeremos “madera” para la casa de Dios, que es la iglesia, lo cual resultará en bajar renovados en la fe, con la inspiración del amor, y reflejando en algo la gloria de Aquél a Cuyo lado nos hemos pasado unos buenos ratos.

Esto a su vez se traducirá en un trabajar con cariño y dedicación, poniendo en pleno funcionamiento los dones y las capacidades con que hemos sido dotados.

La inercia y la apatía son enemigos declarados de nuestra alma. Debemos siempre buscar la gracia del Espíritu para desterrarlos de nuestra vida, y encaminarnos en sentido contrario. Así pasaremos a redimir el tiempo, y aprovechar las oportunidades que se nos presentan de procurar los bienes sagrados e imperecederos del reino de Dios, tanto para nosotros mismos como para nuestros hermanos y semejantes.

Como una acotación interesante, recordamos al lector que muchos de los grandes siervos de Dios de las Escrituras eran varones que subían al monte.

Los casos más destacados del Antiguo Testamento son: Abraham, al subir al Monte Moriah para ofrecer a su amado hijo Isaac; Moisés con sus reiterados ascensos al Sinaí, y anteriormente a Horeb el monte de Dios, donde recibió su

gran llamamiento; Elías, varios siglos más tarde en la cumbre del Carmelo, y posteriormente en su histórica marcha de cuarenta días, hasta llegar también a Horeb, el monte de Dios.

Pero además debemos tener presente que en Sus tres años de ministerio público, nuestro Señor Jesús, además de ser el Maestro de Galilea, el que sanaba a los enfermos y liberaba a los endemoniados, el que multiplicaba los panes y los peces y aquietaba el mar embravecido; además de todo ello, decimos, en varias ocasiones dio muestras de ser un buen alpinista.

En efecto: recordamos algunos casos. Al llamar a los que Él quiso para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar, lo hizo desde el monte al cual acababa de subir. (Marcos 3:13-14)

El comúnmente llamado sermón del monte, no lo pronunció en el llano, sino que lo hizo tras subir al monte. (Mateo 5:1)

Igualmente sucedió en ocasión de la transfiguración, (ver Mateo 17:1, Marcos 9:2 y Lucas 9:28) y en Lucas 22:39 se nos dice que *"...se fue, como solía, al monte de los Olivos, y sus discípulos también le siguieron."*

Desde luego que esto no significa que debemos literalmente convertirnos en alpinistas como ellos, escalando, por ejemplo, la Sierra Nevada, Guadarrama o Navacerrada. Según lo ya dicho, figurativamente nos habla de esforzarnos para levantarnos a ese lugar de la oración, la intercesión y la unión y comunión con Él, la Fuente de todo bien.

Con mucho acierto, Juan Bautista señaló que *"No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo."* (Juan 3:27)

De lo cual surge la evidente pregunta:

¿Cómo hemos de recibir algo de valor eterno, si no nos comunicamos con el cielo en forma directa, personal y asidua?

Volviendo ahora a la situación enmarcada por el texto de Hageo en que nos encontramos, esa madera que tenían que traer, debía ser sólida y consistente, y sobre todo, debía estar exenta de polilla, gusanillos o cosas semejantes.

El dueño de un aserradero debe cuidar siempre que en las pilas de tablones no haya ninguno con polilla u otras cosas de esa índole, pues eso se propagaría fácilmente a los demás, con gran perjuicio para su empresa.

Por algo se nos exhorta en Hebreos 12:15 que miremos bien *“...no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios, que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados.”*

Como vemos, esta coyuntura en la historia del pueblo de Israel, nos brinda paralelos de cosas prácticas muy concretas para el día de hoy en nuestro andar cotidiano, tanto a nivel individual como conjunto.

La palabra de Dios con la voz de Dios.-

La reprensión y exhortación de Hageo surtieron buen efecto, según vemos en el versículo 12.

“Y oyó Zorobabel, hijo de Salatiel, y Josué, hijo de Josadac, sumo sacerdote, y todo el resto del pueblo la voz de Jehová su Dios, y las palabras del profeta Hageo, como le había enviado Jehová su Dios; y temió el pueblo delante de Jehová.”

En el primer versículo del capítulo se nos dice que *“vino palabra de Jehová”* y en el doceavo que hemos citado, figura que Zorobabel, Josué y todo el resto del pueblo *“oyeron la voz de Jehová su Dios.”*

Es decir, que esa palabra que Hageo recibió del Señor, él se cuidó bien de darla con la voz de Dios.

Esto es algo fundamental. La palabra de Dios se puede dar y repetir con toda exactitud, pronunciando con toda corrección cada palabra y cada sílaba.

Sin embargo, en la voz puede haber algo que suene a

látigo o a palo, o bien a rutina fría y seca. Tanto lo uno como lo otro resultará estéril, algo así como letra muerta, lo cual debe relacionarse con 2^a. Corintios 3:6b, donde Pablo escribe que *“la letra mata.”*

Nos apresuramos a aclarar que esto no significa, de ninguna manera, que debemos descartar la letra de las Escrituras. Lo que debemos hacer, en cambio, es tratarla y ministrarla con la frescura, fragancia y vida que sólo el Espíritu le puede conferir; de otra manera, lo que demos ha de ser como pan seco y hasta mohoso, que no será de ningún provecho.

Hecha esta importante aclaración, continuamos diciendo que todo auténtico siervo de Dios sabe bien que toda vez que traiga la palabra de Dios, deberá procurar hacerlo con *la voz* de Dios. Esa voz, aun cuando sea para corregir o reprender, siempre tendrá un *“no se qué”* indefinible, que le hará saber a uno que viene con el amor divino, y que es para su bien.

Para que la palabra salga así – con la voz de Dios – siempre será necesario que se haga una consciente labor preparatoria.

El cantante de ópera, por ejemplo, antes de cada actuación sabe muy bien que deberá cuidar su garganta y las cuerdas vocales, y se ejercitará adecuadamente, para que, llegado el momento, su voz salga límpida, clara y perfectamente acompañada con cada nota musical que le acompaña.

En el reino espiritual la labor preparatoria será distinta. Por supuesto que será importante que la garganta y las cuerdas vocales estén en buenas condiciones, aunque hay ocasiones en que un siervo tenga que dar la palabra de Dios y se encuentre con que la garganta no está en buenas condiciones.

Sin embargo, por la virtud del Espíritu al ponerse a hablar, a veces pasa algo muy precioso: nota que sus

palabras salen con toda claridad y con el tono de voz indicado, de manera que todos pueden oír y entender bien cuanto está diciendo.

Pero hay algo que va mucho más allá de la voz en sí, y es que esa voz se convierta en la voz de Dios.

Eso sólo se puede lograr por la gracia del Espíritu Santo. La labor preparatoria de uno no se centrará tanto en cuidarse de dolor de garganta, ronquera y cosas semejantes, como en despojarse de todo vestigio de egocentrismo, y presentarse con tierna humildad y fe, para que la unción de lo alto le otorgue a cuanto dice la voz de Dios, inconfundible y maravillosa.

Además, esto debe tener su apoyo en una estrecha relación cotidiana con el Señor, que le habitúa a uno a oír la voz de Dios – cómo habla y cómo no habla. Ésta es quizá la mejor forma de aprender la muy importante lección de cómo hablar la palabra de Dios con la voz de Dios.

La secuela inmediata fue que *“temieron delante de Jehová.”* Es decir que les sobrevino un sano y saludable temor del Señor, el cual es el principio de la sabiduría. (Ver Proverbios 1:7)

Este temor lo experimentaron delante del Señor, lo que nos hace ver que esa palabra que les fue traída con la voz de Dios, les hizo sentirse delante de Él – en Su mismísima presencia.

Envueltos en el ajetreo diario, resulta muy fácil y habitual perder esa conciencia de la presencia real del Señor. Así, uno se olvida que tiene Sus ojos fijos en nuestra persona, que oye cada palabra que pronunciamos, que escudriña nuestras intenciones en cuanto hacemos, y que, en fin, nos lee por dentro en forma total.

Como no podrá ser de otra forma, ese olvido a menudo deriva en una conducta incoherente, o en un hablar imprudente, o en cosas aun peores.

La palabra viva de Dios, traída con Su voz única e inconfundible, nos hace sabernos y sentirnos situados bien

delante de Su misma presencia. Como consecuencia inmediata, nuestras actitudes y nuestro proceder han de tener un cambio muy sustancial.

Al ver el Señor que el pueblo que oyó a Hageo había reaccionado favorablemente, les volvió a hablar a través de él, animándolos con palabras breves pero cargadas de hondo sentido y contenido

“Yo estoy con vosotros, dice Jehová.” (1:13)

Tanto *“delante del Señor”* como que Él esté con nosotros, son frases tan trilladas – que las decimos y oímos tantas veces – que con frecuencia se vuelven rutinarias y faltas del hondo y sagrado contenido que en realidad tienen.

No vacilamos en afirmar que si en realidad estuviéramos plenamente conscientes de Su presencia delante nuestro, nuestras vidas experimentarían un efecto revolucionario y transformador.

Muchas cosas que solemos hacer o decir desaparecerían por completo, y quienes nos rodean notarían un gran cambio en nuestra personalidad y carácter.

Asimismo, si el Señor de veras estuviera con nosotros, viendo con todo agrado nuestra sincera y limpia devoción a Él y a Su servicio, síntomas tales como incongruencias, contrasentidos, falta de fruto y un frecuente sentir de frustración, dejarían de estar presentes, para ceder paso a una íntima satisfacción, y a pruebas palpables de que Él por cierto está presente, respaldando cuanto hacemos, y bendiciendo y edificando firmemente.

Es triste cuando ese estar de Él con nosotros es solamente una afirmación rutinaria, con poco o nada tangible que la corrobore.

Por el contrario, resulta algo altamente feliz y satisfactorio el poder experimentar esas muestras tan benditas de Su favor, que están diciendo a las claras que contamos con Su bendita aprobación.

El despertador de la palabra de Dios-

El versículo catorce nos da una resultante de todo esto que es por demás significativa.

“Y despertó Jehová el espíritu de Zorobabel, hijo de Salatiel, gobernador de Judá, y el espíritu de Josué, hijo de Josadac, sumo sacerdote, y el espíritu de todo el resto del pueblo; y vinieron y trabajaron en la casa de Jehová de los ejércitos, su Dios.”

Consecuente con Su escueta pero preciosa promesa previa, el Señor pasa a obrar y procede a hacer lo más urgente e importante de todo: despertar el espíritu, tanto de los dos líderes, como de todo el resto del pueblo.

Eso presupone, con toda claridad, que anteriormente estaban dormidos, es decir, en un estado de sopor espiritual.

Leyendo en Esdras 1:5 nos enteramos que unos buenos años antes, el mismo Señor había despertado ya sus espíritus para subir de la cautividad a reedificar la casa de Jehová en Jerusalén.

Esto nos lleva a la simple y lógica conclusión que, en el espacio de tiempo que había mediado, se habían vuelto a dormir.

¡Cuánta verdad hay en todo esto!

Es tan común y frecuente que el ajetreo cotidiano, con sus múltiples demandas, lo abrume a uno de tal manera que quede atrapado en un ir y venir febril, en el cual, imperceptiblemente, va perdiendo la sensibilidad espiritual, para caer en un sopor peligroso.

Si bien en lo material y tangible está bien despierto, lo celestial e imperecedero del reino de Dios ha quedado relegado a segundo plano. Se lo ve nublado y carente del sentido y la urgencia prioritaria que debería tener.

Eso es, ni más ni menos que un muy peligroso letargo, del cual es imperativo que uno se despierte cuanto antes.

Afortunadamente, la palabra de Dios, amén de sus muchas otras funciones y virtudes, tiene la de ser un

poderoso despertador, del cual el Señor se ve obligado a hacer uso frecuente.

Lo hace porque nos ama; porque se preocupa por nosotros, y porque sabe muy bien que quien continúe en ese estado, llegará con toda seguridad a un mal fin.

Hoy día el comercio en general está dispuesto de tal forma, que sus ofertas se nos presentan de la manera más atractiva, cómoda y agradable. Así, si mañana por la mañana, por ejemplo, fuésemos a una tienda para adquirir un reloj despertador, el dependiente elegiría uno, y con una sonrisa lo pondría a funcionar.

Sonaría entonces con un ku - ku muy dulce y suave, y otra vez, con una sonrisa nos preguntaría:

¿Le gusta, señor? ¿Verdad que es muy bonito y agradable?

Hace unos sesenta y ocho años, quien esto escribe cursaba estudios en una Escuela Superior de Comercio, situada al Sur de la gran ciudad de Buenos Aires, en la barriada de Barracas.

Las clases comenzaban a las ocho de la mañana, y como vivía en la localidad de Escobar, a unos cincuenta kilómetros al Norte de Buenos Aires, tenía que madrugar para llegar a tiempo.

Antes de acostarse por la noche, ponía su despertador para que sonase a las 5.30 horas de la mañana siguiente. Era uno de los antiguos, con un sonido muy agudo y estridente, que lo inquietaba y casi lo hacía estremecerse, pero surtía el buen efecto de despertarlo debidamente del profundo sueño en que estaba sumido.

En no pocas ocasiones, en nuestra prédica oral hemos tomado esto como ejemplo, algo risueño, pero muy certero.

A muchos les gusta oír en la iglesia el ku-ku de predicaciones suaves y agradables, que no los inquietan.

“Ánimo, querido hermano. Sé que te resulta poco fácil mejorar y escalar posiciones, pero no te intranquilies. El

Señor es muy paciente y misericordioso, así que, a no preocuparte, que a su tiempo irán mejorando las cosas.”

Con ese ku-ku, lejos de despertarse, el que lo oye queda sumido en un sopor cada vez más acentuado, que, de no remediarse, derivará en un fin muy grave.

Hay muchas ocasiones en que el Señor se ve precisado a hablar a los Suyos de forma inquietante y aun alarmante. Eso los sacude y a veces los puede hacer temblar, pero lo hace por amor, para su bien, y para que tomen conciencia del peligro en que se encuentran.

De hecho, en nuestro libro anterior titulado “Los Dichos de Jesús”, dedicamos un capítulo entero a dichos inquietantes del Maestro, y otro a dichos alarmantes.

Si no lo ha leído, recomendamos al lector que adquiera un ejemplar - al precio muy módico que se ofrecen todas nuestras obras, y de cuya venta no derivamos ninguna ganancia personal - ya que seguramente le será de provecho espiritual.

Finalmente, ¿Cuál fue el resultado de haber oído la voz del Señor a través de las palabras de Hageo, de haber temido delante de Él y de ser despertados en sus espíritus?

Antes, cada uno corría a su propia casa, independientemente de todos los demás. Ahora, todos vinieron, y estrechamente unidos, trabajaron en la casa del Señor su Dios.

Es decir, que la palabra viva del Señor los unió para trabajar para Él codo a codo y corazón a corazón.

Como el libro de Hageo, con ser muy breve, nos da mucho más de verdadero peso y sustancia, damos fin aquí a este capítulo, para continuar en el siguiente.

12

Hageo (2) La gloria de la nueva casa.

El gobierno del pueblo de Dios y de la iglesia.-

Llama mucho la atención algo que aparece por primera vez en el versículo doce del primer capítulo, y se reitera en el catorce, y en el cuarto del segundo capítulo.

Se notará que en los mismos, la palabra del Señor va dirigida no solamente a los dos directivos - Zorobabel, el gobernador y Josué, el sumo sacerdote - sino también a todo el resto del pueblo.

Si bien en todo esto estamos ubicados en tiempos del Antiguo Testamento, podemos entresacar firmes conclusiones en cuanto al gobierno del pueblo de Dios, las cuales también son aplicables a la iglesia en la actualidad.

Como bien se dice y se repite, la iglesia no es una democracia, sino una teocracia. Por lo tanto, debe estar regida desde lo alto por el mismo Señor, que es Su dueño absoluto, por haberla adquirido al altísimo precio de Su bendita sangre.

No obstante, la pregunta que muchas veces se plantea es: En la práctica ¿cómo funciona ese gobierno de lo alto?

Sin tocar detalles puntuales sobre esto, las Escrituras que hemos tomado nos dan indicios muy claros del ideal a que debe aspirarse en el ámbito de la iglesia local.

Vemos, por una parte, que cada mandato divino se dirige en primer lugar a los directivos, o sea el liderazgo, pero, por la otra, que no se detiene allí, sino que inmediatamente va dirigido también a todo el resto del pueblo.

Tanto Zorobabel y Josué, como todo el resto, reconocieron que era de parte del Señor y se dispusieron a obedecerlo y ponerlo por obra.

Hay una diferencia abismal entre esa manera de proceder y la forma en que se actúa en los gobiernos de la democracia.

En estos últimos siempre hay una minoría opositora, que la mayoría de las veces desapruueba cuanta medida quiera tomar el partido mayoritario.

En general se piensa que esto es bueno y aconsejable para "mantenerlo a raya" y evitar que se salga arbitrariamente con la suya en todo.

Esto no tiene, o no debiera tener, nada que ver con la forma en que se gobierna la iglesia.

La guía y el mandato divino deben venir de lo alto, del Señor mismo, e ir primeramente al liderazgo, sea éste en el singular o en el plural, pues el mismo Señor los ha ubicado en ese lugar; a esto, a su vez, debe seguir el ideal de que alcancen también al resto del pueblo, y todos los reconozcan a una, los reciban y obedezcan.

Hay quien puede pensar equivocadamente, que esto reduce a todos al nivel de títeres que aprueban cuanto se les dice, y nunca lo cuestionan ni rechazan.

Por cierto que no se trata de ello, sino de ser personas debidamente instruidas e iluminadas, que saben a ciencia cierta que esa es la mejor, y, en realidad, la única forma correcta, dado que nadie sabe mejor que el Señor mismo lo que es para el verdadero bien de Su iglesia.

Hay otra pregunta puntual que se puede formular, y es: ¿Cómo se puede determinar, o cómo pueden venir, esa guía y ese mandato divino?

De muchas maneras – ya sea por pasajes de las Escrituras vivificados por el Espíritu, es decir el logos que pasa a ser rema; por una voz profética que se reconoce como realmente inspirada por el Espíritu, o bien por lo que se suelen llamar los indicios de la providencia divina, ya sea abriendo una puerta y cerrando otra; o bien que el Señor comienza a bendecir de una manera significativa en un cierto sentido, poniendo en evidencia que ése es el rumbo a tomar.

Nunca debemos dejar de tener bien presente que fue así como nació la iglesia primitiva. Vino una promesa expresa del Señor a Sus apóstoles, y el resto de los ciento veinte que estaban en el aposento alto la recibieron, y se prestaron totalmente y en unanimidad para que su cumplimiento se pudiese cristalizar plenamente.

No cabe duda de que el maligno entiende muy bien que una iglesia que funciona en esas condiciones, ha de ser siempre una fuerza expansiva muy poderosa. De ahí que recurra a cuanta maquinación pueda para socavar la unidad, provocando desavenencias, rivalidades, contenciones, etc. Él también sabe que toda vez que lo logre, ese potencial expansivo se verá considerablemente reducido.

Consuelo y aliento especial para los más ancianos.-

“¿Quién ha quedado de vosotros que haya visto esta casa en su gloria primera, y cómo la veis ahora? ¿No es ella como nada delante de vuestros ojos?” (2:3)

Aquí tenemos una nota del tierno y solícito sentir del Señor por los más ancianos. Había entre la multitud de los que regresaron del cautiverio algunos – seguramente unos pocos – que habían sido llevados de su tierra por el ejército de Nabucodonosor más de setenta años antes.

Como niños, y quizá unos muy pocos como adolescentes, habían visto la primera casa edificada por Salomón, antes que fuese derribada y quemada a fuego.

Con sus cabezas emblanquecidas por las canas de la ancianidad, contemplaban con nostalgia la construcción del nuevo templo, acometida por el débil remanente y en condiciones muy distintas de las que imperaban durante la gran opulencia del reinado de Salomón. El contraste era tan grande, que les hacía verla como nada en comparación con la anterior.

Sin embargo, a través de Su siervo el Señor les hace llegar promesas que van mucho más allá de lo que ellos esperaban. Las mismas figuran en el pasaje que abarca del versículo cuatro hasta el nueve inclusive, el cual pasamos a desgranar a continuación.

Esfuerzo, ánimo y trabajo.-

Empieza por exhortar a los dos directivos - Zorobabel y Josué - y a todo el resto del pueblo, a esforzarse, a cobrar ánimo y a trabajar.

Muy sencillo, pero muy importante. Nada de desgano, de indolencia ni de ocio, sino todo lo contrario, y por una poderosa razón: Él estaba con ellos.

Les recuerda que estaba en pacto con ellos desde muchos siglos atrás, cuando los sacó de Egipto. Su amor fiel y perseverante seguía firmemente en pie, y Su Espíritu estaría con ellos también en esta nueva coyuntura para ayudarlos y fortalecerlos.

Cuando Él no está presente para bendecir y llevar adelante las cosas, en vano han de resultar los mayores y mejores esfuerzos que se hagan, y a la postre ha de cundir el desánimo. Por el contrario, cuando por estar una empresa en Su plena voluntad Su presencia se hace notoria, ello es motivo de que se redoblen los esfuerzos, y que se cobre buen ánimo y optimismo.

Haré temblar - Vendrá el Deseado - Llenaré de gloria esta casa.-

A través de la historia muchas veces nos encontramos con situaciones críticas y cruciales en que el Señor hace temblar, ya sea de una manera o de otra.

Tal lo que le sucedió a Daniel al aparecérsese un enviado celestial en la ocasión que se nos narra en Daniel 10 (ver versículo 11b); igualmente lo que pasó con Saulo de Tarso en el camino a Damasco. (Los Hechos 9:6)

Asimismo, tanto la muerte del Señor Jesús, como Su resurrección fueron rubricadas por un poderoso temblor. (Mateo 27:51 y 28:2)

En este pasaje de Hageo 2, el Señor predice que, a poco iba a hacer temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca, y también a las naciones, después de lo cual habría de venir el Deseado de todas las naciones.

El resultado sería que la gloria postrera de esa casa, sería mayor que la de la primera.

La gloria de la primera casa que edificó Salomón estribaba en todo su esplendor externo. Habiendo sido destruida ésta, la reedificada por el pueblo de Dios bajo Zorobabel un buen tiempo después, y bien antes de la venida de Jesucristo al mundo, sólo cabe una conclusión razonable. La misma es que se está hablando del verdadero templo no hecho de manos, en la dispensación postrera de la gracia en que Dios establece Su morada en Su pueblo por Su Espíritu.

Este templo tiene una gloria muy superior en todo sentido, ya que trasciende lo externo y tangible, y se proyecta a través de lo interno, a lo celestial que perdura eternamente. Esto se cristalizaría cumplidamente al venir el Deseado de las naciones, es decir aquél que desean y anhelan los corazones necesitados en todas las naciones del orbe.

Una acotación importante a esta altura, se relaciona con

la postura de los israelitas que niegan que Jesucristo haya sido el Mesías prometido desde la antigüedad.

Ahora bien, si en el día de mañana viniera otro proclamando serlo, tendría que presentar sus credenciales de descendencia davídica y abrahámica, pues la profecía del Antiguo Testamento establece claramente que Su procedencia sería de los lomos de Abraham y del linaje de David.

Como es bien sabido, en el año 70 de la era cristiana el general Tito, al frente de las tropas romanas, sitió la ciudad de Jerusalén y la destruyó por completo, no quedando piedra sobre piedra del templo, tal cual lo predijo nuestro Señor en Mateo 24:2.

En esa ocasión, los archivos genealógicos fueron quemados, no quedando nada de ellos, de manera que quien viniera con semejante presunción de ser el Mesías prometido, no tendría ninguna manera seria y formal de acreditarlo.

En marcado y bendito contraste con esto, en Mateo capítulo 1 y Lucas capítulo 3, Dios se ha encargado de consignar el linaje tanto abrahámico como davídico de nuestro amado Jesús. Esto, unido al hecho de que en Su ministerio terrenal hizo obras cual ningún otro ha hecho, (Juan 15:24) disipan toda duda en cuanto a Su absoluta autenticidad como el Mesías prometido que había de venir al mundo.

En el versículo 8, intercalado con lo que estamos tratando, tenemos una afirmación muy importante, y también muy oportuna.

“Mía es la plata, y mío es el oro, ha dicho Jehová de los ejércitos.”

Seguramente que tenían presente las fabulosas riquezas del reinado de Salomón, en que se edificó el primer templo. En sus días había tal abundancia de oro que la plata no era apreciada.

La situación ahora era muy distinta, de modo que a veces se preguntarían de dónde vendrían los recursos para

levantar un templo realmente digno y glorioso.

El Señor les recuerda que Él era y es el dueño de cuanto oro y cuanto plata hicieran falta; la parte de ellos era sólo confiar, cobrar ánimo y trabajar.

Como una matización muy aplicable al presente, puntualizamos nuestra convicción de que cuando una obra, misión o empresa está verdaderamente dentro de la voluntad de Dios, los recursos materiales y económicos nunca han de faltar.

Resulta contradictorio y totalmente inadmisibles que Él llame a un siervo para una empresa determinada, pero no se encargue de suplir los medios necesarios para llevarla a cabo.

Aquí y allá hemos visto casos de siervos que han sentido un llamamiento a trabajar para Dios en otras tierras, o bien para comenzar en su propio país una empresa particular para los fines del reino de Dios.

Nos enteramos, sin embargo, que buena parte de su tiempo lo dedican a visitar iglesias de zonas prósperas, incluso de otros países, para solicitar apoyo en oración, y de forma más o menos discreta, para que se les envíe sostén económico.

De esta forma, mucho de su tiempo se invierte en esto y no en estar adonde el Señor los ha destinado.

Asimismo, los gastos de tantos viajes pueden ser considerables, lo que resulta antieconómico, usándose para los mismos lo que ha sido donado para la obra en el país de su llamamiento, y no para viajes por otras tierras.

La máxima de Jesús dada en Mateo 6:33 - *"...buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas"* - parece no tenerse mayormente en cuenta, lo que en cierto modo refleja una cierta falta de fe.

Sin querer ser inflexibles, ni afirmar nuestro punto de vista a rajatabla, señalamos que nuestra experiencia a través de varios decenios ha sido que siempre que hemos actuado

en la voluntad del Señor, la provisión económica para todo no ha presentado ningún problema, sino que ha sido fiel y abundante, y ha llegado con puntualidad o por adelantado - nunca tarde.

Resumiendo esta sección, el Señor los exhortaba a seguir adelante con todo empeño y plena confianza, puesto que Él estaba comprometido a llevar la reedificación del templo a un final satisfactorio y feliz.

El fundamento.-

Apoyándonos en el acertado postulado de que el Antiguo Testamento nos habla simbólicamente a través de lo externo, de lo interno y eterno del Nuevo, pasamos ahora a tratar tres puntos.

"...desde el día veinticuatro del mes noveno, desde el día que se echó el cimiento del templo de Jehová...desde ese día os bendeciré." (2:18-19)

Como vemos, se trata de una promesa de bendición a partir de una fecha determinada. Esa fecha no la fijaba el Señor de forma casual o arbitraria - nunca hace semejante cosa.

Había una razón de fondo muy importante: ése era el día en que se había echado el cimiento de la casa.

En realidad, habría sido un contrasentido, y estado fuera de lugar, el bendecirlos, como si todo estuviera bien, faltando este primer paso tan fundamental e imprescindible.

De hecho, esto constituye un principio espiritual inamovible, tanto a nivel individual como colectivo.

Antes de que se alcance esa primera meta, Él podrá ayudar y alentar, pero nunca derramar una bendición plena, real y duradera.

El verdadero y único fundamento, ya sea de una vida personal, o de una iglesia local, o una empresa cualquiera del reino de Dios, no puede ser otro que Jesucristo mismo.

“Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.” (1ª. Corintios 3:11)

Ahora bien, en Lucas 6:47 y 48, Jesucristo mismo señaló con mucho peso que *“todo aquél que viene a mí, y oye mis palabras y las hace, os indicaré a quién es semejante. Semejante es al hombre que al edificar una casa, cavó y ahondó, y puso el fundamento sobre la roca....”*

Esto nos da a entender con toda claridad que no se trata de hacer las cosas superficialmente o a medias; que las palabras Suyas hay que tomarlas muy en serio, de modo que vengan a ser una fuerza rectora en nuestra vida.

Usando el símil que nos da este mismo pasaje, hemos de comprender que, tomando las herramientas de la pala y el pico de la oración, con búsqueda asidua y sincera de Su rostro, como así también las de la fe y la plena obediencia, se ha de cavar con tesón y persistencia, quitando tierra, arena, basura y cosas semejantes, hasta llegar a un punto en que se toca fondo. Así se ha de lograr que la piedra fundamental que es Él, pueda descansar sobre roca firme y no superficialmente sobre tierra y arena movediza.

Esto se parece en algo a lo que hemos dicho en otras ocasiones, en el sentido de que, para que Dios nos pueda otorgar una llenura, debemos crearle primeramente un vacío en nosotros mismos.

Por otra parte, se comprenderá que cuando debajo de esa piedra fundamental yacen cosas negativas de la pasada manera de vivir, el Señor no puede de ninguna manera derramar bendiciones a mano llena como Él quisiera.

Alcanzado ese punto de haber cavado todo lo necesario para echar sobre roca firme los cimientos, el Señor se comprometía a comenzar a bendecir de veras. Lo hacía en ese entonces, y lo sigue haciendo hoy día para quienes comprenden bien este principio básico y lo ponen por obra.

El sello y el anillo de sellar.-

“En aquel día, dice Jehová de los ejércitos, te tomaré, oh Zorobabel, hijo de Salatiel siervo mío, dice Jehová, y te pondré como anillo de sellar; porque yo te escogí, dice Jehová de los ejércitos.” (2:23)

El libro de Hageo concluye con esta promesa para Zorobabel, a cumplirse en un día futuro que no nos resulta fácil precisar. Evidentemente, para un pleno cumplimiento, se hace extensiva al Mesías prometido, que es del linaje de Zorobabel. (Ver Mateo 1:12 y 13)

La promesa se presta maravillosamente para el simbolismo espiritual.

El nombre Zorobabel significa *esparcido en Babilonia*, y cada uno de nosotros, en mayor o menor medida, puede identificarse con él, reconociendo que estábamos esparcidos y correteando por la Babilonia de este mundo. La mano del Señor nos sacó de ella, para ubicarnos en vez en la ciudad santa de Su iglesia, para edificar junto con muchos otros una casa de Dios, eterna y gloriosa.

Las dos sencillas palabras - *te tomaré* - nos hablan con elocuencia de la mano todopoderosa del Altísimo posándose sobre nuestras vidas, para forjarlas y darles el uso que se ha propuesto en Sus buenos designios para con cada uno. Pero van seguidas de otras dos, altamente significativas: oh Zorobabel.

Al buscar en cualquier diccionario el significado de la palabrita *oh*, nos encontraremos con una definición más o menos como ésta: interjección exclamativa usada para expresar desilusión, sorpresa, asombro o pena.

Sin embargo, en la interpretación que se deriva del espíritu en que aquí se la emplea, cabe mucho más.

Santiago 4:5 nos dice: *“¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?”*

Aquí vemos el deseo ardiente y celoso del Espíritu Santo

que mora en nuestros corazones, derramando, casi diríamos con suspiros profundos, esos anhelos santos de que seamos total y absolutamente para Él - para nada que sea ajeno a Él.

Hilvanando las dos cosas, tenemos por una parte el poder tenernos de una buena vez en Su diestra, como amo absoluto de nuestras vidas, y por la otra, ver el fin de cosas que por tanto tiempo han estado restringiendo o limitándonos, para que no pudiésemos estar en absoluta disponibilidad para con Él.

Del anillo de sellar, comenzamos por comentar su forma, que es circular. Esto nos habla, en primer lugar, de algo que ha sido lijado y pulido, de tal forma que no le quedan aristas filosas ni extremos puntiagudos que puedan herir y dañar a otros.

Al mismo tiempo, y en segundo término, por su forma, la equivalencia numérica del anillo es cero.

El trato personal del Señor tiene que reducirnos a cero, quitando el engrimiento, los “delirios de grandeza” a que se puede ser proclive, y haciéndole sentir y saber a uno que sin Su gracia nada somos, nada podemos ni valemos ni tenemos. Esto es fácil decirlo, pero el camino por el cual se llega de veras a ello, puede a menudo ser bastante largo y penoso.

Vemos por otra parte, la predilección del Señor por el trazo redondo, reflejada abundantemente en toda su creación. En efecto: la redondez de la tierra, la luna y los planetas; el trazo redondo en mayor o menor medida en casi todas las hojas de los árboles, la fruta y las verduras. Asimismo, si arrojamus una piedra en las aguas de un lago, en seguida se forman circunferencias y círculos concéntricos que se van agrandando paulatinamente.

En la cabeza vemos en general también una cierta redondez - ¡nadie desea ser un cuadrado! Y tanto en las orejas, que cuentan con varios redondeles, como en los ojos,

la forma del corazón y de órganos como los riñones, partes del aparato digestivo, y muchos más - en todos tenemos reflejado algo de redondez.

Lo que antecede se refiere al anillo en sí, a lo cual hay que agregar ahora el sello que el mismo ha de tener.

"Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo." (2ª. Timoteo 2:19)

El mismo Pablo, que escribió estas palabras dirigidas a Timoteo, anteriormente, en su carta a los efesios afirmó: *"...habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa."* (Efesios 1:13)

Relacionando las dos Escrituras, podemos llegar a la conclusión de que el sello es en realidad una persona - el Espíritu Santo de Dios.

Dentro de la multiplicidad de Sus atributos y funciones, está éste, el de constituir un sello, con la doble proyección, si cabe, de un anverso y un reverso, definidos en el primero de los dos versículos que hemos consignado.

El primero denota posesión o pertenencia. Es decir, que establece con toda claridad que la vida en cuyo corazón mora, le pertenece por completo al Señor, en calidad de Dueño y Amo absoluto.

En cuanto al segundo - el reverso - establece para quienquiera invoque el nombre de Cristo, una necesidad ineludible de apartarse en forma bien definida de toda iniquidad.

La posesión o pertenencia le corresponde al Señor por derecho doble, a saber, por creación y por redención.

La otra faceta, que debemos denominar de santidad o santificación, concuerda y armoniza a todas luces con la persona que constituye el sello, es decir el *Espíritu Santo*. Al venir a morar en el corazón de uno que ha sellado, lo hace con el evidente y necesario propósito de purificarlo y santificarlo, como no podría ser de otra manera.

Ahora bien, para que uno pueda llegar a ser un anillo de sellar, resulta obvio que estas dos acepciones del sello, primeramente se plasmen debida y cumplidamente en su propia vida.

Una vez alcanzada esta meta, estando en la mano diestra y sabia del Señor, podrá ser utilizado para imprimir ese bendito sello doble en otras vidas, que así pasarán a ser parte de la gran multitud de verdaderos hijos e hijas de Dios, de los cuales Él es el Amo absoluto, y cuyas vidas ostentan la hermosura de la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. (Hebreos 12:14)

El anillo no vive independientemente de la mano, sino que está colocado en uno de sus dedos, y de ahí no se mueve, yendo siempre adonde va la mano que lo lleva, y nunca haciendo nada por su cuenta. Así ha de ser el auténtico anillo de sellar.

En conclusión en cuanto a todo esto, estas tres verdades del fundamento, el sello y el anillo de sellar, nos presentan horizontes muy amplios y el camino de un buen tiempo, por no decir de toda una vida, antes de poder alcanzarlos plenamente.

Busquemos, pues, ser verdaderos *Zorobabeles* y *Zorobabelas*, elegidos por el Señor para tan alto fin.

Un punto final sobre el nombre Hageo, que significa Festival a Jehová, o bien, nacido en un festival.

Quien esto escribe nació en la fiesta de Nochebuena en el año 1927, mientras algunos vecinos se acercaban entonando villancicos.

Unos quince años más tarde, nació de nuevo, y en esta ocasión la fiesta fue en los cielos, donde se celebró con gozo el hecho de que, como pecador, se había arrepentido. (Ver Lucas 15:7)

Algún lector no muy enterado podrá preguntarse “¿qué es esto de haber nacido, y de nacer de nuevo más tarde?” “¿Equivale a decir que tiene dos cumpleaños?”

Efectivamente, es así. Y esto agrega otro matiz a la rica gama de las formas en que la Biblia nos presenta el camino de la salvación.

Alguna que otra vez lo hemos expresado en nuestra prédica verbal, diciendo que para ser salvo y ver el reino de Dios y entrar en él, es imprescindible que uno tenga dos cumpleaños.

¿De dónde sacamos esto?

De lo que dijo Jesús en Juan 3:3 y 7.-

“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios.” “No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo.”

La pregunta que entonces se presenta es: ¿cómo se puede nacer de nuevo?

La respuesta está dada con toda claridad en Juan 1:12-13:- *“Mas a todos lo que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.”*

Esto significa que, estando uno arrepentido de sus faltas y pecados, y consciente de su necesidad de Dios, al acudir a Jesucristo creyendo en Él y recibéndolo sinceramente en su corazón, pasa a recibir un segundo engendro, que es de Dios, no terrenal.

Esto lo convierte en un hijo de Dios - no por creación, sino por renacimiento - y a poco de haber dado este primer paso, comienza a experimentar un profundo cambio interior - el de ser una nueva persona, con una disposición en su carácter que es nueva y distinta.

¿Has experimentado esto, querido lector o lectora?

En caso negativo, recibe hoy mismo a Jesucristo en tu corazón, reconociendo que Él murió por tus pecados y resucitó al tercer día.

Así también tendrás dos cumpleaños, y sobre todo, la gran dicha de empezar a ver el reino de Dios y entrar en él.

13

Malaquías, el mensajero fiel.

El nombre Malaquías significa *mi mensajero*, y éste era uno de los verdaderos y auténticos. El texto de su breve libro, que pone fin al Antiguo Testamento, no nos da indicios de su lugar de procedencia ni de su linaje. Se estima que la fecha sería en tiempos de Nehemías o ligeramente posterior, aproximadamente el año 450 A.C., si bien algunos la sitúan en el año 397 A.C.

Como un dato de interés que señala la gran superioridad del Nuevo Testamento sobre el Antiguo, tenemos el hecho de que este último, que en sus albores comienza con las palabras: *"Éste es el libro de las generaciones de Adán"* (Génesis 5:1) termina con la palabra maldición.

En abierto y feliz contraste, el Nuevo, que empieza diciendo: *"Libro de la genealogía de Jesucristo"* (Mateo 1:1), termina diciéndonos *"Y no habrá más maldición"* (Apocalipsis 22:3) merced a las palabras postreras con que se cierra la Biblia, a saber *"La gracia de nuestro Señor Jesucristo."* (Apocalipsis 22:21)

Es un libro muy breve, pero saturado de importantes verdades y principios, y también de detalles que resultan de suma inspiración y provecho.

La tónica general es la de una severa reprensión al

sacerdocio de ese entonces, que se había apartado del camino y corrompido gravemente. Con todo, contiene también dos promesas mesiánicas muy claras y varios puntos más de indudable valor.

Con ser muy breve, entre otras cosas tiene la particularidad de contener muchas preguntas - concretamente veintiséis en total, diez de ellas de los sacerdotes a Dios, y dieciséis del Señor a ellos.

Las primeras, en varios casos son impertinentes o aun irrespetuosas, y echan de ver el triste estado de insensibilidad de los corazones de quienes las hicieron.

Veamos la que aparece al principio, en Malaquías 1: 2. Después que el Señor les ha dicho "Yo os he amado," ellos preguntan, con casi increíble osadía: "¿En qué nos amaste?"

Líbrenos el Señor de semejante olvido y desprecio de Sus muchas mercedes, y de Su infinita misericordia y bondad para con nosotros.

El corazón de esos sacerdotes se había endurecido y habían perdido toda sensibilidad espiritual.

Cuidémonos bien de que nada de eso nos acontezca a nosotros, antes bien, por un andar humilde y plenamente obediente, procuremos que nuestro corazón se mantenga siempre tierno y receptivo en cuanto a los sagrados valores del reino celestial.

En el capítulo 2, versículos 4 a 6, se les recuerda a los sacerdotes el altísimo privilegio que se les había otorgado, al hacerlos participantes del pacto del sacerdocio levítico, y el buen principio que habían tenido. Esto fue a través de algunos de tiempos anteriores, tales como Aarón en la parte postrera de su vida, su hijo Eleazar, su nieto Finees, y otros más.

"Y sabréis que yo os envié este mandamiento, para que fuese mi pacto con Leví... Mi pacto con él fue de vida y paz, las cuales cosas yo le di para que me temiera; y tuvo temor de mí, y delante de mi nombre estuvo humillado."

“La ley de verdad estuvo en su boca, e iniquidad no fue hallada en sus labios; en paz y en justicia anduvo conmigo, y a muchos hizo apartar de la iniquidad.”

“Porque los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca el pueblo buscará la paz, porque mensajero es de Jehová de los ejércitos.”

En este último versículo se prescribe claramente la pauta que debía seguir el sacerdote, lo cual, por otra parte, guarda una estrecha relación con lo establecido en Deuteronomio 17:8-13.

En estas citas de Malaquías 2 las palabras boca y labios aparecen dos veces cada una, indicando con mucho hincapié que el hablar debía ser limpio, sobrio y sabio, es decir exento de cosas banales, de mal gusto o inapropiadas.

Era el medio por el cual se aconsejaba al pueblo y se transmitía el mensaje del Señor, y, por lo tanto, no se debía hallar en el mismo nada vulgar, superficial o corrompido, a fin de que el consejo y el mensaje llegasen con peso y autoridad.

Sepamos comprender y atesorar cosas como éstas, que son de sumo valor, y busquemos que por la gracia del Espíritu Santo se puedan plasmar en nuestras vidas, y traducir en un andar y hablar cotidiano que sea digno y edificante.

En el capítulo anterior, por intermedio de Su mensajero y siervo, el Señor los reprende severamente por varias cosas que estaban completamente fuera de lugar.

Una de ellas era el ofrecerle un animal ciego, o bien cojo o enfermo, sabiendo que de la venta del mismo poco o nada podrían obtener. Seguramente que no se atreverían a presentar semejante ofrenda a su príncipe, quien la vería con sumo desagrado y no la aceptaría.

Sin embargo, en una actitud de abierto desprecio e irrespetuosidad, se la ofrecían a Él, el Señor de señores.

Otra era la de no hacer nada desinteresadamente:-

“¿Quién también hay de vosotros que cierre las puertas o alumbre mi altar de balde?” (1:10)

El autor le agradece al Señor que, en los tiempos en que cursó estudios bíblicos, y comenzó a trabajar llevando el evangelio en zonas en las afueras del Sur del Gran Buenos Aires, lo pudo hacer en la escuela dura pero muy sana de ganarse la vida y costearse los gastos él mismo, y sin esperar ni recibir compensación económica alguna, ni siquiera para los gastos de viaje (pasajes en autobús, tren, etc.)

Una tercera cosa que desagradaba al Señor en grado sumo era el trato que daban a Su mesa, diciendo que su alimento era despreciable, y hasta manifestando que la mesa era inmunda. (1:7 y 12)

Esto seguramente lo hacían con respecto a las porciones de los sacrificios que les correspondían a ellos. No obstante, según vemos en Números 18:12, y también en otros pasajes, eran porciones de verdadero privilegio: *“De aceite, de mosto y de trigo, todo lo más escogido, las primicias de ello, que presentarán a Jehová, para ti las he dado.”*

Cuando el corazón y la conciencia se han corrompido, uno de los tristes resultados es el no saber ni poder valorar las bendiciones que el Señor nos da con tanta bondad y generosidad. En esas condiciones, hasta se llega a despreciarlas.

Como vemos, el panorama en que se debió desenvolver el ministerio de Malaquías era muy sombrío; pero había cosas aun peores.

Habían corrompido el pacto de Leví, y habían hecho tropezar a muchos por su pésima conducta. En consecuencia, el Señor los había hecho viles y bajos ante todo el pueblo, que les había perdido el respeto al ver tanta maldad e hipocresía.

Cuando uno honra a Dios debida y cumplidamente, con una vida acorde con el llamamiento sagrado que se ha recibido, Él se encarga a su tiempo de honrarlo ante sus

semejantes.

En contraste, cuando no se le honra a Él, y las cosas preciosas y santas son despreciadas y maltratadas, se termina en un lamentable estado en que se ha perdido el respeto de los demás, y uno es mirado con total desaprobación y menosprecio.

Al leer estos párrafos, nos debiera inundar un saludable temor y temblor, que nos induzca a andar con suma cautela y prudencia ante el Señor, cuidándonos sobremanera de no caer nunca en un estado tan grave y peligroso.

Que sea éste tu sentir, caro lector, y no el de una fría indiferencia.

Pero continuemos, que había mucho más. Varones de Judá, que sabían muy bien por mandato divino, y para su propio bien, que debían casarse con hijas del pueblo de Dios y temerosas de Él, no lo habían hecho, y en cambio, habían optado por hija de dios extraño.

Todo esto se hacía, cubriendo al mismo tiempo el altar de Jehová de lágrimas, llanto y clamor, en un alarde de hipocresía y absoluta falsedad. Como resultado se les dice que las ofrendas de ellos ya no serían bien vistas ni aceptadas.

Al preguntar ellos con extrema insensibilidad ¿por qué?, les llega una respuesta en que repentinamente se pasa del plural al singular, para sacar a luz aun otra cosa gravísima.

“Porque Jehová ha atestado entre ti y la mujer de tu juventud, contra la cual has sido desleal, siendo ella tu compañera, y la mujer de tu pacto.” (2:14)

Muchas veces la palabra del Señor funciona de esa forma, dirigiéndose al pueblo en forma general y colectiva, para pasar súbitamente a un nivel personal, y a menudo íntimo, señalando una necesidad o una falta individual. Con frecuencia esto sucede sin que el que está proclamando la palabra sea consciente de ello.

Sin embargo, el Espíritu Santo que está sobre él, le da un

giro determinado y particular a algo que está diciendo, que hace que llegue a la conciencia de alguien como un dardo certero.

Tristemente, la deslealtad en el matrimonio está a la orden del día en el mundo, y se está introduciendo en la iglesia también.

Por una parte, debemos ser tiernos y misericordiosos para con aquéllos a los cuales, lamentablemente, se les ha roto el matrimonio, sobre todo en los casos en que no ha habido infidelidad y ha sido provocado, en cambio, por una fuerte incompatibilidad. Pero aun en los otros, no nos erijamos en jueces, sino oremos para que el Señor tenga misericordia de ellos y les conceda la gracia del arrepentimiento, y sane además sus heridas para que puedan ponerse en pie otra vez y servirle fielmente.

Por la otra parte, no podemos eludir la clara sentencia que pronuncia Malaquías como mensajero del Señor:

"Porque Jehová Dios de Israel ha dicho que él aborrece el repudio, y al que cubre de iniquidad su vestido... Guardaos, pues, en vuestro espíritu, y no seáis desleales." (2:16)

El traicionar a la mujer o el marido del pacto, es algo que el Señor aborrece y detesta. Es torcido y pérfido y tiene su procedencia en las mismas entrañas del malvado enemigo de nuestras almas, que en la antigüedad traicionó al Creador Supremo, al cual le debía todo lo que era y tenía.

Que nuestro corazón sea conforme al de Dios, de manera que siempre nos mantengamos totalmente fieles a nuestras esposas y maridos.

La serie de cosas que el Señor tenía contra Sus sacerdotes y Su pueblo es impresionante. Notemos algo que omitimos decir al principio, i.e. la forma en que comienza el libro: *"Profecía de la palabra de Jehová contra Israel, por medio de Malaquías."* (1:1)

Venía cargada y saturada de indignación santa contra tanta maldad.

En el último versículo del segundo capítulo en que estamos, los reprende por haberlo cansado con sus palabras totalmente impertinentes.

“Cualquiera que hace mal agrada a Jehová y en los tales se complace; o si no, ¿dónde está el Dios de justicia?” (2:17)

El razonamiento que ellos se hacían, y que muchos se hacen hoy día, es que hay tantos que cometen fechorías de toda índole, y lejos de ser castigados, les va bien y prosperan. Por lo tanto, Dios debe complacerse en ellos, y si no es así, ¿dónde está Él, que no los castiga?

En el capítulo siguiente esta forma de pensar la llevan a un grado mucho peor, con palabras contra el Señor que a Él le resultan violentas.

“Por demás es servir a Dios. ¿Qué aprovecha que guardemos su ley, y que andemos afligidos en presencia de Jehová de los ejércitos?”

“Decimos, pues, ahora: Bienaventurados son los soberbios, y los que hacen impiedad no sólo son prosperados, sino que tentaron a Dios y escaparon” (3:14.15)

Creían que guardaban Su ley, y además se jactaban de estar afligidos delante de Él, pero al mismo tiempo se quejaban de que eso de nada valía.

¿Por qué?

Porque veían al soberbio y al malo prosperar, tentando a Dios con sus maldades, y sin embargo, no recibían ningún juicio ni castigo.

Era como decir: ¿Para qué guardar Su ley y afligirnos, sin lograr ningún beneficio? Muy bien podríamos hacer como ellos, los soberbios, y disfrutar de la prosperidad que les toca a ellos, y quedar igualmente impunes.

Sus mentes estaban tan entenebrecidas, que no comprendían que en su supuesto guardar la ley y estar afligidos ante el Señor, había tal grado de hipocresía y engaño, que nunca les podría procurar satisfacción a sus almas ni la bendición del Señor.

Totalmente engañados, pensaban que sería mejor y más

provechoso no servirlo, y en vez ser como los soberbios y malvados, a los cuales les iba tan bien. Como vemos, una forma totalmente torcida y perversa de ver las cosas.

Tal como hemos afirmado en más de una ocasión, cuando se persevera deliberadamente en el pecado, el mismo a uno lo endurece, lo ensordece, lo enceguece, y finalmente lo enloquece.

La respuesta que el Señor da, por medio de Su siervo, a semejantes falacias, es muy inspiradora. Si bien es algo extensa, la transcribimos totalmente antes de pasar a comentarla brevemente.

“Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que piensan en su nombre.”

“Y serán para mí especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos, en el día que yo actúe; y los perdonaré, como el hombre perdona a su hijo que le sirve.”

“Entonces os volveréis y discerniréis la diferencia entre el justo y el malo, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve.” (3:16-18)

Esto nos pinta un cuadro muy distinto y que es hermoso sobremanera. Nos habla de los que le temen de verdad y a menudo se hablan entre sí, consolándose y animándose mutuamente en preciosas tertulias de compañerismo, solidaridad y comunión.

Eso, lejos de pasar desapercibido, es visto y oído por el Señor con muchísimo agrado. No sólo eso, sino que también Él hace que Sus ángeles escribientes lo registren fielmente en el libro de memoria, que ocupa un lugar de suma importancia en la estupenda y formidable biblioteca celestial. (#)

Agrega que habrá un día en que Él ha de actuar,

(#) Compuesta de millares y millones de tomos, sobresaliendo como el mejor de todos El Libro de la Vida del Cordero (Apocalipsis 21:27) Ver además Éxodo 32:32; Números 21:14; Salmo 40:7 y 139:16; Ezequiel 2:9 y 3:3; Daniel 7:10, 10:21 y 12:1; Filipenses 4:3; Apocalipsis 5:1 y 20:12, etc.

saldando todas las cuentas y poniendo cada cosa en su debido lugar. Esos que le temen de verdad, brillarán entonces como Su especial tesoro, y les perdonará cuantas faltas hayan tenido - ¿y quién de nosotros está o estará exento de ellas? - reconociendo que son hijos Suyos y que de veras le sirven a Él.

Termina señalando a ese *entonces* como el tiempo en que las cosas quedarán en clara y definitiva evidencia, y se verá y se sabrá sin la menor duda la gran diferencia entre el justo y el malo, y entre el que sirve a Dios y el que no le sirve.

Como vemos, se trata de una refutación fiel y preciosa de todo ese razonamiento pervertido, que desvirtuaba la razón y la justicia. Para los que le amamos y servimos sinceramente, esto debe constituir un fuerte consuelo y un poderoso acicate para continuar en el buen camino con renovados bríos y confianza.

Malaquías contiene una enfática exhortación a no robar a Dios dejando de darle los diezmos. Va dentro del pasaje del capítulo 3, versículos 6 a 12, y en muchos círculos de la iglesia se la usa con mucha frecuencia e insistencia antes de pasar el servicio de las ofrendas, al punto tal que a veces puede resultar contraproducente.

Queremos ser delicados para con los lectores que tal vez puedan haber experimentado lo que acabamos de decir, y por lo tanto, nos abstenemos de comentar esa parte del pasaje.

En cambio, tomamos un par de otras cosas que son de interés.

La primera es el uso de la frase las ventanas de los cielos. Ya hemos puntualizado en muchas ocasiones la superioridad del nuevo pacto o testamento sobre el antiguo. Aquí tenemos otra señal en el mismo sentido.

En efecto, en Los Hechos 14:27 leemos que Dios ha abierto la puerta de la fe a los gentiles; en Apocalipsis 4:1 "*Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo;*" en Apocalipsis 22:14 se nos habla de entrar por las puertas

de la ciudad (¡que serán doce!) y, por sobre todas las cosas, en Juan 10:9 Jesús nos dice “Yo soy la puerta; el que por mí entrare será salvo.”

Entrar por una ventana, por más que esté abierta, no es lo mejor ni lo más indicado. Incluso para hacerlo puede hacer falta una escalera, o, si no es muy alta, podrá bastar un cajón para subir, trepar y entrar. Con todo, alguien muy obeso puede perder el equilibrio al intentarlo y caer de bruces.

En cambio, ¡cuánto mejor y más sencillo es entrar por una puerta, sobre todo si está abierta! Y gracias a Dios, la puerta del cielo, que es Jesucristo, está abierta de par en par para cuantos quieran entrar por ella, arrepentidos y con fe sincera en Su muerte y resurrección.

El segundo punto se deriva de los versículos 11 y 12, en que el Señor promete reprender al devorador, para impedir que siguiese haciendo de las suyas. Como resultado, todas las naciones los verían como los bienaventurados poseedores de la tierra deseable – todo esto a condición de que fuesen fieles en traerle a Él todos los diezmos.

Pedro nos dice que nuestro “*adversario el diablo como león rugiente anda alrededor buscando a quien devorar.*” (1ª. Pedro 5:8)

Con su gran odio y maldad, él quisiera devorarnos a todos, pero no puede hacerlo con los que son sobrios y fieles, y velan.

Pablo nos dice en Efesios 4:27 “*ni deis lugar al diablo,*” lo cual constituye una exhortación de suma importancia, pero nos tememos que a menudo no se le presta toda la atención que se debiera.

Muchos creyentes afectados por temores innecesarios, ligaduras de diversa índole, pesadillas y cosas semejantes, deberían saber que se debe precisamente a esa razón; a sabiendas, o tal vez hasta cierto punto inadvertidamente, han dado, o están dando lugar al diablo.

Las Escrituras nos dan dos casos concretos de siervos

muy fieles al Señor contra los cuales nada pudo el león (o los leones) a saber, Pablo según 2^a. Timoteo 4:17b) y Daniel en la famosa ocasión en que fue echado a la fosa de los leones. (Ver Daniel, capítulo 6)

Por otra parte, también se nos da el ejemplo del profeta de Judá que vino a Betel, y después de pronunciar su profecía fue desobediente al expreso mandato del Señor, siendo muerto por un león al emprender el regreso. (1^a. Reyes 13:15-24)

Sepamos ser plenamente fieles y obedientes al Señor. Así, cuando el enemigo intente dañarnos, encendido de ira santa el Señor lo reprenderá.

¿Cómo te atreves a querer dañar a ese hijo mío tan fiel? No lo toques y apártate de él, y deja que siga en paz, sirviéndome como lo está haciendo.”

1^a. Juan 5:18 resume muy acertadamente lo que estamos diciendo:

“Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca.”

Dos predicciones mesiánicas.-

Malaquías contiene dos profecías o predicciones mesiánicas. La primera de ellas está a principios del tercer capítulo.

Someramente, nos anticipa:

- 1) Que el Señor sería precedido por Su mensajero – Juan el Bautista – el cual prepararía el camino delante de Él;
- 2) Vendría *súbitamente* a Su templo, es decir, repentinamente y sin que lo esperasen las autoridades y los religiosos de Su tiempo;
- 3) Se lo llama el Ángel (o mensajero) del pacto, al cual los fieles de verdad buscarían y desearían. Esto se

cumplió puntualmente cuando fue traído al templo por sus padres, tal como se nos narra en Lucas 2:22-38. Los sacerdotes, ancianos y escribas no se apercebieron de ello, pero, en cambio, los pocos fieles, de los cuales se nos nombra a Simeón y la anciana profetisa Ana, de la tribu de Aser, lo supieron y lo recibieron con singular beneplácito y gratitud.

El Ángel del pacto, como nombre del Hijo de Dios, sólo aparece en las Escrituras en esta ocasión particular. Tiene un significado muy precioso, describiéndole a Él como el mensajero celestial que traería el glorioso nuevo pacto, que está muy por encima del antiguo de la ley mosaica, y que representa la mejor y la última palabra del cielo para el ser humano.

- 4) También se lo describe como fuego consumidor y como jabón de lavadores, ante Quien nadie podría estar en pie. Recordemos cómo Simón Pedro, en su primer encuentro con Jesús cayó de rodillas ante Él (Lucas 5:8), al igual que Saulo de Tarso, como entonces se lo llamaba, cuando se le apareció en el camino a Damasco. (Los Hechos 9:3-4) Consideremos asimismo cómo fustigó la hipocresía y el mal, estableciendo con Su ejemplo y Su prédica un orden nuevo de verdadera rectitud, limpieza y transparencia.
- 5) Como resultado de ello la ofrenda de los sacerdotes sería grata al Señor, en contraste con lo que era en aquellos tiempos.

La segunda predicción está al comienzo del capítulo cuatro, y va precedida de la severa advertencia de que vendrá un día ardiente como un horno, en el que los soberbios y malos serán como estopa que será quemada, de tal forma que no les dejará raíz ni rama.

“Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada.”

“Hollaréis a los malos, los cuales serán cenizas bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho Jehová de los ejércitos.” (4:2-3)

Otra vez se hace hincapié en los que temen Su nombre. Para ellos vendría un nuevo y maravilloso amanecer, en el cual les iba a nacer un sol mucho mayor que el que ilumina el planeta en que vivimos.

A ese sol, aquí se lo llama el Sol de Justicia, y también solemos llamarlo el Sol Increado, o bien el Sol Eterno.

No podemos menos que hilar esto con las hermosas palabras de David en el Salmo 19:4b-6:

“En ellos puso tabernáculo para el sol; y éste, como esposo que sale de su tálamo, se alegra cual gigante para correr el camino.”

“De un extremo de los cielos es su salida, y su curso hasta el término de ellos; y nada hay que se esconda de su calor.”

Como vemos, se trata de una bellísima descripción alegórica de Jesucristo, el Desposado. Con la alegría propia de Su gran amor, emprende un derrotero universal que abarca de un extremo hasta el otro. El calor de ese amor suyo se extiende a todos sin distinción ni excepción, y quienes lo aceptan y reciben de buen grado van pasando a formar parte de la desposada, que se habrá de unir con Él en las bodas del Cordero, en nupcias dichosas, gloriosas y eternas.

Malaquías nos da una faceta adicional: - *“en sus alas traerá salvación”* -palabra esta última que en el original significa también salud. Es decir, que Sus rayos benéficos llegan no sólo al alma, sino también al cuerpo, trayendo salud y bienestar.

Como no podía ser de otra forma, este nuevo amanecer tan feliz y bendito habrá de traer un regocijo incontenible, que nos hará rejuvenecer y saltar de alegría por doquier.

El hecho de que ese saltar se compare con el de becerros de la manada, nos trae al recuerdo ocasiones del pasado en que viajamos por las extensas pampas de la República Argentina.

Muchas veces nos llamó la atención la gran agilidad con que los becerros daban grandes saltos. Eran saltos de vigor y energía, no de unos pocos, sino de muchos - muchísimos.

Como digno broche de oro final de esta singular profecía, Malaquías nos dice que los malos serán como cenizas, al ser hollados con la planta de los pies de quienes temen al Señor de veras.

Esto lo debemos entender debidamente, dentro del concepto del nuevo testamento. No serán otros seres humanos hostiles, sino las fuerzas del mal que luchan contra nosotros. Fortalecidos por la gracia, nos encontramos con que ya no se enseñorean de nosotros, sino que los hollamos bajo nuestros pies, como enemigos totalmente derrotados.

Además, siendo los pies el lugar donde termina el cuerpo, figurativamente vemos aquí a los santos añadidos al cuerpo universal de Cristo en lo que debe ser el final de los tiempos. Tomando posición con toda autoridad, y con pies como de bronce bruñido refulgente, así como los del Maestro resucitado y ascendido, habrán de hollar y convertir en cenizas con sus poderosas pisadas a cuantos se les opongan en su marcha triunfal.

¡Gracias, Espíritu Santo, por darnos a través de tu siervo Malaquías, tan bendita y reconfortante predicción!

Sin embargo, la misma no termina ahí. Después de un breve paréntesis en el versículo 4, exhortándoles a que se acuerden de la ley de Moisés, pasa a darle un cierre muy precioso al Antiguo Testamento. Lo hace preanunciando el acontecimiento siguiente de gran importancia en el programa divino; la venida y el ministerio de Juan el Bautista.

El mismo tuvo lugar poco más de cuatro siglos más tarde, y constituye una demostración más de que la Biblia es en verdad el libro inspirado por el único Dios verdadero, Quien nos declara el fin desde el principio

Acercándonos al final, pasamos a comentar las palabras *“A Jacob amé, y a Esaú aborrecí,”* que aparecen en los primeros versículos del libro, y que Pablo cita muchos años después en Romanos 9:13.

Cualquier persona, con un razonamiento frío y objetivo, puede pensar:

“¡Qué extraño! Amar a uno y aborrecer a otro; no me parece justo.”

Aun cuando no pretendemos tener una clara respuesta para todas las ocasiones en que en las Escrituras encontramos cosas difíciles de entender, en este caso creemos poder dar una explicación satisfactoria.

Como sabemos, Esaú y Jacob fueron hermanos mellizos, que nacieron de Rebeca en ese orden. Como ya hemos señalado en una obra anterior, hubo algo especial en esa ocasión: se vio el curioso detalle de que la pequeña mano de Jacob estaba tomada del calcañar o talón de Esaú.

Solemos referirnos a este detalle como una significativa marca de nacimiento, que iba a señalar algo muy importante en la vida posterior de Jacob.

Alcanzada la mayoría de edad, Esaú fue hombre de campo, diestro en la caza, mientras que Jacob habitaba en tiendas. En el relato consignado en Génesis 25, se nos dice que Esaú, al regresar de la caza, sintiéndose muy cansado y con mucha hambre, le pidió a Jacob que le diese de comer del potaje que acababa de guisar.

Para acceder a su pedido Jacob le impuso la condición de que, a cambio, le traspasase la primogenitura que le pertenecía como hijo mayor.

El razonamiento de Esaú fue totalmente desacertado: *“He aquí yo me voy a morir; ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura?”* (Génesis 25:32)

Por una parte, era una gran exageración, pues aunque estaba muy cansado y con hambre, no era para tanto. Por la otra, significaba con su actitud un lamentable desprecio de esa bendición de lo alto, que era tan especial.

Jacob en cambio, con sus muchas imperfecciones y faltas, tenía un algo en su fuero interno que anhelaba la bendición divina.

De ello dio la mejor muestra en la oportunidad en que tuvo un encuentro y una lucha con un varón celestial que se le apareció, encuentro éste que duró toda la noche. Al rayar el alba, el varón le dijo que lo dejase marcharse, pero en ese punto álgido y absolutamente crucial, Jacob no quiso saber nada.

Con esa misma mano con que había nacido tomada del talón de Esaú, mano que ahora era tosca y ruda con el desgaste de los años, se aferró al varón celestial con gran tenacidad, y exclamó de la forma más categórica: *“No te dejaré, si no me bendices.”* (Génesis 32:26)

El contraste abismal entre lo uno y lo otro, nos ayuda a comprender el por qué de la sentencia: *“A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí.”* Lo que este último llevaba dentro de su corazón y fuero íntimo era vil y deleznable; en cambio, lo que había en Jacob era algo que el Señor valoraba en gran manera. Todo lo cual nos hace exclamar:

“¡Que seamos de la estirpe de Jacob, Señor, y no de la de Esaú!

Por último, una reflexión sobre las primeras palabras del segundo versículo, a muy poco de comenzar el libro.

“Yo os he amado, dice Jehová.”

Se va a dirigir a un pueblo, y en particular a un sacerdocio, muy desobediente y rebelde. A pesar de saber muy bien toda la maldad que había en ellos, comienza con

estas palabras de amor hacia ellos.

No emplea el pretérito indefinido, que sería *“Yo os amé”* y que sería para denotar algo en un punto determinado de tiempo en el pasado; tampoco usa el pretérito imperfecto – *“Yo os amaba”* – lo que significaría en una etapa o espacio de tiempo en el pasado, pero no en el presente.

En cambio, lo hace con el pretérito perfecto – *“Yo os he amado.”* En estos tiempos en que la enseñanza de la gramática ha quedado muy desplazada y relegada, nos permitimos recordar al lector – por las dudas – que este tiempo de verbo se emplea para algo que ya ha acontecido, pero cuyos resultados subsisten todavía.

¡Bendito amor divino, incansable y perseverante, que nunca muere ni deja de ser!

Sepamos valorarlo y atesorarlo mejor, y no herirlo más, sino corresponderle plenamente con un cariño y una devoción que se reflejen en vidas que verdaderamente le obedezcan y le agraden en todo. Amén.

14

Simón Pedro (1) Antes de Pentecostés.

Aun cuando quedan algunos siervos ilustres del Antiguo Testamento sobre los cuales no hemos escrito, pasamos ahora al Nuevo Testamento, tomando la figura de Simón Pedro, el primer apóstol de los doce nombrados por el Señor.

Desde luego que su elección, y la de los otros once, no fue algo arbitrario, o que quedara librado al azar.

Muy por el contrario, Lucas nos hace saber que el nombramiento tuvo lugar después que Jesús se pasase una noche entera orando a Dios. (Ver Lucas 6:12-14)

Él y ellos iban a poner el fundamento de la iglesia, que es Él - Jesucristo - según consta en Efesios 2:20. Además, los doce cimientos de la ciudad celestial y santa de Jerusalén habrán de llevar los nombres de los doce apóstoles del Cordero, tal como se nos dice en Apocalipsis 21:14.

Todo esto hacía que la elección de ellos cobrase gran importancia, y explica por qué Jesús, antes de concretarla, estuvo orando toda la noche. No debía haber el menor riesgo de que cometiera una equivocación.

En los relatos de los evangelios, aun cuando, como no podía ser de otra forma, el protagonista principal es nuestro amado Señor Jesús, la figura de Pedro aparece en escena en no pocas oportunidades. De casi todas ellas podemos sacar conclusiones provechosas.

La pesca milagrosa.-

Tomemos una de las primeras, la de la pesca milagrosa, que nos narra Lucas en su capítulo quinto.

“...Simón Pedro cayó de rodillas antes Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador.” (5:8)

Lllaman mucho la atención estas palabras de Pedro. El relato nos habla de una pesca súper abundante, en la que el Señor puso en evidencia Su gran poder milagroso. En vez de expresar su gran admiración y asombro por ella, Pedro cae de rodillas antes Jesús, sintiéndose un pecador totalmente indigno de estar a Su lado.

Seguramente que el semblante y la presencia del Maestro, que irradiaban siempre una pureza santa e inmaculada, le habrán impactado profundamente. Sería como verse reflejado en un espejo límpido y radiante, que le hacía muy consciente de sus muchas faltas y pecados cometidos anteriormente, y aun más que eso, de ser, como persona, un hombre pecador.

¡Qué buena base, para empezar a trabajar y edificar sobre ella!

Como resultado de semejante pesca, tanto a él como a sus dos compañeros, Jacobo y Juan, les sobrecogió un gran temor. Nunca habían visto semejante cosa - que después de haber trabajado toda la noche sin pescar absolutamente nada, ahora la red se llenase de numerosos peces, muchos de ellos grandes y bien gordos, al punto que la red se rompía. Aun más - ¡los peces llenaban las dos barcas de tal forma que se hundían!

Presenciar tamaño milagro tuvo necesariamente que resultar tremendamente impresionante, y llenarlos de ese temor que ya hemos mencionado.

Fue por eso que Jesús, dirigiéndose a Pedro, lo primero que le dijo fueron esas dos palabras, que con tanto amor, tantas veces dirige a los Suyos: *“No temas.”* Y agregó de inmediato lo que iba a significar un cambio de rumbo

radical en su vida: *“Desde ahora serás pescador de hombres.”*

¡A cuántos, desde entonces y a través de la historia, Jesús se les ha cruzado en el camino, para cambiar su destino y encauzarlos hacia un norte mucho mayor y mejor!

Pedro ya no iba a echar sus redes en el mar – ora con éxito, ora sin resultado alguno. En lugar de ello, el día de Pentecostés, como ocasión inaugural y celebratoria de la flamante iglesia recién nacida, iba a arrojarla con su palabra encendida de la virtud del Espíritu Santo, y pescar nada menos que tres mil almas para el reino eterno de Dios.

Como si fuera poco, de ahí en más, sin convertirse por cierto en un papa infalible, iba a ser, no obstante, el primer apóstol del Señor, pastor de corderos y ovejas, y anciano sabio y maduro, tras haber hecho Dios a través suyo en los albores de la iglesia primitiva, milagros portentosos, algunos de ellos nunca vistos antes.

Bendita gracia divina, que toma pequeñas personas, a quienes nadie miraría por segunda vez, y las transforma maravillosamente, para darle a sus vidas proyecciones, sentido y valor que son eternos y gloriosos!

“Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron.” (5:11)

Esa pesca tan extraordinaria les podía haber traído pingües ganancias – tal vez lo suficiente para vivir desahogadamente por un buen tiempo.

¡Mas nada de eso les importaba! Los tres habían encontrado en Él un tesoro mucho más grande, y sin vacilar, dejándolo todo, se fueron en pos de Él.

¡Precioso imán irresistible de Su gracia y de Su amor!

Así como a la mujer samaritana le hizo olvidar su cántaro y dejarlo atrás; a Leví abandonar su despacho de cobro de impuestos y marcharse dejando a todos plantados, a ellos les hizo dejar sus barcas y junto a Él emprender un nuevo rumbo, totalmente imprevisto e inmensamente mejor.

El cambio de nombre.-

“Andrés le trajo a Jesús. Y mirándole Jesús, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas (que quiere decir Pedro.) (Juan 1:40 y 42)

Ésta es otra ocasión acaecida hacia el principio del ministerio terrenal del Maestro, y que nos narra esta vez la pluma de Juan.

En no pocas partes de los evangelios se relatan cosas que, a primera vista, podrían parecer detalles de poca importancia, pero que, ya sea de forma simbólica o bien práctica y real, nos presentan cosas de singular valor y de mucha aplicación en el andar cotidiano.

Ésta es una de ellas. En el cambio de nombre de Simón, hijo de Jonás, no hemos de ver algo casual, mencionado de paso, y sin ninguna trascendencia. Por el contrario, se trata de algo de mucho peso, y que, como veremos más adelante, se debe hacer extensivo a cada uno de nosotros, si es que nuestra vida espiritual ha de alcanzar un talante firme y sólido.

El nuevo nombre escogido por Jesús - Cefas - significa piedra, tal cual se consigna en el margen, o al pie, en muchas versiones de la Biblia. No en el sentido de una piedra dura y fría; antes bien, de algo que es vivo, y a la vez, sólido.

Simón se creía ser un roble, por así decirlo. Cuando el Señor le anticipó que antes de que el gallo cantase él lo negaría tres veces, su respuesta fue muy categórica, afirmando con plena confianza en sí mismo: *“Aunque todos se escandalicen, yo no.” “Mas él con más insistencia decía: Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré.” (Marcos 14:29 y 31)*

Sabemos bien lo que sucedió poco después. Al cambiar totalmente las cosas, y encontrándose con que los fariseos, sacerdotes y escribas tenían un dominio absoluto de la situación, y Jesús se reducía (por su propia voluntad) a asumir el lugar de un manso cordero, el temor de los

hombres – algo que, sin saberlo, Simón llevaba bien dentro de sí - afloró de una manera insólita.

Según la versión de Mateo, la primera vez negó abiertamente conocer a Jesús; la segunda lo reiteró bajo juramento, y la tercera lo hizo maldiciendo, y otra vez con juramento.

Al cantar de inmediato el gallo, recordó la predicción de Jesús y salió llorando amargamente. Al hacerlo, bien podemos imaginarlo reprochándose a sí mismo.

“Pensar que yo me creía un hombre hecho y derecho, y salgo siendo un soberano mentiroso, un cobarde y un traidor.”

Antes de proseguir, acotamos que, en situación semejante, el comportamiento de cada uno de nosotros habría sido igual o peor, a menos que estuviésemos en un grado de buena madurez espiritual e impregnados de la gracia divina.

Notemos también que, muy significativamente, esta negación de Pedro aparece en los cuatro evangelios. Está ubicada poco antes de que el Señor emprendiera el camino al Gólgota.

Creemos firmemente que, de una forma u otra, todo verdadero siervo o sierva, en una coyuntura determinada ha de ser llevado por el Espíritu hacia ese lugar del Calvario. En el trayecto, muy posiblemente podrá descubrir un punto débil, una fisura o bien algo más grave en su fuero íntimo que desconocía. Esto le puede resultar muy decepcionante y aun desgarrante, pero, si las cosas siguen su curso correcto, a la postre le será muy beneficioso.

Es la senda del Gólgota, que en su doloroso trayecto va poniendo en evidencia cosas oscuras que aun quedan, sin que uno lo sepa, y que deben morir y desaparecer bajo la gran sentencia de muerte del Calvario.

“...si uno murió por todos, luego todos murieron.” (2ª. Corintios 5:14)

“...sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.” (Romanos 6:6)

Felizmente, esa triple negación de Pedro no fue el punto final. Tuvo, eso sí, la virtud de poner en evidencia su necesidad de un cambio que lo convirtiese en un Cefas (o petros).

Ese cambio se cristalizó a su debido tiempo, merced al ministerio del mismo Jesús, y la llenura del Espíritu Santo que experimentó el día de Pentecostés.

Dado que tantas veces se predica sobre la triple negación de Pedro, nos parece justo puntualizar que, posteriormente, no sólo no volvió a negar al Señor, sino que también murió por Él, tal como Jesús había afirmado que lo haría. (Ver Lucas 22:33 y también 2ª. Pedro 1:13 y 14)

Lo concreto que surge de todo esto, como aplicación práctica para cada uno, es la necesidad de que el obrar de la gracia produzca la transformación de que estamos hablando.

De una manera u otra, por nuestra descendencia adánica todos llevamos por naturaleza puntos flojos, raquitismo o anemia espiritual, o cosas de esa índole, que en determinadas circunstancias nos pueden hacer propensos a la inestabilidad, las depresiones, fuertes altibajos y problemas parecidos o de mayor gravedad aun.

Se trata de que se plasme en nosotros, por el trato divino, que es siempre personal y sabio, algo brotado de las mismas entrañas del Maestro.

Aun en las condiciones más extremas - azotado, escupido, blasfemado, etc. - Él en ningún momento llegó a claudicar, ni a rendirse ante el dolor, ni dejar que el temor invadiese Su organismo.

En todo y por todo demostró ser una roca totalmente impenetrable e invencible, y la transformación interior que estamos comentando equivale a que un desprendimiento vivo de esa gran roca que es Él se vaya forjando dentro de

nuestro ser. Así pasaremos a ser estables, firmes y constantes, y, espiritualmente, por así decirlo, nos llamaremos Cefas, es decir, petros, al igual que Simón, el hijo de Jonás.

Como punto de referencia y comparación importante, debemos tomar la promesa de Jesús a todo el que venciere, consignada en Apocalipsis 2:17:-

“Al que venciere...le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquél que lo recibe.”

De Él, la Roca eterna, un injerto vivo, llamado “la piedrecita blanca”, con un nombre nuevo inscrito sobre ella, como un galardón de inestimable galardón, y de mucha importancia para poder alcanzar un nivel de buena madurez y verdaderamente fructífero.

Pedro andando sobre las aguas.-

Éste es otro episodio al cual nos queremos referir, aun cuando muy brevemente. A veces pensamos – quizá con menos sobriedad que la que corresponda – que en el siglo venidero, a más de cuatro predicadores Pedro sentirá el deseo de darles un fuerte tirón de orejas.

¿Por qué?

Por las muchas veces que, en sus predicaciones, fustigan severamente algunas de sus intervenciones desacertadas.

Es por eso que, queriéndonos poner a salvo de antemano, al comentar su triple negación hemos puesto que, en situación semejante, cualquiera de nosotros habría obrado igual o peor que él.

En esta ocasión, no podemos dejar de lado el hecho de que él mismo Señor, al rescatar a Pedro cuando se estaba hundiendo, le reprochó su incredulidad, diciéndole: *“¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?”* (Mateo 14:31)

No obstante, ¿Qué habríamos hecho nosotros en lugar

suyo, ante el mar tan embravecido y el rugir del viento y las olas? ¿Habríamos seguido andando plácidamente sobre las aguas, totalmente impertérritos? ¡Me cuesta creerlo!

Y agreguemos también el contraste entre él y los otros once discípulos.

Al ver al Señor sobre las aguas y oír Sus palabras:- *“Tened ánimo; yo soy, no temáis”*, Pedro le respondió y dijo: *“Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.”* (14:27-28)

Los once restantes, cómodamente sentados en la barca, como espectadores curiosos mirando a ver qué pasaba - ¡nada de exponerse a hacer el ridículo!

En cambio, en Pedro vemos ese espíritu arrojado de un hombre profundamente atraído hacia el Señor. Su pedido de ir a Él sobre las aguas era como decir: *“Quiero estar dónde tu estás; quiero hacer lo que tú haces.”*

Hechas estas consideraciones, concluimos esta breve sección con la moraleja tan trillada, pero no exenta de razón y contenido, de que en medio de las dificultades no debemos poner los ojos en ellas, sino mantenerlos fijos en Jesús, Quien siempre tiene la solución o la salida adecuada.

Exhortando a Jesús a tener compasión de sí mismo.-

“Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca.” (Mateo 16:22)

Estas palabras de Pedro expresaban su reacción ante lo que el Señor acababa de decir, i.e. que debía padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto y resucitar al tercer día.

Ése era en realidad el propósito fundamental para el que se había encarnado y venido al mundo, pero ni Pedro ni los demás lo podían comprender; más bien pensaban que había de reinar sobre Israel y librarlos del yugo de los romanos. (Ver Lucas 24:21 y Los Hechos 1:6)

Posteriormente entendieron bien y se dieron de lleno a llevar a cabo, por el poder del Espíritu Santo, el fin perseguido por ese propósito, que era el de proclamar y ofrecer salvación y vida eterna a cuantos, arrepentidos de sus pecados, se acogiesen a Jesucristo con fe, enfocada precisamente en esa muerte y resurrección.

Todo esto es bien sabido, pero la nota importante que queremos entresacar del episodio es la que se vincula a la autocompasión – a tener lástima de uno mismo.

La respuesta de Jesús a Pedro no fue una suave explicación de que estaba equivocado – “Déjame Pedro que te diga que no es así como tú piensas.”

Por el contrario, fue una tajante reprensión, haciéndole ver que el mismo Satanás estaba hablando a través de él, en esa exhortación que le había hecho.

Esto nos lleva a comentar sobre lo engañosa y peligrosa que es la autocompasión. Cuando uno está atravesando por pruebas rudas y dolorosas, el tenerse lástima puede procurar una sutil satisfacción – la de sentirse una pobre víctima inocente de tanta adversidad, dolor o tristeza.

No obstante, esa satisfacción siempre ha de ser, además de falsa, muy efímera, y no conducirá a nada bueno. Muy por el contrario, lo llevará a uno a culpar a los demás, a las injusticias de la vida o de la sociedad en general, o a lo que fuere, y, a la larga, a Dios mismo, por ser Él el Ser Supremo que todo lo gobierna y todo lo permite.

A algunos esto les podrá parecer, por lo menos a primera vista, una postura algo extrema. Con todo, con el aval de unos buenos decenios de experiencia, no vacilamos en aseverar que es así – tal cual lo hemos definido – y que quien se sumerge y persevera en la autocompasión no logrará ningún provecho para su alma, sino considerable daño y perjuicio.

El trato de Dios con el hombre se basa en algo diametralmente opuesto, es decir, el arrepentimiento, que

en esencia consiste en reconocerse culpable por las muchas faltas y pecados cometidos, a diferencia de la víctima inocente que la autocompasión presupone.

Adán y Eva, tras haber pecado, no dieron ninguna muestra de arrepentimiento. Él la culpó a Eva, e indirectamente, pero muy concretamente, a Dios que se la había dado por compañera, y ella por su parte culpó a la serpiente.

Esto nos da un indicio certero de lo que piensa y siente el hombre inconverso en general. O bien se culpa a los demás, o de lo contrario, a Dios o al diablo - rarísima vez a uno mismo.

Esto constituye una falta total de realidad y verdad.

Ni Eva ni Adán tenían por qué pecar - lo hicieron por su propia elección. Ambos, haciendo uso de su libre albedrío, muy bien podrían haber dado un rotundo **no** a la serpiente, y su malvada tentación.

El arrepentimiento tiene, entre otras, la gran virtud de sacarlo a uno del terreno falso de que es una víctima inocente, para colocarlo en el de la verdad de que es un pecador culpable.

Sobre este terreno de la verdad Dios entonces puede empezar a obrar en nuestras vidas, tanto para salvación, como para restauración espiritual, cuando se ha entrado en un declive por desobediencia y otras causas.

En cambio, no puede hacerlo mientras uno esté en el otro terreno -el cual implica una clara mentira - por ser un Dios de absoluta verdad, y que sólo transita en los senderos de la verdad - nunca en los de la mentira.

Ahora bien, verdad es que a veces nos toca atravesar situaciones difíciles y penosas, en las cuales incluso otros nos hayan hecho mucho daño y aun traicionado.

¿Cuál debe ser nuestra actitud en esos casos?

La de recordar que, como hijos de Dios que amamos a nuestro Padre de verdad, todas las cosas nos ayudan a bien, tal como puntualiza Pablo en Romanos 8:28.

Por lo tanto, aunque dolidos o sufriendo mucho, debemos confiar en que la benevolencia y la justicia de Dios, a la larga, todo lo habrán de tornar en bendición.

Esta bendición no debe comprenderse necesariamente en el sentido de hacernos más alegres, o procurarnos mayor bienestar o prosperidad, aunque a veces también pueden darse estas cosas. No obstante, el propósito primordial ha de ser el de ir alcanzando una mayor semejanza a Cristo, según lo indica el contexto, lo cual, por otra parte, es el más alto bien a que se puede aspirar en la vida.

Al tomar uno esta sana actitud de fe y resignación, negándose a compadecerse de sí mismo, el Señor, como Padre fiel y amante que es, se encargará de derramar Su dulce consuelo, aligerando la carga, para llevarnos a la postre, a través del dolor padecido, a un lugar de ensanchamiento y enriquecimiento.

En el monte de la transfiguración.-

Ésta es otra ocasión en la que, la intervención de Pedro, da pie a que comentemos, esta vez en unos pocos párrafos.

“Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, una para Moisés, y una para Elías; no sabiendo lo que decía.” (Lucas 9:33)

La primera parte - *“bueno es para nosotros que estemos aquí”*- fue acertada. Lo fue por la sencilla razón de que había sido dispuesto por el Maestro, que los había tomado expresamente a los tres - a él, Juan y Santiago - para que le acompañasen en ocasión tan especial.

La segunda parte, en cambio, fue desacertada y también por una razón muy sencilla: era una ocurrencia suya y no venía de parte del Señor.

¡Qué elemental es esto, pero al mismo tiempo, qué importante!

Lo que viene de nosotros mismos, sin esa procedencia

tan necesaria de que sea de lo alto, por más buena intención que tengamos, a la larga ha de resultar un desacierto.

Lucas agrega a la propuesta de las tres enramadas, el escueto y significativo comentario: *"no sabiendo lo que decía."*

En realidad, fue un craso error el querer poner a Moisés y a Elías, por más ilustres que hayan sido, como si estuvieran en un mismo nivel que Jesús, el Eterno Hijo de Dios.

Nos resulta de mucha inspiración leer lo que pasó a continuación.

Por así decirlo, el Padre tomó el asunto en Sus manos, y al venir la nube de luz que los cubrió, hizo oír Su voz con toda claridad, diciendo *"Éste es mi Hijo amado; a él oíd."*

¿Qué dijo de Moisés? Nada en absoluto. ¿Y de Elías? Igualmente, nada en absoluto. Solamente se refirió a Su Hijo amado, diciéndoles que Él era el que tenían que oír.

Fue una corrección muy fina del error de Pedro, hecha con mucho tacto, y que nos revela, por si fuera necesario decirlo, el buen gusto y la caballerosidad del Padre celestial. No lo reprendió por su desacierto, sino que puso las cosas en su debido lugar de forma clara y elegante.

La corrección surtió todo el efecto deseado, de lo cual tenemos fehaciente testimonio en 2^a. Pedro 1:16-18.

En efecto: en estos tres versículos Pedro narra la única experiencia suya que aparece en sus epístolas, que es precisamente la de estar junto a Juan y Santiago en la ocasión de la transfiguración. Allí cuenta lo sucedido en lo que llama el monte santo, pero lo hace absteniéndose de toda mención de Moisés y Elías, y centrándose en cambio totalmente en la honra y gloria de nuestro Señor Jesucristo, y la voz de complacencia de Dios el Padre que le fue enviada desde la magnífica gloria.

Que todo esto nos mueva a aspirar no sólo a un trazado correcto de la sana doctrina, sino al buen gusto y la sabiduría de que hizo gala el Padre en esa oportunidad.

La reprensión fría y tajante, por más razón que se tenga, siempre tiende a herir y dañar. En contraste con ello, hecha

con mansedumbre y gracia, puede surtir el benéfico resultado que uno desea.

Una pregunta que da lugar a una maravillosa respuesta.-

“Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?”

“Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete.” (Mateo 18:21-22)

En este breve pasaje, una vez más lo vemos a Pedro tomando la iniciativa para plantear su pregunta al Maestro.

Habiéndole oído hablar más de una vez sobre la necesidad de no albergar rencor y perdonar, quiere saber hasta qué punto, o en qué medida, se debe aplicar ese proceder. Quizá pensando que hacía una sugerencia muy elevada y benévola, le pregunta si el límite debe extenderse hasta siete veces (con una sonrisa agregamos para nuestros adentros:- ¡pero a la octava no hay perdón!)

Tras la respuesta de Jesús - *“aun hasta setenta veces siete”* - no leemos que Pedro haya comentado ni dicho nada. Se debe haber quedado pensando y tratando de masticarlo y digerirlo, lo que tal vez no le haya resultado nada fácil.

El pasaje nos hace recordar el caso de Lamec, un descendiente de Caín, que después de anunciar a sus dos mujeres, Ada y Zila, que iba a perpetrar un crimen por venganza de una herida recibida, afirmó: *“Si siete veces será vengado Caín, Lamec en verdad setenta veces siete lo será.”* (Génesis 4:24)

La respuesta de Jesús a Pedro - el perdón al hermano que ofende hasta setenta veces siete - era un preanuncio del régimen superior de la gracia que Él había venido a instituir.

En Romanos 5:21 Pablo relaciona los dos polos opuestos - el de la venganza o la justicia, y el del perdón - con estas palabras: *“...porque cuando abundó el pecado, sobreabundó la gracia.”*

¡Bendita gracia e infinita misericordia, que van mucho más allá de los más remotos confines del mal!

No obstante, no debemos omitir algo muy importante que brota de Lucas 17:3. *“Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale.”*

Esto presupone claramente que debe haber arrepentimiento por parte del ofensor. El perdón divino no se otorga al pecador impenitente que insiste y persiste en pecar; necesita imprescindiblemente del arrepentimiento.

Y ahora, un punto final, y éste nace del criterio y el sentir personal del autor. Siempre ha sentido y comprendido que el perdonar es algo privativo de Dios, y que, como ser humano, no exento de faltas y pecados, uno mismo no se encuentra ni se siente facultado para retener el perdón de quienes le han ofendido, y por lo tanto, ni de acordárselo tampoco.

Aun cuando el Señor habla muchas veces de perdonarnos los unos a los otros, uno nunca se ha podido sentir como quien ha sido ofendido y tiene derecho, ya sea de perdonar o de no hacerlo – es decir, que no es nadie que pueda perdonar o retener el perdón.

En cambio, lo que sí debe hacer es, o bien pasar por alto la ofensa en los casos en que ello corresponda, o hablar con mansedumbre con el implicado cuando ello proceda, *pero siempre cuidarse de no albergar rencor contra el que le ha herido u ofendido.*

Confía en que esta distinción no resulte ambigua al lector. Aun cuando está clarísimo que Jesús habló de perdonarnos los unos a los otros, nuestro sentir en tales casos es según lo expresado más arriba.

Quizá la frase que se ha tomado – pasar por alto la ofensa – (ver Proverbios 19:11b) pueda interpretarse como un equivalente de perdonar, aunque para el autor, estrictamente no lo es.

Con esto, nos damos por satisfechos en cuanto a Simón Pedro antes de Pentecostés.

15

Simón Pedro (2) a partir de Pentecostés.

En la trayectoria de Simón Pedro, la conversación que Jesús mantuvo con él después de Su resurrección, y que se nos consigna en Juan 21:15-19 fue algo de singular importancia.

No obstante, por ser un pasaje riquísimo, saturado de cosas de sumo peso y sustancia, no nos detenemos a comentarlo a esta altura. Lo reservamos para uno de los últimos capítulos de la segunda parte de esta obra, que estará centrada, como anticipamos en la introducción, no en personajes célebres de las Escrituras, como esta primera, sino en exposiciones temáticas pero que encuadran dentro del mismo marco de "Cosas Nuevas y Cosas Viejas."

El primer capítulo de Los Hechos ya nos muestra a un Pedro bastante distinto. Como el primer apóstol nombrado por Jesucristo, sigue apareciendo como el líder que toma la iniciativa, pero ya se empiezan a insinuar una solidez y un aplomo de los cuales carecía anteriormente.

Esto lo debemos atribuir principalmente a la comunicación del Espíritu Santo, que Jesús le había hecho a él y a los demás discípulos, (ver Juan 20:21-22), la cual sirvió para que todos ellos, deponiendo sus diferencias y enfrentamientos previos, pudieran perseverar unánimes en oración.

Llama la atención también la forma certera y precisa en que ahora citas las Escrituras – (ver Los Hechos 1:15-20) – cosa de la cual no tenemos constancia de que había ocurrido anteriormente.

Esto se acentúa más todavía en el capítulo siguiente, cuando se pone en pie junto a los otros once apóstoles para proclamar la palabra de Dios.

El trazado limpio y claro que hace de las Escrituras del libro de Joel y de los Salmos, haciendo ver que lo que estaba aconteciendo encajaba perfectamente con ellas, es algo que nos resulta admirable.

En efecto: un pescador rudo y tosco, sin letras y del vulgo, se desempeña ahora con total soltura y dominio de la situación, haciendo una exposición de la palabra de Dios que sólo puede calificarse de maravillosa.

Maravillosa por el contenido, rico, sólido y sustancioso, pero también por la absoluta confianza con que la hace, puesto en pie y alzando la voz para que todos los muchísimos presentes pudieran oírle bien.

Las palabras “*Sepa pues ciertísimamente toda la casa de Israel*” del versículo 36, nos hablan de una fe y una certeza absolutas, propias solamente de quienes están verdaderamente impregnados del Espíritu de Dios.

Además de todo ello, pensemos en las palabras del versículo 40:

“Y con muchas otras palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: Sed salvos de esta perversa generación.”

Vemos en esto una abundancia que rebosa de un corazón repleto de verdades, las cuales se presentan en el tono más solemne y urgente, y con toda autoridad.

Esto es muy distinto de un hablar extenso, con elocuencia humana y buena retórica, pero desprovisto de ese “*no se qué*” indefinible y distintivo, que, como bien sabemos, sólo se encuentra en quienes están auténticamente ungidos por el Espíritu Santo.

Cargadas de virtud divina, sus palabras llegaron a los corazones como dardos certeros:

“Al oír esto se compungieron y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? (2:37)

Una muestra inequívoca del obrar del Espíritu, redarguyendo como Él sólo puede hacerlo, y de la manera en que Jesús se lo había predicho a los discípulos en Juan 16:7-9.

La respuesta de Pedro a esa gran pregunta - *“¿Qué haremos?”* - es todavía otra señal más de la autoridad, seguridad y conocimiento de que ahora estaba revestido.

Sin ambages ni rodeos, y con toda claridad, les da la respuesta inmediata:

“Arrepentíos, y bautícese cada uno en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.” (2:38)

Los resultados de esa predicación, y las excelencias de la vida de los nuevos convertidos y de toda la actividad comunitaria, ya los hemos comentado ampliamente en nuestro libro *“Volviendo a las Fuentes Primitivas,”* capítulos 4, 5 y 6.

Aquí, centrándonos en la persona de Pedro, notamos la forma en que, por la virtud del Espíritu, su figura cobra un rol preponderante. En todas las ocasiones en que se consignan detalles de la vida de la iglesia primitiva de Jerusalén, lo vemos tomar la iniciativa, a menudo con Juan a su lado, ostentando una autoridad, una gracia y un discernimiento realmente asombrosos.

La curación del cojo de nacimiento, narrada en el capítulo 3, no debe considerarse solamente por su gran virtud milagrosa. Cuando la multitud, enterada de lo que había pasado, se agolpó para contemplar con admiración a los tres - al cojo que andaba y saltaba, alabando a Dios, y a él y a Juan - en seguida tomó la palabra para afirmar:

“Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis? ¿o por qué ponéis

los ojos en nosotros, como si por nuestro poder y piedad hubiésemos hecho andar a éste?" (3:12)

Después de lo cual pasó a proclamar otra vez la palabra de Dios, pero recalcando con absoluta claridad que ese milagro había sido por el nombre y el poder de Jesucristo – es decir, que se cuidaba muy bien de que él y Juan no recibieran loas y honra por el mismo, sino que toda la gloria fuera para el Señor Jesús.

A veces, o mejor dicho, a menudo, los seres humanos podemos ser propensos a que en la hora del éxito se nos suban los humos a la cabeza, y caigamos en el envanecimiento o en rarezas o desvaríos.

Cuidándonos de no mencionar el nombre ni el lugar, acotamos el caso de un predicador de la sanidad, al cual, hace unos años, le trajeron a la plataforma en una de sus campañas un enfermo de cáncer en fase terminal.

Después de orar con fe e insistencia, el enfermo quedó sanado, por lo que sabemos, en forma duradera.

Lo que sucedió después fue inaudito. Profundamente impresionado por esa sanidad, el siervo en cuestión hizo algo muy extraño. Obrando bajo la convicción de que ese lugar, y en particular la plataforma en que había estado, se encontraban saturados del poder y la gloria de Dios, hizo cortar el parqué del piso de la plataforma en cubitos muy pequeños, de unos pocos centímetros cada uno.

A continuación, hizo enviar a cada uno de sus muchos consiervos allegados y conocidos uno de esos cubitos, pensando hacerlos así partícipes de ese poder y de esa gloria, y con el fin de que pudieran tener una mayor medida de los mismos en sus respectivos ministerios.

Entendemos que un siervo muy maduro y experimentado que recibió uno de ellos, le comunicó su desaprobación de semejante obsequio, lo que creemos recordar le costó perder la amistad y el apoyo que el predicador le había brindado anteriormente.

Por nuestra parte, opinamos que el envío de esos cubitos “mágicos” supuso un desvarío propio de quien se ha exaltado indebidamente, a raíz de un milagro que el Señor había hecho a través de su persona.

Ni Pedro en la oportunidad que hemos comentado, ni Elías al bajar fuego del cielo en el Carmelo, ni Pablo ni Jesús, hicieron semejante cosa.

El Maestro, al cobrar fama por Sus milagros y agolparse la gente a Su alrededor, después de atenderlos y enseñarles, se apartaba a lugares desiertos y oraba, según consta en Lucas 5:15-16.

Aprendamos de Su ejemplo y recordémoslo, sobre todo si nos llega la hora del éxito o de la fama.

En el bien conocido caso de Ananías y Safira, tenemos otra muestra de la gran autoridad con que el Señor lo había revestido a Pedro, como así también de la sabiduría, sobriedad y aplomo con que actuaba.

Impregnado del Espíritu de verdad, detectó en seguida la mentira en que Ananías estaba envuelto, y pronunció la solemne y gravísima sentencia de que había mentido, más que a los hombres, a Dios mismo.

Tres horas más tarde, al llegar Safira, que había estado ausente, bien pronto comprobó que ella había convenido con su marido en mentir, declarando una suma inferior a la real por la venta de su heredad.

En realidad, se trataba de una audaz incursión de Satanás, el padre de la mentira, buscando penetrar con ella en el terreno de la verdad de la flamante iglesia del Señor, recién nacida, para así contaminarla.

El hecho de que ambos cayeran expirando de inmediato a los pies de Pedro, no sólo echa de ver la forma manifiesta en que el Señor respaldaba a Su siervo. Fue también una señal de alarma para todos los presentes, advirtiéndoles que pisaban tierra santa y que toda mentira e hipocresía debían quedar totalmente desterradas.

En obras anteriores hemos dado algún caso semejante, ocurrido en tiempos de genuino avivamiento, cuando a personas que actuaban en actitud de mofa, fingiendo burlescamente estar compungidas por el Espíritu Santo, les costó muy caro, perdiendo la vida ipso facto, al igual que Ananías y Safira.

Volvemos a plantearnos la pregunta: en esas grandes reuniones y festivales cristianos de la actualidad, en que se supone que hay una gran presencia de Dios, ¿por qué no sucede nada drástico, cuando, como a veces pasa, algún intruso o carnal hace cosas abiertamente fuera de lugar?

¿Será una muestra más de la gran misericordia, paciencia y clemencia del Señor? ¿O será, como alguien ha sugerido, que la pretendida gran presencia de Dios no es tal, y por lo tanto esas cosas fuera de lugar se pueden hacer impunemente?

También llaman la atención los milagros portentosos que el Señor hizo a través de Pedro. Quizá sobresalga entre ellos el que se sanasen enfermos que ponían en camas y lechos, al proyectarse su sombra sobre ellos.

Además, de los muchos enfermos y atormentados por malos espíritus que traían de las poblaciones circunvecinas, todos eran sanados.

Se trataba, evidentemente, de una visitación de Dios muy especial y que estaba autenticando la resurrección de Jesucristo de esa manera tan sorprendente e incuestionable.

Debemos acotar que, seguramente comprendiendo esto muy bien, en sus dos epístolas Pedro no hizo ninguna alusión a estos milagros, ni al de la resurrección de Dorcas y la sanidad de Eneas, el paralítico que había guardado cama por ocho años.

Como ya señalamos, el único evento especial que citó fue el de la transfiguración, y toda su exhortación apunta en cambio al crecimiento espiritual y el fortalecimiento del carácter y la fe.

Acude a la mente del autor el recuerdo de lo acontecido hace unas buenas décadas en la localidad de Lobería, en la provincia de Buenos Aires, República Argentina.

Un joven siervo del Señor, de nombre Leo Mancebych, nacido en Ucrania pero criado en la Argentina desde los tres o cuatro años de edad, fue usado prodigiosamente en el terreno de las sanidades.

Se trasladaba en bicicleta a la localidad mencionada los días sábado. Acudían muchos enfermos para que orase por ellos, de manera que había una larga cola. A medida que iban llegando se les daba una tarjeta, para los más graves una roja y a los demás una verde.

Llegada una cierta hora, habiendo orado por todos los que se habían presentado, se marchaba y no se enteraba mayormente de los resultados hasta el sábado siguiente, en que volvía de la misma forma y a los mismos fines.

El testimonio de ese siervo fue que en ese tiempo, que uno no se sanase en Lobería era un verdadero milagro – algo muy excepcional. Como resultado, la farmacia o farmacias locales cerraron por falta total de clientela, y en el hospital de la población se veía a los médicos y enfermeras sentados en bancos del jardín, conversando relajadamente y sin que tuvieran un solo paciente.

Un caso muy particular, fue el de un joven que había estado ingresado con una gangrena sumamente avanzada. Al verla, Leo tuvo que hacer esfuerzos para evitar náuseas, ya que la pierna estaba putrefacta en el lugar de la infección.

Con toda inocencia manifestó que él se ciñó a hacer una oración más bien breve y formal, al estilo de una extremaunción, no pensando que pudiera sanarse.

Al marcharse, el padre del joven se le acercó, preguntándole con cierta rudeza:

“Y mi hijo, ¿se sana o no se sana?” a lo cual, instintivamente y sin pensarlo, le contestó: “Es claro que se sana, hombre”, con el más rotundo énfasis.

A poco de esto, montado ya en su bicicleta para emprender el regreso, se reprochó a sí mismo, diciéndose para sus adentros:

“¿Cómo puedo haberle dicho semejante cosa? Ahora el joven se muere y qué falso y ridículo le apareceré a ese padre.”

Unos dos sábados más tarde, al llegar a Lobería, para su asombro vio al joven andando en bicicleta con toda normalidad y completamente sanado.

Como todo esto que narramos puede suscitar dudas en algunos en cuanto a su veracidad, dado lo inverosímil de las cosas, hacemos un importante agregado.

Cuando le oímos al hermano Leo contar todo esto, hace ya unos dieciocho años, estando en compañía de varios siervos más en La Reja, también provincia de Buenos Aires, estaba presente un hermano y siervo del Señor de apellido Benítez. Él había estado presente en Lobería en los días de esos milagros y afirmó:

“Yo estuve presente y lo que el hermano Leo ha contado es sólo la mitad de lo acontecido en esos días.”

Leo falleció hace unos diez años aproximadamente, pero tuvimos el placer y privilegio de conocerlo personalmente, durante los años 1990 al 1992, cuando mi esposa y yo, al igual que él, residíamos en el Gran Buenos Aires.

Seguía muy fiel al Señor, pero ese don extraordinario en la esfera de la sanidad física ya no operaba a través suyo.

Lo que había pasado anteriormente en Lobería, muy posiblemente se relacionase con algo que sucedió previamente en un instituto bíblico situado en La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires.

Leo era uno de los jóvenes estudiantes, y junto con sus compañeros a menudo pasaba largas horas en intensa oración. Esto llamó la atención del profesorado, ya que no era algo que ellos hubieran tratado de promocionar. Tal vez les daba ciertos recelos, pero no se opusieron y dejaron que

las cosas siguieran su curso.

Creemos que muy probablemente esa visitación tan singular en Lobería, haya tenido su origen espiritual en esa intercesión de los estudiantes, de los cuales creemos recordar que algunos le acompañaban esos sábados en que iba.

Un último punto, es que debe tenerse muy presente la humildad con que el hermano Leo actuaba, sin sentirse como “el hombre de la hora” ni nada de eso. Sabía que todo venía del Señor por Su pura gracia, y, a veces, a pesar de su propia incredulidad, como en el caso del joven con la gangrena tan avanzada.

Pedro y Juan en Samaria.-

El octavo capítulo de Los Hechos nos cuenta la forma en que el evangelio se extendió a Samaria, por mediación de Felipe el evangelista.

Enterados de esto, los apóstoles decidieron enviar a Pedro y Juan, quienes al llegar, oraron por los nuevos convertidos para que recibiesen el Espíritu Santo.

Había habido grandes milagros de sanidad y liberación que trajeron gran gozo a toda la ciudad, y además, los que creyeron fueron bautizados, pero se nos hace la salvedad de que el Espíritu Santo no había descendido sobre ninguno de ellos.

Todo el pasaje resulta muy instructivo. Notemos que por lo menos uno de los bautizados – Simón el mago – era uno del cual no se podría decir que era verdaderamente renacido. Lo mismo se puede decir de Ananías y Safira, de la iglesia de Jerusalén, y a los cuales nos hemos referido anteriormente.

La forma en que recibían el Espíritu Santo en este caso fue por la imposición de manos de Pedro y Juan.

Presentamos dos puntos de interés sobre esto. Al igual

que seguramente muchos otros, nos hemos planteado alguna vez la pregunta: ¿Cuáles serían las obras mayores que Jesucristo afirmó que harían quienes creyesen en Él? (Ver Juan14:12)

Alguien ha sugerido que podría ser lo que pasaba con Pedro, cuando su sombra se proyectaba sobre los enfermos, pero no creemos que sea ésa la respuesta. Los milagros que sucedían entonces eran de sanidades y liberaciones, de los cuales el Maestro había hecho muchísimos.

Opinamos que la clave está en las palabras finales del versículo en cuestión:

“De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago él las hará también; y aun mayores obras hará, porque yo voy al Padre.”

Antes de Su ascensión, Él no podía mediar el Espíritu Santo en plenitud; sólo lo hizo digamos en forma parcial al soplar sobre ellos, según consta en Juan 20:22. Como ya hemos visto con anterioridad, esto fue como un anticipo que capacitase a los discípulos para prepararse para Pentecostés juntos y en unanimidad,

Una vez ascendido y glorificado Él (ver Juan 7:39) el Espíritu Santo pudo venir en plenitud, tal como lo hizo el día de Pentecostés. De ahí en adelante Pedro y Juan lo pudieron mediar en esa plenitud en la ocasión en que estamos, acaecida en Samaria.

Igualmente Pablo lo hizo en Éfeso unos años más tarde (ver Los Hechos 19:6) y desde entonces muchos siervos de Dios hemos podido orar por gente necesitada y mediarles el Espíritu Santo, a veces con, y a veces sin señales que lo acompañasen.

Aunque sin querer ser dogmáticos sobre el particular, creemos que ésta es la interpretación más probable y razonable que se puede dar a la promesa del Señor a que nos hemos estado refiriendo.

El segundo punto se deriva de los dos casos que hemos

tomado – el de Pedro y Juan en Samaria y Pablo en Éfeso – en que el Espíritu Santo fue mediado por apóstoles y con la imposición de manos.

Proclive como puede ser a veces la mente humana a precipitarse para llegar a conclusiones tajantes, no nos cabe duda de que algunos han afirmado en base a lo dicho que ésa es la forma en que siempre se ha de mediar el Espíritu Santo.

Esto resulta inevitablemente en un restringir el obrar del Consolador, condicionándolo dentro de una vía muy estrecha:- sólo apóstoles y con la imposición de manos.

Pero en la inspiración que el mismo Espíritu Santo ha brindado al relato de Los Hechos, en el capítulo siguiente se encarga de dar un rotundo mentís a tal postura.

Efectivamente, ahí vemos al que iba a ser el gran apóstol Pablo, recibir la plenitud del Espíritu Santo por la imposición de manos del fiel pero humilde discípulo Ananías, de Damasco. (Los Hechos 9:17)

Como si esto no bastase, en el capítulo siguiente tenemos el caso de la casa de Cornelio, sobre la cual cayó el Espíritu Santo soberanamente, a poco de que Pedro comenzase su discurso.

Leamos con atención todo cuanto las Escrituras nos aportan sobre cada tema determinado, y no tomemos uno o más casos aislados para alcanzar conclusiones. Así tendremos una visión panorámica correcta, con el equilibrio que muchas veces proviene de considerar en conjunto los que parecen aspectos discordantes o polos opuestos, que en realidad no son contradictorios como pudiera parecer, sino complementarios, dentro de un todo muy grande y hasta cierto punto flexible.

Pedro en la casa de Cornelio.-

El capítulo 10 de Los Hechos nos relata minuciosamente

el nacimiento de la primera iglesia gentil, que tuvo lugar en la casa de Cornelio, en Cesarea.

Aquí lo vemos a Pedro haciendo uso de las llaves del reino de los cielos que Jesús le había prometido. Con ellas abrió la puerta para los gentiles, así como ya lo había hecho para los judíos el día de Pentecostés.

En el tema de las llaves, resulta interesante acotar que en algunos países, cuando un joven alcanza la mayoría de edad, en la celebración de su cumpleaños se suele emplear como emblema una llave grande.

Con ella va implícita la verdad de que, a partir de esa fecha, al joven se le dará la llave de la puerta de calle, atendiendo a que ya tiene la suficiente responsabilidad para hacer un buen uso de ella.

Esto va paralelo al principio de que, a medida que avanzamos en madurez y responsabilidad, el Señor nos va otorgando llaves que nos van abriendo nuevas puertas en Su servicio.

Tengamos bien en cuenta que nunca nos las podrá otorgar si todavía encuentra en nosotros lagunas de irresponsabilidad o inestabilidad, así como no se las acordó a Pedro antes de Pentecostés, cuando a pesar de su celo y devoción, daba muestras de inestabilidad y falta de madurez.

Su discurso en la ocasión en que estamos, en casa de Cornelio, no fue extenso ni mucho menos, y en el mismo no encontramos ningún testimonio de sus experiencias personales, sino una clara proclamación de las verdades cardinales del evangelio, es decir, la muerte y resurrección de Jesucristo y la salvación y vida eterna merced a Su sacrificio expiatorio.

De lo breve que fue su predicación nos dan una clara señal sus palabras “Y cuando *comencé* a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos...” pronunciadas al narrar más tarde el acontecimiento en Jerusalén. (Los Hechos 11:15)

Por supuesto que él hubiera podido y querido explayarse con rica abundancia, como lo hizo el día de Pentecostés. No obstante, en los sabios designios divinos, el Espíritu descendió sobre todos los que lo escuchaban, interrumpiendo su discurso y tomando un total dominio de la situación.

Como sabemos, a los judíos les costaba mucho concebir que la bendición se pudiese hacer extensiva a los gentiles también. El obrar del Espíritu Santo de esa manera tan soberana e incuestionable, tenía el fin de que a ellos no les cupiese ahora ninguna duda de que era algo absolutamente de Dios.

También cabe señalar que el momento en que descendió el Espíritu fue cuando Pedro acababa de pronunciar las palabras *“De éste dan testimonio todos los profetas que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre.”* (Los Hechos 10:43)

Con toda la vasta plenitud del evangelio, esta afirmación es en realidad una base fundamental, sobre la cual descansa y se apoya todo lo demás.

El Espíritu Santo cayó en ese punto como rúbrica de esa afirmación, que podríamos decir que constituye la esencia del mensaje del evangelio, y con el agregado de que su absoluta veracidad estaba avalada por los profetas del Antiguo Testamento, cosa esta última que para los judíos tenía mucha importancia.

Se sobreentiende que sobre esa base inicial del perdón de pecados, luego se habrá de impartir mucho más de las inescrutables riquezas del evangelio de Cristo. (Efesios 3:8b)

De hecho, al quedar Pedro en Cesarea por algunos días (10:48b) damos por sentado que habrá procedido en ese sentido.

Su fidelidad y perseverancia en el ministerio.-

Como punto final hemos de rendir tributo a su gran fidelidad y perseverancia, con las cuales cumplió cabalmente la labor que Jesús le había encomendado de pastorear y alimentar Sus ovejas y corderos.

“Aconteció que Pedro, visitando a todos, vino también a los santos que habitaban en Lida.” (Los Hechos 9:32)

“Por esto, yo no dejaré de recordaros siempre estas cosas, aunque vosotros las sepáis, y estéis confirmados en la verdad presente.”

“Pues tengo por justo, en tanto que estoy en este cuerpo, el despertaros con amonestación; sabiendo que en breve debo abandonar el cuerpo, como nuestro Señor Jesucristo me ha declarado. También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas.” (2ª. Pedro 1:12-15)

La cita de Los Hechos nos lo muestra en una etapa temprana del desarrollo de la iglesia primitiva, brindándose de lleno y viajando continuamente a todos los lugares del territorio que el Señor le había asignado.

“Otra vez con la mochila al hombro. ¿Qué vas a hacer, Pedro?” le preguntarían.

Y su breve respuesta sería: “Voy a visitar y alimentar las ovejas y corderos del Señor.”

El llamamiento supone, en verdad, derramar la vida de uno por la grey de Cristo.

El otro pasaje citado, de 2ª. Pedro, nos hace ver de forma evidente cómo seguía con todo tesón y fidelidad en esa labor, cuando se encontraba muy cerca del fin de su trayectoria.

Además, después de su partida nos han quedado sus dos epístolas, con un riquísimo caudal, para alimentarnos a nosotros, los creyentes de la actualidad, como así también a quienes nos han precedido en generaciones anteriores, y a

cuantos se levanten en épocas por venir, hasta la segunda venida de nuestro amado Señor.

En suma, esa preciosa e importante encomienda recibida del Señor, la cumplió con diligencia y cabalmente a todo lo largo del camino, a partir de Pentecostés.

Estamos seguros que, al llegar el momento de su partida, su conciencia estaría plenamente satisfecha, y al igual que su Maestro y Señor, podría decir con toda confianza: *"He acabado la obra que me diste que hiciese."* (Juan 17:4b)

En conclusión, nos maravilla pensar cómo el Señor pudo tomar su vida - la de un pescador tosco y rudo a quien pocos tal vez mirarían por segunda vez - y forjar de ella un siervo tan ejemplar, que coronó su peregrinación terrenal como un mártir y un héroe de verdad.

Con esto concluimos la primera parte de esta obra, con el deseo de que cada lector pueda recibir y asimilar inspiración, ánimo y fortalecimiento espiritual, del ejemplo de los próceres de antaño que hemos considerado.

En 1ª. Corintios 3:21-22 Pablo nos dice: *"...todo es vuestro; sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas...todo es vuestro."*

Estos personajes célebres de las Escrituras que hemos tomado, a partir de Moisés en adelante, son todos nuestros - un verdadero regalo de Dios, para que aprendamos, nos enriquezcamos y cobremos nuevas fuerzas para proseguir hacia delante.

Que cada uno de nosotros sepa valorar y aprovechar debidamente tan precioso regalo. Amén.

*Impreso en Sevilla, España
Febrero, 2012
Eben Ezer Artes Gráficas
www.imprentaebenezzer.com*

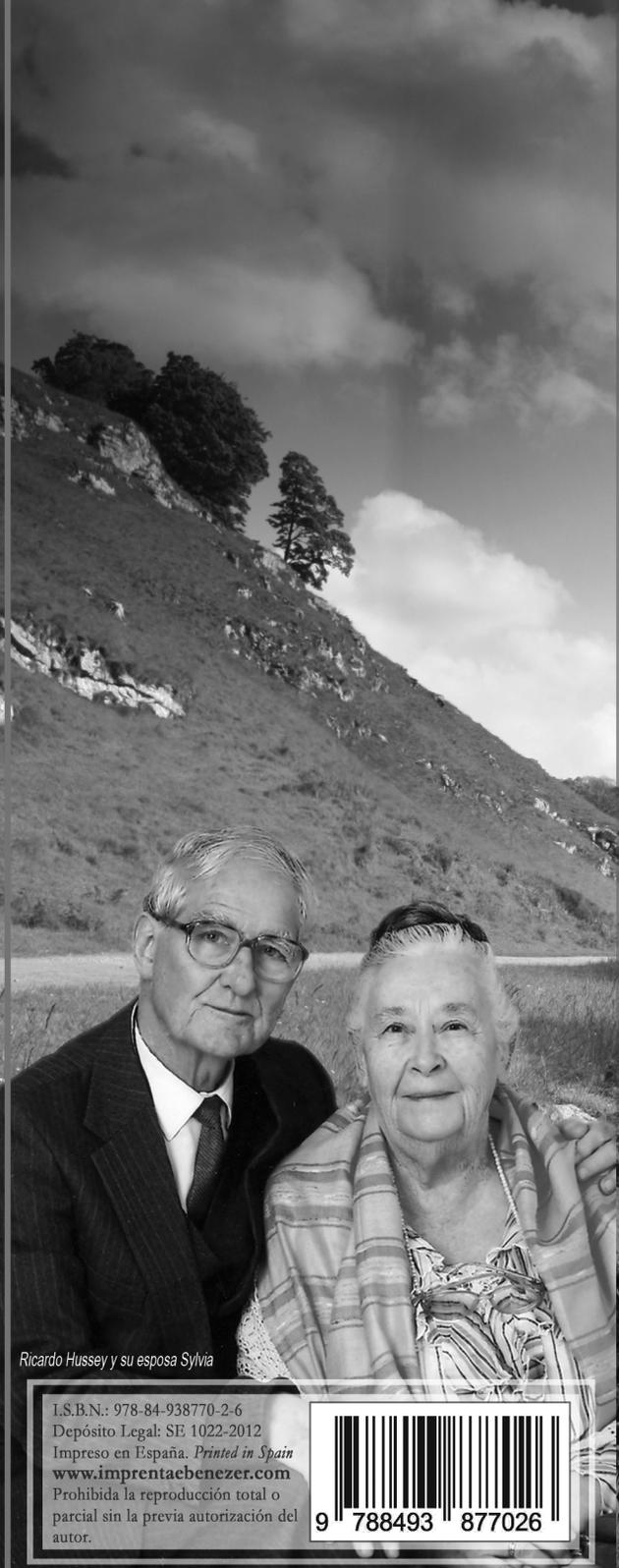
El título de este libro - Cosas Nuevas y Cosas Viejas - se deriva de las palabras de Jesús en Mateo 13: 52, mientras que el subtítulo - Cribadas y Seleccionadas - lo hace del feliz uso de estos dos adjetivos que hiciera el entrañable consiervo Alberto Araujo al prologar la primera obra del autor, titulada Las Sendas Antiguas y el Nuevo Pacto. En aquella ocasión se refería a lo que se le había oído compartir oralmente, lo que en ese entonces pasaba a ofrecerse por escrito. La extensión del caudal acumulado a través de los años ha hecho necesario que la obra se divida en dos partes. La primera trata la vida y el ejemplo de héroes de antaño de las Escrituras y de un par de personajes célebres - Nabucodonosor y Belsasar - comentando puntos de interés e importancia que se desprenden de sus respectivas trayectorias. El autor abraza la esperanza de que la segunda parte salga a la luz con posterioridad. La misma se desenvuelve en el terreno de temas prácticos de la vida cristiana, también de interés e importancia. Necesariamente, aquí y allá asimismo se hace alusión a figuras insígnies, relacionadas de una forma u otra con los temas tratados. Todo esto va avalado por la experiencia de unas buenas décadas de desarrollar labores de predicación y enseñanza en una gran variedad de iglesias de varios países, mayormente España.

El autor acompaña el esfuerzo con la oración de que, por la providencia diivina, el libro alcance a siervos y hermanos ávidos de progreso espiritual, y les resulte de verdadero provecho, inspiración y estímulo.

Cada caso en que así sea le significará la cristalización de un caro y sincero anhelo.

Ricardo Hussey, Enero de 2012.

Ricardo Hussey nació en Buenos Aires en Diciembre de 1927 y se convirtió al Señor a la temprana edad de 15 años. Cursó estudios en el Centro de Enseñanza Bíblica de la U.M.N. (Buenos Aires), donde conoció a su esposa y compañera, Sylvia. Ha sido misionero en España y en Argentina, y lideró una comunidad de fe y vida en el Norte de Gales. También ha efectuado visitas ministeriales a Chipre, Irlanda, Inglaterra, Escocia, Francia y Alemania. Su mayor actividad, no obstante, ha sido en España, donde por la gracia del Señor ha podido poner fundamentos apostólicos y proféticos en algunas iglesias. Ha sido usado en esfuerzos evangelísticos, para sanar o restaurar matrimonios, para la restauración de descariados, y en alguna escala en los ministerios de liberación y sanidad. Actualmente reside en Reading, Inglaterra, pero pasa una gran parte de su tiempo en España, donde es conocido en numerosas iglesias, incluso del movimiento gitano.



Ricardo Hussey y su esposa Sylvia

I.S.B.N.: 978-84-938770-2-6
Depósito Legal: SE 1022-2012
Impreso en España. *Printed in Spain*
www.imprentabenezer.com

Prohibida la reproducción total o parcial sin la previa autorización del autor.

